

PUNTO DE VISTA

REVISTA
DE CULTURA

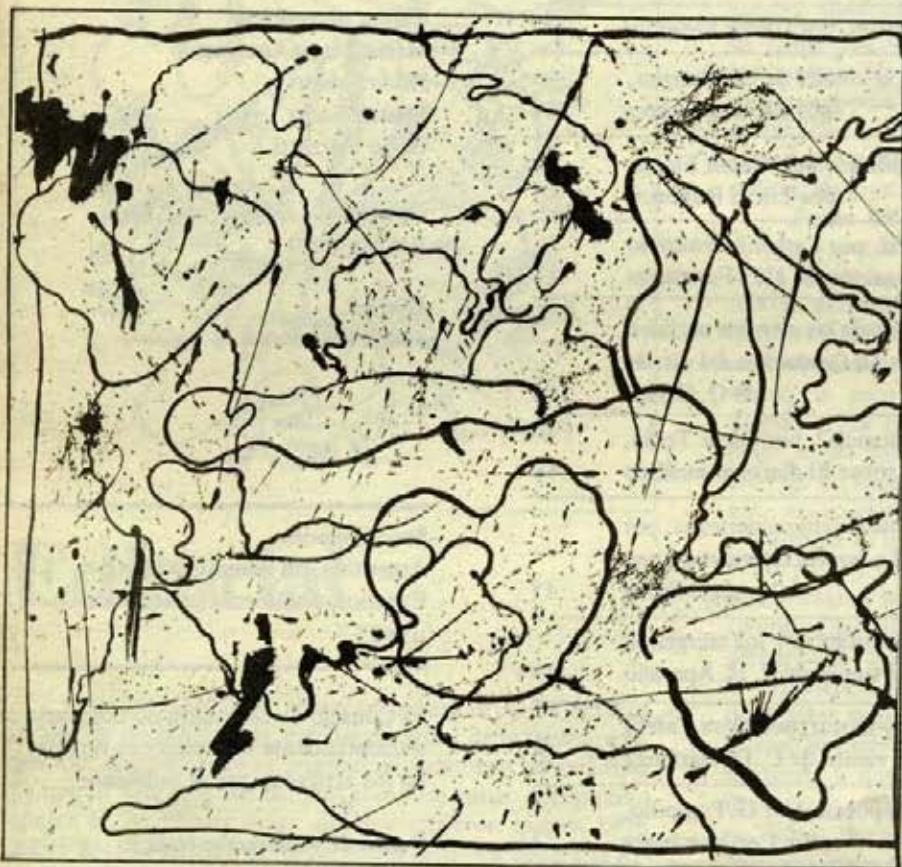
Año VI, Número 17

Abril-julio de 1983 \$ 70.000.-

El error de Víctor Massuh
Democracia: ética,
ideología y política
Debate: la historia discute a
Michel Foucault. Relatos
de Laiseca y Pampillo.

Sur:
revista y grupo
intelectual

"No se trata de hacer de «Sur», para irritación de algunos y regocijo de otros, un Bloomsbury porteño. Se trata, en cambio, de recuperar matices, de interrogarse sobre la formación del grupo que le dio vida en el interior de condiciones sociales y culturales precisas, de confrontar su autoimagen y sus propósitos manifiestos con sus realizaciones efectivas y su incidencia real. En suma, de mantener unidos dos aspectos que el análisis suele separar: la formación interna del grupo y su significación general."



Filosofía y nación,
de J.P. Feinmann:
de Hegel al
revisiónismo
histórico o cómo
hablar de política en

nombre de la historia.
Hay cenizas en el
viento, de C.D.
Martínez: una
manera
novelística de

reflexionar sobre la
Argentina.
O. Oszlak: lectura
sociopolítica de la
formación del estado
argentino.

Sumario

Editorial	3
El error Massuh, por Oscar Terán	4
Sur: constitución del grupo y proyecto cultural, por María Teresa Gramuglio	7
La perspectiva americana en los primeros años de Sur , por Beatriz Sarlo	10
Un acuerdo de orden ético, por Jorge A. Warley	12
<i>Discusión:</i> ¿Qué democracia?, por Osvaldo Guariglia	15
El historiador y el filósofo, por Jacques Léonard	22
El polvo y la nube, por Michel Foucault	31
Madame Gaston, por Gloria Pampillo	35
Los magister de la ciudad de Nibelungen, por Alberto Laiseca	37
<i>Taller:</i> El público del Martín Fierro , por Lucas Rubinich	40
<i>Libros:</i> Una versión de la historia, por Carlos Altamirano sobre Filosofía y nación de J. P. Feinmann	42
Historia política desde las ciencias sociales, por L. A. Romero, sobre La formación del estado de O. Oszlak	44
¿Adiós a la última instancia?, por Oscar Terán, sobre El discurso jurídico	46
Suma crítica sobre novela latinoamericana, por Susana Zanetti, sobre La novela latinoamericana de Angel Rama	47
Literatura de la infancia y los márgenes, por C. D. Martínez, sobre Sombra del fondo de C. H. Aparicio	49
Reflexionar y narrar, por Nora Catelli sobre Hay cenizas en el viento de C. D. Martínez	50
Necesidad de la poesía, por G. Pampillo, sobre Con uno basta	52
Nombrar lo innombrable, por D. Samoilovich sobre La escritura blanca de A. Marimón	53
Minima	54
Libros recibidos	55

Los dibujos de este número son de Juan Pablo Renzi. Pertenecen a las series "Delirios de Cuernavaca" y "La guerra de los pájaros", de 1982-83.

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura

Año VI, Número 17
Abril-julio de 1983

Consejo de Dirección:
Carlos Altamirano
María Teresa Gramuglio
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora:
Beatriz Sarlo

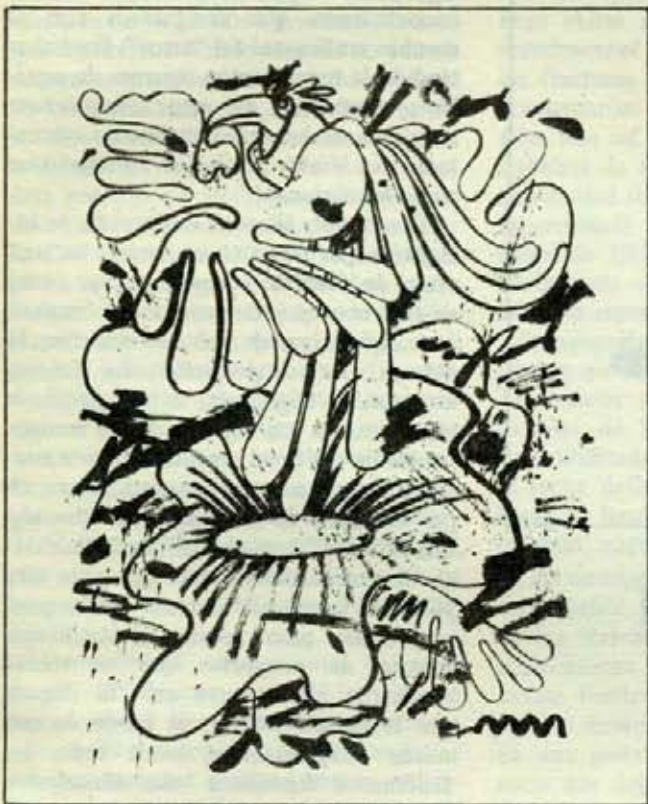
Diseño:
Juan Pablo Renzi

Suscripciones:
Argentina, un año, \$ 300.000.—
Exterior, 6 números (correo aéreo)
u\$s 25.—

El Consejo de Dirección no comparte necesariamente las opiniones vertidas en los artículos que se publican.

Punto de vista recibe toda su correspondencia, cheques o giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina.

Punto de vista fue impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Brasil 3215, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley.



Editorial

Con las elecciones anunciadas para el 30 de octubre se abre la posibilidad de democratización de la sociedad argentina. Sabemos que no existen de antemano las garantías de que la vida política del país tome ese curso: conspirarán contra él, en primer lugar, los que creyeron que en 1976 había llegado la hora de la revancha histórica contra la Argentina surgida en la década del 40 y se aplicaron a "regenerarla" con los medios más brutales que confiere el poder. Para que un proceso de democratización efectiva pueda abrirse paso, las bases y los instrumentos de esa minoría reaccionaria, que ha sido también el aliado histórico de nuestra dependencia económica, deben ser desarticulados. Y para ello la Argentina tiene que transformarse. La democracia podrá arraigar como hábito, como cultura política, únicamente si esa transformación no es concebida como tarea de élites.

Sabemos que el retorno formal a la Constitución del 53 no significará, por sí, la democratización. Un régimen, aunque sea de partidos, que sólo admitiera el consenso y ahogara la protesta y las aspiraciones de la sociedad, no haría más que recrear el clima de las soluciones autoritarias. Más todavía: una sociedad se democratiza no sólo en las modalidades del ejercicio político, sino en la producción de nuevas condiciones económicas, sociales y culturales, que conviertan a ese ejercicio en una posibilidad efectiva. En nuestra perspectiva, democracia supone una transformación profunda de las situaciones de desigualdad y por lo tanto una vía de reparación de la injusticia en todos los niveles. Hoy, en la Argentina, la democratización es una meta, pero la política no es sólo enunciado de metas: es también camino. Acaso nadie pueda comprender mejor esto que aquellos que, desde el comienzo de la dictadura militar, se pusieron del lado de la oposición.

Punto de vista ha buscado ser, con los medios a su alcance y desde su aparición en marzo de 1978, un vehículo de la disidencia intelectual contra el régimen instalado tras el derrocamiento del gobierno peronista. Nuestra revista no estuvo sola en esa actividad. Otras publicaciones, otras iniciativas, alguna editorial, fueron ejemplares para resistir la peor ofensiva contra todo lo que hubiera de valioso en la cultura argentina. Nada resultó tan estimulante como comprobar, en esos años sombríos, la formación de un campo de solidaridad e interlocución con quienes, en muchos casos, únicamente tomaríamos contacto a través de lo que esa resistencia producía aquí y allá, dispersa pero obstinada. Las alternativas políticas que se avencinan traerán la discusión y la controversia dentro de ese campo; ellas son necesarias y sólo una visión beata de la democracia puede temerlas. Sin embargo, sería olvidar la experiencia de esta década (porque en nuestra memoria debe estar presente toda la década), si cada posición intelectual se convierte en una máquina de guerra intolerante, dispuesta a que suenen nada más que sus argumentos y a demonizar toda diferencia. El terrorismo ideológico no tiene causas buenas y suele preceder o acompañar al otro terrorismo, cuya perversa dialéctica hemos conocido.

Las reconstrucciones de la cultura argentina, de sus instituciones y de sus redes, de todo aquello que ha sido degradado material e ideológicamente, constituirá un desafío para los intelectuales. Porque esa reconstrucción exigirá debate y espíritu crítico, pero también nuevas ideas. Y los intelectuales no deben participar en ella con mentalidad de preceptores o de profetas, sino como ciudadanos. Estas son las apuestas de **Punto de vista**.



El error Massuh

Oscar Terán

Así como la derrota en la guerra del Pacífico le sirvió al peruano González Prada para descubrir que en verdad su país no era una nación, ya que excluía del mercado político a esos indígenas que constituían la mayoría de su población, un ejercicio impostergable para estos tiempos de desolación que vivimos los argentinos consiste en reflexionar —nosotros, que ya casi no tenemos indios— en el auténtico sistema de desastres que motoriza a nuestra sociedad. Esa tarea requiere que nos instalemos en un doble registro: la desconstrucción de algunos símbolos colectivos cristalizados en el imaginario social, y la asunción de los hechos que en estos últimos años han atravesado literalmente el espesor de los cuerpos. Lo primero, puesto que si lo real nunca se muestra “en persona” independientemente del sistema

de representaciones que lo configura, en el caso argentino se asiste al dramático desfasaje entre un conjunto de mitos fundacionales que se estrellan contra una realidad porfiadamente empechinada en desmentirlos, sin que esa asimetría haya alcanzado el rango de una reflexión satisfactoria. El segundo nivel —el de los hechos “in-corporados”— deberá interrogar por qué en esa comunidad el conubio con la muerte llegó a asumir las características de un *factum vivido* como *Fatum*: una presencia “obviamente dada” que adquirió las connotaciones de un Destino y que cubrió a sectores más amplios que aquellos que directamente participaron de la tentación de convertir la violencia clandestina en el instrumento privilegiado de la política. La grave densidad de ese doble registro define en rigor el suelo desde el que estamos condena-

dos a articular las pobres y terribles palabras que pretendan acercarnos a la mediocre desmesura de nuestra realidad nacional. Dicho horizonte es el que abre un espacio de conocimiento cuya omisión sólo puede arrojar esos reflejos de desconocimiento que designamos con el nombre tradicional del “error”. Por haber eludido la tematización rigurosa de aquella problemática, ese error compromete radicalmente las argumentaciones sustentadas por Víctor Massuh en *La Argentina como sentimiento*.

Construido sobre el entramado de categorías que persisten en evocar un universo de discurso orteguiano, este texto se abre con un inventario de los “males” que aquejarían al país: el desierto, la colonia, la europeización, las fuerzas armadas, la oligarquía, la inmigración o el populismo son algunos de los componentes de ese “mal argentino” que a continuación el autor se encarga de exculpar mediante la mostración de “los signos de salud” que albergarían. La estrategia de razonamiento escogida para ello postulará sucesivas “síntesis” que requieren, como paso previo, el desdibujamiento de proyectos que en verdad resultaron excluyentes en “la disputa por la nación”. Sobre el fondo de esta noche integracionista donde todos los fenómenos históricos son albicelestes, la colonización española puede ser definida como “una gesta prodigiosa” y el aporte indígena como “valioso a pesar de haber sido escaso”, del mismo modo que el laicismo “nos trajo más beneficios que perjuicios”, aunque no debe convertirse en “sinónimo de actitud antirreligiosa”. Este espíritu de dilución de antagonismos y programáticas desemboca naturalmente en la diagramación de un nuevo altar de la patria donde pudieran convivir (o conmorir) los soportes de concepciones nacionales francamente alternativas: “En el panteón de los héroes hay lugar para los de linajes opuestos: Moreno y Saavedra, Rosas y Sarmiento, Urquiza y Mitre, Yrigoyen y Lisandro de la Torre, Perón y Aramburu” (p. 153). Y al paradigma como espectáculo de esta concertación nacional Massuh cree detectarlo como un “instante maravilloso” en la geografía de la Plaza de Mayo cubierta

homogéneamente por banderas solamente argentinas durante la guerra de las Malvinas.

Se equivocarán sin embargo quienes supusieran benévolamente que un loable sentido de tolerancia inspira estas argumentaciones a lo sumo ingenuas. Puesto que un terreno donde Massuh no admite contemporizaciones es el referido al papel de las fuerzas armadas, concebidas como la "última ratio", "el supremo recurso de la salvación" en un sistema que no tendría previsto un mecanismo de preservación ante "la eventualidad del caos y la disolución interna" (p. 49). En semejantes coyunturas —otra de las cuales el autor ubica en el golpe de 1955— Massuh legitima la ruptura de la continuidad constitucional, hasta el punto de que uno se pregunta no sin azoro qué es lo que garantiza que análogos desquiciamientos no se reproduzcan en lo inmediato y reiteren esa irrupción militar tan demandada como normalizadora. Porque "hay que reconocerlo: en períodos de emergencia sólo cabe el imperativo de la intervención quirúrgica" (p. 41).

Mediante el señalamiento de estas frases difícilmente defendibles, no se trata empero de ceder al oportunismo que aspira a recoger las fáciles simpatías en una sociedad profundamente radicalizada en torno de consignas antimilitares. Más bien, habría que colocar estas líneas dentro de la menos complaciente hipótesis de Guillermo O'Donnell que —sin igualar responsabilidades cuyo máximo rigor recae sobre las fuerzas armadas— propone pensar que "el régimen militar implantado en 1976 *exageró* tendencias profundamente inscritas en la sociedad argentina". El subrayado que introducimos pretende remarcar que es en esa geografía que a todos nos incluye donde hay que indagar ciertas claves de la crisis actual. Algunas tienen sin duda orígenes que deben ser leídos en la larga duración y provienen de la excepcional articulación de la Argentina en el mercado mundial desde fines del siglo pasado: tan constitutivos resultaron algunos de los mitos allí acuñados, que pudieron traspasar el desquiciamiento que produjo la crisis de 1930 en la ubicación de la

Argentina en el circuito de los bienes y los saberes. Sobrevivió así toda una matriz argentinocéntrica en donde las viejas creencias en un país "ubérrimo" pudieron fusionarse con las versiones más plebeyas de la Argentina Potencia. Pero existe asimismo un tiempo breve, *événementiel* y "caliente" en donde las fracturas de la sociedad argentina se condensaron hasta alcanzar la implosión. Fue así como luego de la disolución isabelina de toda gobernabilidad, en una comunidad fuertemente corporativizada e inmovilizada por el "empate social", el golpe de 1976 al que tan poco convincentemente defiende Massuh lanzó una ofensiva represiva en la que el despotismo y la excepcionalidad terminaron por constituirse en la norma de una barbarie que —lo vamos viendo— devoró los restos morales de las corporaciones militares. Imposibilitadas de imaginar siquiera que la lucha definida como "sucias" arrastra hacia la feudalización y gangsterización internas, acabaron girando en el vértigo de la omnipotencia aventurera que posteriormente las arrojaría en el desastre de las Malvinas. La fusión de sus viejas convicciones autoritarias con las tentaciones fundacionales de un redisciplinamiento masivo de la sociedad desembocó en una gesta represiva dudosamente heroica que dejó el saldo negro de decenas de miles de muertos, desaparecidos y prisioneros, mientras centenares de miles de argentinos huíamos atemorizados de un país que nunca habíamos imaginado abandonar. Es por ello que el calificativo de "quirúrgica" con que Massuh connota esta operación militar es el gesto simbólico con el que se alude y simultáneamente se elude el concreto desmembramiento de los cuerpos. Mas si es posible elidir el tema de la muerte en un ensayo sobre la Argentina actual, es igualmente innegable que esa omisión no puede practicarse sin resultados inmediatos en el plano del discurso: más que con efectos de superficie, nos encontraremos entonces con efectos de superficialidad.

La táctica de la des-corporización constituye así una análoga operación quirúrgica en el plano retórico, conectada con el afán de que la parábola del

drama actual pudiera jugarse toda ella en el interior del espíritu. Y no se trata, por cierto, de recaer en esa metafísica de lo infraestructural que terminó por negar la eficacia de mensajes que mostraron largamente ser mucho más que meras nubes de significantes sobrevolando la terrenalidad de lo real. Si no del cielo, como quería Heidegger, las consignas políticas de los últimos años fueron el habla de un infierno que detonó *sans phrase* en el interior de los cuerpos. Ya que si el tema de las formas violentas que asumió la lucha política es otro de los nudos cruciales que requieren de una reflexión difícil pero imprescindible, ¿puede pensarse seriamente que se contribuye a ese esclarecimiento cuando alguien se complace en afirmar que "al nihilismo que tenía las armas en la mano se lo enfrentó con las armas. La lucha fue necesaria y el enemigo fue derrotado"? Puesto que no debería ser necesario recordarle a Massuh que, en clave nietzscheana, todo "nihilismo" tendría que interpretarse a partir de la desvalorización de ciertos paradigmas fomentada en buena medida por algunas de esas "intervenciones quirúrgicas" que con tanto ahínco defiende. No quiero decir con esto que una "genealogía" de las últimas décadas pudiese justificar el funesto error del desarrollo por parte de importantes sectores de la izquierda argentina de formas de violencia armada, pero sí que es ineludible comprender cómo se fue constituyendo un dispositivo político-cultural que oficiaría como condición de posibilidad de una ideología del vanguardismo armado que terminó por sustituir a las masas que pretendía representar. Si Massuh hubiese penetrado en ese laberinto, se hubiera encontrado seguramente con una superposición de capas sedimentadas en la ideología de los años que transcurren entre la revolución llamada libertadora y el golpe de Onganía, donde convivieron los efectos de la proscripción del peronismo, el fracaso del desarrollismo, la influencia avasalladora de la revolución cubana, las fórmulas contestatarias de los años sesenta, las concepciones tercermundistas que penetraban hasta los estratos católicos y, otra vez, la serie

inacabable de golpes de Estado que oficiaban de alucinada profecía autorrealizada para quienes creíamos en la cancelación definitiva de las formas electorales de la política. Por carecer de estos elementos que sitúan un análisis y lo tornan productivo, el error-Massuh confirma que los discursos que tratan de explicar la cadena de calamidades que nos convocan no pueden silenciar el peso de los cuerpos y la historia sin disolverse en el aire como un vapor al viento.

Pero además, esas graves y grávidas afirmaciones legitimadoras *post festum* del golpismo son las que convierten a este libro en una auténtica *contradictio in objecto*, puesto que dicho apoyo justificatorio torna retóricos los afanes de retorno a la democracia que el autor postula en la última parte de su escrito, cuando se pronuncia en favor de los difícilmente no compartibles principios del pluralismo, la libertad de crítica y el respeto por "la voz de las minorías, de los individuos, de los particulares aislados" (p. 106). Porque de nada sirve ya decir que "no quedan hombres ni corporaciones salvadoras" cuando toda la lógica de la argumentación ha conducido a reservar al poder militar como espacio de recomposición privilegiado de una sociedad en crisis. Como tampoco es atinado calificar solamente de "magros" los resultados de la administración de estos últimos siete años, especialmente si se recuerda que su política económica determinó el descenso del producto bruto interno, la desindustrialización, la reducción brutal de los salarios reales, la desocupación creciente, la corrupción financiera y el endeudamiento externo per cápita más elevado del mundo.

Por eso, si bien lucen compartibles algunas de las falencias visualizadas en el populismo para una revitalización democrática, no lo son las alternativas fundadas exclusivamente en una ideología del retorno. Este aspecto de su razonamiento se pone de relieve precisamente en el tratamiento del fenómeno peronista, hacia el que Massuh lanza una mirada tan comprensiva como paternalista. En una caracterización que, *malgré lui*, se sigue nutriendo de los esquemas mentales de Le Bon, *La Argentina como*

sentimiento define al populismo como "la versión muchedumbrizada del pueblo" (p. 81), por lo cual su incorporación positiva a las tareas nacionales debería provenir de una expurgación de su desmesura emocional y multitudinaria, mientras a través de la operación "apofática" —dice—, consistente en silenciar el nombre de la divinidad, "en el corazón de cada uno de sus fieles la imagen del líder puede resucitar convertida en inspiración y esperanza" (p. 92). Acompasando el ritmo de privatización de la vida y de las palabras que caracterizó buena parte de las normas impuestas por el régimen militar, se reclama de este modo de los peronistas una idéntica actitud de privacidad cercana al silencio de la inexistencia. Y al pretender superar el modelo populista pero con categorías que pertenecen a un mundo previo a su emergencia, sólo resta como residuo de la reflexión el retorno macizo al universo encantado de la individualidad laboriosa y prepolítica: "Nada más rotundo, ni más real —ni más político en suma— que roturar el campo, investigar en un laboratorio, impartir una enseñanza honesta, levantar una fábrica, crear fuentes de trabajo, trazar la voluta de humo de un poema o un pensamiento. Lejos del Poder público, los protagonistas de estas acciones se saben forjadores de la historia" (p. 57). Todo apunta entonces a la restitución de un mundo de "hombres en soledad", porque es allí donde aflorarían las virtudes permanentes de los argentinos, "las que se connotan cuando lo encaramos uno a uno, en la soledad del café, las aulas, el taller, o en la pequeña camaradería de los iguales. Allí muestra su verdadero rostro, sin la coacción emocional de la multitud o la abstracción de las corporaciones" (p. 93). No debería acusarse de practicar el terrorismo ideológico a quien sospeche profundas homologías estructurales entre las consecuencias sociales de la política económica del "Proceso" y este retorno a una Argentina prepopulista y "pre-muchedumbrizada".

Otras sendas (¿perdidas?) son las que deberían transitar las reflexiones sobre nuestra realidad. Para ello, será preciso

fugarse de una vez del círculo encantado de la autocomplacencia argentina, para que el rostro del desastre nos devuelva la imagen devastada de una sociedad que hoy debe arreglar cuentas con su vieja conciencia mitológica. Y si tiempos vendrán en que futuras generaciones de argentinos se preguntarán azorados cómo fue posible que en un lapso tan breve se acumularan tal cantidad de frustraciones sobre una nación que en una época no muy lejana se vivió a sí misma como "el polo latino de América", será necesario dejar constancia también de cómo esta comunidad argentina de los últimos años se constituye igualmente desde lo que el poder pretende excluir. Una historia política del país a partir de sus zonas ninguneadas y silenciadas alumbraría por ejemplo el hecho asombroso de que en esa sociedad la defensa de la vida haya tenido que adoptar el rostro inmemorial de la locura, en un gesto crispado que nos alerta a todos contra la presencia vergonzante de nuestros propios fascismos. Mal que nos pese, también en los sitios sin gloria donde se suplician los cuerpos y las almas será preciso ir a rescatar un perfil de nuestro peculiar modo de experimentar "la Argentina como sentimiento".

No se trata, por fin, de leer estas urgencias bajo la cuadrícula del "ser nacional". Ya que al no poder simplemente "vivir" nuestra identidad nacional, en los países como el nuestro una excesiva preocupación por lo idiosincrático puede transformarse en el exclusivismo que desnude nuestro provincianismo, así como el orgullo nacional acrílico puede ser la pantalla tras la cual se oculte el furor de nuestros fracasos. Más bien, así como se requieren programáticas económico-sociales populares sin las que la cultura corre el riesgo de tomarse dudosa, toda labor de recomposición democrática en la Argentina tiene que indagar esos jeroglíficos en los que se anudan los códigos de una cultura nacional. Si no somos capaces de hacerlo, para los hombres del futuro que no seremos nosotros, estas duras experiencias sólo lucirán como los restos enigmáticos de una caravana perdida sobre las ardientes arenas del desierto.

Dossier: la revista "Sur"

La revista *Sur*, fundada en 1931, ha sido objeto de enconados debates ideológico-culturales, que fundaron un mito por el cual la publicación y su grupo aparecen alternativamente demonizados, como portavoces directos de la oligarquía, o defendidos, como productores de la cultura moderna en la Argentina. Los siguientes artículos, que son parte de una investigación en curso, intentan definir algunos de los rasgos que caracterizaron a su primera década.

"Sur": constitución del grupo y proyecto cultural

María Teresa Gramuglio

En un ensayo sobre el grupo de Bloomsbury¹, Raymond Williams reflexiona sobre las dificultades que presenta el estudio de un tipo particular de formaciones culturales a las que designa con el nombre de *grupos culturales*; lo que las caracteriza es que, sin estar ligadas a los aparatos institucionales formales ni representar un amplio movimiento social, tienen en común "un cuerpo de prácticas o un ethos distinguible"². Algunos de los conceptos que Williams maneja en ese trabajo abren una posibilidad: la de pensar a *Sur* desde una perspectiva que, por lo menos, matice la demasiado generalizante adscripción a una concepción burguesa de la literatura, o las acusaciones casi tautológicas de portavoz de la

oligarquía y minoría de minorías. No se trata de hacer de *Sur*, para irritación de algunos y regocijo de otros, un Bloomsbury porteño. Se trata, en cambio, de recuperar matices y mediaciones, de interrogarse sobre la formación del grupo que le dio vida en el interior de un conjunto de condiciones sociales y culturales precisas, de confrontar su autoimagen y sus propósitos manifiestos con sus realizaciones efectivas y su incidencia real. En suma, de mantener unidos dos aspectos que el análisis suele separar: la formación interna del grupo y su significación general. Esta perspectiva, o si se quiere, esta exigencia, puede ser vista más que como un programa a cumplir, como un horizonte que oriente el



tipo de cuestiones a plantear con respecto a *Sur*. Entre ellas, en un primer momento la de la formación del grupo que cristaliza alrededor de la revista en el momento de su aparición.

El primer número de *Sur* salió en el

¹ "The Bloomsbury Fraction", en *Problems in Materialism and Culture*, NLR Editions, London, 1980.

² Williams señala que el número de personas que integran los grupos culturales es demasiado pequeño como para aplicar en ellos métodos estadísticos; que pueden crear o no instituciones organizadas propias a través de las cuales se manifiesten; que los principios que unifican al grupo pueden estar o no codificados; subraya, finalmente, la importancia de estos grupos —importancia que es a la vez social y cultural— en la historia de la cultura moderna.

verano de 1931. La historia de su preparación ha sido ya contada muchas veces³. Conviene ahora seleccionar y reordenar algunos de esos datos conocidos: en ese primer número no hay ningún editorial, manifiesto o declaración de principios con que la revista o el grupo se presenten a sí mismos y definan programáticamente su proyecto. En lugar de ello, y abriendo el número, una carta de Victoria Ocampo a Waldo Frank, donde ella relata, con su particular habilidad para el detalle, el proceso de génesis del proyecto y la influencia decisiva que en él le atribuye a Frank. Si lo que aparece en un primer movimiento trae a primer plano el sesgo anecdótico y personal que Victoria Ocampo impone como la marca más visible de la empresa —la insistencia del visitante extranjero, las largas charlas peripatéticas, sus propias vacilaciones, su viaje a Europa y Estados Unidos para discutir el proyecto— un segundo movimiento revela otros aspectos que muestran, por decirlo así, el revés de la trama. Ambos se condensan en este párrafo: "Usted, Waldo, me ha impuesto esta tarea. (...) He creído poderla aceptar debido a los amigos que están en mi torno y en quienes tengo confianza". Más adelante, al comentar a Frank las preguntas que se le habían hecho en París, Victoria Ocampo escribe "mi revista". Pocos párrafos después, vuelve a atenuar este personalismo exclusivo: "Waldo, en un sentido exacto, ésta es su revista y la de todos los que me rodean y me rodearán en lo venidero".

La oscilación en el reconocimiento del proyecto como tarea personal y como expresión de las preocupaciones (las "inquietudes" a que aludía irónicamente Alfred Métraux⁴) de un grupo al que Victoria Ocampo califica de "amigos" es característica de este momento inicial. Y no es sólo Victoria Ocampo quien lo ve así: puede leerse entre líneas en el capítulo de *Historia de una pasión argentina* en que Mallea evoca la visita de Waldo Frank⁵; y, de modo más explícito, en los recuerdos de María Rosa Oliver, quien, al narrar las reuniones iniciales

en casa de Victoria Ocampo, se refiere por un lado a los "amigos" que participaban en la discusión del proyecto, y por el otro a "la revista de Victoria", a la que consideraban lícito llamar de ese modo "pues dependería únicamente de su voluntad y su criterio y también de su bolsillo"⁶.

La ausencia de una declaración explícita que presente al grupo y su programa es correlativa de esta oscilación. En la autoimagen de *Sur*, "la revista de Victoria" es, también, la revista de los amigos que la rodean, cuya agrupación se define a partir de un sistema de relaciones personales, de lazos de amistad y de parentesco fuertemente tramados, que funcionan como el sostén de la relativa fluidez de un conjunto de valores éticos y estéticos compartidos⁷. Y a falta de manifiesto, habrá que leer esos datos en otra parte: en primer lugar, en la nómina de miembros de los consejos nacional y extranjero de los primeros números; luego, en los artículos conmemorativos de los aniversarios de la revista, que vuelven puntualmente, una y otra vez, a la evocación de los orígenes, a Waldo Frank y a Drieu la Rochelle, a la preocupación por el americanismo formulada en el número inicial, a las preguntas sobre la misión y los logros de *Sur*; finalmente, en las líneas temáticas que los artículos de esos primeros números inauguran⁸.

El consejo de redacción del primer número de *Sur* estaba formado por Borges, Eduardo J. Bullrich, Oliverio Gironde, Alfredo González Garaño, Eduardo Mallea, María Rosa Oliver y Guillermo de Torre. Filiaciones y afinidades estéticas, lazos de parentesco y amistad intelectual articulan la homogeneidad sociocultural de este grupo inicial: Bullrich es primo de Victoria Ocampo. Bioy Casares conoce a Borges en 1932, en casa

de Victoria Ocampo; se casará años después con Silvina Ocampo. Borges, Bioy y Silvina Ocampo escribieron varios libros en colaboración. Guillermo de Torre es cuñado de Borges. Borges, Gironde y de Torre, que habían sido protagonistas activos de la vanguardia de los años veinte, ponen la nota de enlace con Florida y el martinfierrismo: hay allí una herencia cuyo alcance y transformaciones en la nueva situación habrá que despejar. Victoria Ocampo, que no había participado de las actividades literarias de los vanguardistas, era, en los años veinte, amiga de Ricardo Güiraldes. Y fue Oliverio Gironde quien conectó a Güiraldes con los martinfierristas. Mallea, que ya estaba en *La Nación*, y María Rosa Oliver, se habrían incorporado a través de Waldo Frank⁹; es en ellos —aunque con diferentes modulaciones— en quienes la influencia de Frank en torno a la preocupación americana está más presente y explícita. En cuanto al consejo extranjero, basta señalar, por el momento, la afirmación de Victoria Ocampo, corroborada por numerosas anécdotas y testimonios, recuerdos y correspondencia: "todos amigos personales míos"¹⁰. El grupo de amigos que rodea a Victoria Ocampo es, como se ve, una red bastante espesa, cuya persistencia quedó registrada en las fotos de la época: reuniones, aniversarios, algún casamiento, con visitantes extranjeros, en San Isidro, en Mar del Plata, en el extranjero, en la redacción de *Sur*.

¿Quiénes quedan excluidos de es-

⁸ Salvo referencias explícitas, para el material de esta nota pueden consultarse en el número 75, (diciembre de 1940, décimo aniversario) los artículos de Frank, Victoria Ocampo, Mallea y Guillermo de Torre. En los números 192, 93, 94 (año 1950, vigésimo aniversario) los artículos de Victoria Ocampo y Guillermo de Torre. En el número 268, enero y febrero de 1961, trigésimo aniversario, el artículo de Victoria Ocampo. En los números 298-199 de 1966, trigésimo quinto aniversario, los artículos de María Rosa Oliver y de Victoria Ocampo. En el número 325, julio-agosto de 1970, cuadragesimo aniversario, el artículo de Victoria Ocampo.

⁹ M. R. Oliver, cit.

¹⁰ Números 298-99.

³ Véase *Capítulo, Historia de la literatura argentina*, nro. 106, CEAL, Bs. As., 2a. edición.

⁴ María Rosa Oliver, "Años de plácida inquietud", en *Sur*, nros. 298-99, enero-abril de 1966.

⁵ "El espíritu que caminaba a mi lado —dice Mallea— no ignoraba la voluntad que en algunos de nosotros había encendido".

⁶ M.R. Oliver, cit.

⁷ Algunos de esos aspectos se desarrolla en los trabajos de Beatriz Sarlo y Jorge Warley.

trama? Silencios, ausencias y alejamientos permitirían diseñar una respuesta. Una anécdota que Waldo Frank relata en sus *Memorias* servirá por ahora de punto de partida. Cuenta Frank que para realizar el proyecto de la revista, tal como él lo concebía, puso en contacto a Victoria Ocampo y a Samuel Glusberg, que no se conocían. "Victoria fundó *Sur*, y ésta se convirtió en un respetable testimonio de cultura. Pero Glusberg, el dinámico inmigrante judío que llevaba en el corazón la América profética, y Victoria Ocampo, la princesa del buen gusto, se separaron casi tan pronto como se conocieron. Mi alianza cultural no pasó de ser un sueño". Inmediatamente se refiere a María Rosa Oliver. "Ella —dice— quería la revista que yo quería, Victoria no podía trabajar con ella. El distanciamiento ideológico de Victoria, Glusberg y María Rosa fue un símbolo. Las 'partes' de América todavía no estaban maduras para unirse"¹¹. No es la exactitud de los datos lo que cuenta: como se ve, Frank no siempre es exacto. Lo cierto es que Glusberg no se integró en *Sur*, y María Rosa Oliver, simpatizante del comunismo y futuro premio Lenin de la Paz, permaneció años en la revista. Detrás del error de Frank hay una verdad: lo que él considera una escisión en la concepción de lo americano, es en realidad una escisión inherente al interior del sistema cultural argentino, que, de modo inexorable, remite al peso de lo social. María Rosa Oliver en *Sur* y Glusberg fuera de ella no se explican tampoco por la mayor o menor amplitud de criterios de *Sur*. Revelan en cambio la existencia de un conjunto de valores compartidos, en el que las inflexiones del americanismo y la concepción del trabajo cultural están estrechamente ligadas a la constitución de un grupo cerrado y minoritario que, en el interior mismo de la clase dominante, se define con respecto a ella a la vez por la pertenencia y por la diferenciación.

Desde esta perspectiva puede seguirse, en los números-aniversario, la preocu-

pación americana, que arranca de la voluntad de desentrañar la verdad oculta de América para convertirse en la necesidad de establecer un puente con Europa. En la autoimagen del grupo, el verdadero americanismo de *Sur* reside en su carácter supra-americano y supranacional, diferente del que podrían esgrimir "americanos poco seguros de sí mismos" y garantizado por la posesión de un tono argentino y la pertenencia a una tradición que se remonta a los tiempos de la conquista¹². ¿Cómo no reconocer en esos términos la nueva formulación de una vieja disputa, la de la doble relación con lo nacional y con Europa? A partir de estas precisiones habría que releer la forma como *Sur*, con su particular constitución como grupo y su inserción de clase, viene a situarse en el corazón del más constante de los debates que recorren nuestra historia cultural¹³.

La constitución del grupo es también decisiva para comprender el programa de la revista, la propia formulación del proyecto y sus constantes, tal como puede rastrearse en los artículos que Victoria Ocampo escribió sobre *Sur*. En el décimo aniversario, expone una visión de la unión del continente, de la unión americana a que aspiraba Frank que contribuyera la revista, como realizada a través de una *élite* de escritores; define a esta *élite* como "una aristocracia cuyos miembros tienen siempre estrecho parentesco, como en otros tiempos las familias reinantes": casi un retrato de su propio grupo. La idea de la importancia de las *élites*, de las minorías ilustradas, en la configuración y mantenimiento de la

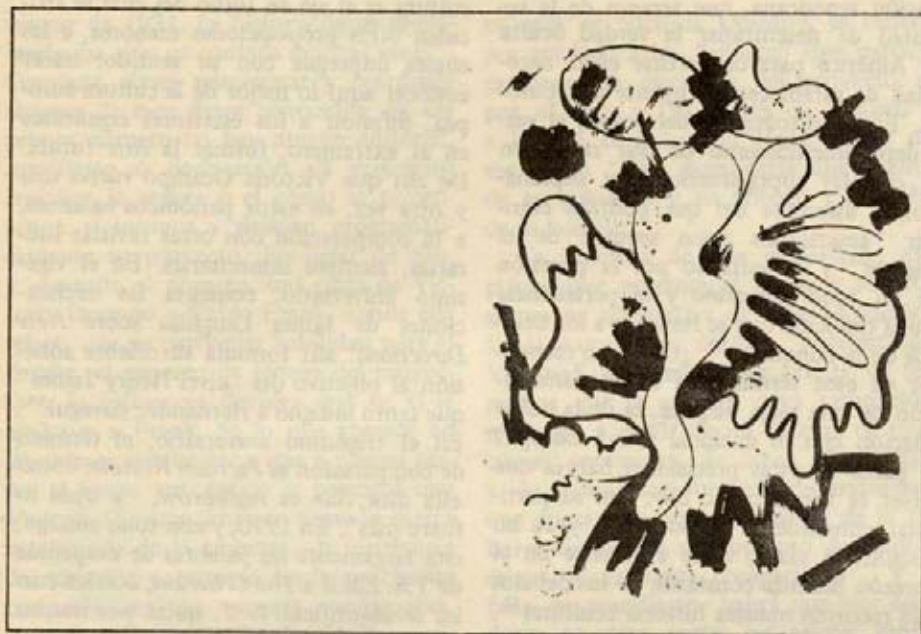
cultura es el eje en torno del cual se articulan otras proposiciones menores, a las cuales impregna con su sentido: hacer conocer aquí lo mejor de la cultura europea, difundir a los escritores argentinos en el extranjero, formar la *élite* futura. De ahí que Victoria Ocampo vuelva una y otra vez, en estos periódicos balances, a la comparación con otras revistas literarias, siempre minoritarias. En el vigésimo aniversario, comenta las declaraciones de James Laughlin sobre *New Directions*: allí formula su célebre adhesión al objetivo del "nivel Henry James" que tanto indignó a Hernández Arregui¹⁴. En el trigésimo aniversario, el término de comparación es *Partisan Review*: como ella dice, *Sur* es *high-brow*, "y ojalá lo fuera más". En 1970, y con tono amargo; cita largamente las palabras de despedida de T.S. Elliot a *The Criterion*, con las cuales se identifica: "... quizá por mucho tiempo la continuidad de la cultura tendrá que ser mantenida por un pequeño número de personas. . ."

La persistencia de esa concepción y la deliberada insistencia en ella torna redundante la acusación de elitismo que se formula a *Sur*. La idea del elitismo, del grupo minoritario y la aristocracia intelectual forma parte explícita de su sistema de valores. Y *Sur* no sostuvo esos valores simplemente por su carácter de portavoz de la oligarquía o por calculado maquiavelismo. Entre lo estrictamente social —la clase— y el sistema cultural, está la mediación del grupo como formación específica en el interior del sistema social. En definitiva, la defensa de la "aristocracia del espíritu" que proclama *Sur* no se explica por su carácter de grupo minoritario; ambos términos se reclaman mutuamente, pero es más verdadero afirmar que la adscripción a esos valores es lo que explica la forma que adopta la constitución del grupo en su momento inicial.

¹² Véanse los artículos de Mallea y de Torre en el número 75.

¹³ Este debate está presente en Echeverría, en Sarmiento, en la generación del ochenta, en el Centenario, en las tendencias literarias de los años veinte, y continúa vigente hasta nuestros días. Está presente también en numerosos trabajos críticos, especialmente los de David Viñas y el grupo *Contorno*; en Beatriz Sarlo, "Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*", *Revista de crítica literaria hispanoamericana*, año VII, Nro. 15, 1982, y en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "*La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos*", *Hispanamérica*, n° 25 - 26.

¹⁴ Conviene citar el pasaje, con sus comillas, para no tergiversarlo: "*Sur* ha trabajado, durante veinte años, en crear la *élite* futura a que alude Laughlin. No ha tenido otro propósito que el de ofrecer al lector argentino cierta calidad de materia literaria, de acercarlo lo más posible al 'nivel de Henry James', números 192, 93, 94.



La perspectiva americana en los primeros años de "Sur"

Beatriz Sarlo

Existe un cierto estereotipo acerca de la revista *Sur* que, al repetirse sin mayores variantes, dice, como todo estereotipo, una verdad parcial e insuficiente. ¿Cómo separar a Victoria Ocampo de la oligarquía argentina? ¿Cómo pasar por alto que los medios materiales que hacen posible la revista provienen de ese casi infinito fondo de herencias, propiedades recibidas que se van vendiendo como aporte que la riqueza terrateniente le permite a una de sus hijas? Fracción de la alta burguesía en el campo intelectual, sin duda. Pero después de esta comprobación, habría que preguntarse si la

cultura de *Sur* puede asimilarse, sin más, a la cultura de la oligarquía. Se puede decir que *Sur* introduce una flexión elitista en una zona de problemas que preocupan también a otros sectores del campo intelectual, y que en *Sur* se cruzan discursos de marca ideológica diferente. Este es el caso, entre otros, de la "preocupación americana" que da tema a estas notas.

No es necesario insistir, o más bien habría que hacerlo de manera menos unilateral, sobre la actividad de *Sur* como factor de europeización de la cultura argentina de élite. Revista cosmo-

polita, donde el lugar del traductor y del introductor era, sin exageraciones, central, *Sur* se movía con la convicción de que la literatura argentina precisaba de este vínculo con la europea y la norteamericana; agitó la idea (a veces omnipotente, en ocasiones ridícula por su estilo) de que la actividad de importación, que incluía a libros y personas, cerraba los huecos de la cultura argentina, producidos por la distancia, por la juventud sin tradiciones del país, por la ausencia de linajes y maestros. Esto fue *Sur*, pero no sólo esto.

Es improbable que la ideología de un escritor, de un promotor, de un organizador cultural, presente ante el análisis una lisa superficie sin fisuras. Las ideologías culturales son inevitablemente un compositum, donde es preciso, más que anularla, aferrarse a su heterogeneidad básica. Estos rasgos se acentúan en el caso de *Sur* por dos razones obvias. En primer lugar, se trata de una revista, esto es, de una forma de producción discursiva caracterizada por la copresencia de intelectuales que, sea cual sea su nivel de integración, no han delegado sino parcialmente en ese espacio común sus proyectos, sus prácticas, sus utopías. En segundo lugar, se trata de una revista argentina, lo que quiere decir, producida en un espacio signado por la precariedad de un pasado que carecía de esas formaciones casi geológicas que los intelectuales locales admiraban en la cultura europea, esa solidez que hacía posible tanto la estabilidad de la identidad del escritor, como la violencia de las rupturas del vanguardista.

Heterogénea en su composición y marginal respecto de los centros mundiales, la ideología cultural argentina se plantea reiteradamente en el siglo XX dos tareas formalmente contradictorias: construir una cultura que pueda pensarse 'nueva', 'original' y 'argentina' o 'americana'¹; construirla a partir del reconocimiento de lo que somos (en la escucha de la lengua, de la historia), pero también a partir de la conciencia del carácter in-

¹ La palabra que más se emplea, en esta etapa de *Sur*, es "americano"; sería interesante estudiar la opción por este término, ausente por largos períodos de la cultura argentina.

completo y fragmentario de esos materiales; necesitar, por lo tanto, de otros materiales (extranjeros, traducidos, importados) y de otras lenguas. Las fracciones que operan en el interior de esta problemática se diferencian por la elección de lo traducible, por la relación con la lengua y la cultura de referencia.

Sur propone un ejemplo privilegiado de esta ideología cultural, si se examinan los primeros años de la revista, en los que se construyen líneas que perduran en los siguientes. Y podría afirmarse, sin exagerar, que Victoria Ocampo resume, a veces de manera patética, la torsión entre 'cosmopolitismo' y 'argentinismo'. La segura candidez de sus declaraciones acerca de su relación con el francés y del carácter fundante que esta lengua tiene en su imaginario cultural, suscita todavía hoy una sonrisa irritada, que a mí no deja de evocarme la ironía con que se lee, también parcialmente, el esfuerzo de Sarmiento traduciendo un volumen de Walter Scott por noche. Pero no se puede pasar por alto el vínculo que enlaza lengua extranjera, cultura europea y traducciones: "Mi facilidad para expresarme en varias lenguas (escribe Ocampo en el segundo número de *Sur*), mi dificultad para reencontrar, para descubrir la mía propia ¿serán acaso particularidades mías? No lo creo. Esto debe existir entre nosotros como una disposición nacional. El inmenso trabajo de traducciones que muele todos los idiomas unos con otros y que va conquistando el mundo, como dice Drieu, se ha hecho carne en nosotros".

Una *disposición nacional*: más allá de la fácil vanidad de quien ha aprendido la lengua extranjera junto con la materna y que, por tanto, ignora la humillación del intelectual que lucha con esa lengua inabordable o se somete a las traducciones ajenas,² la *disposición nacional* define el conjunto de *sentimientos* hacia lo extranjero, como fuente a la vez de impulsos culturales productivos y del hostigamiento de la diferencia. Si la literatura extranjera viene a llenar espacios que se fantasean vacíos, su función es,

al mismo tiempo, revelarlos. En la ideología de *Sur*, es lo imprescindible y lo que subraya, por su misma necesidad, la certidumbre de las carencias.

Esta certidumbre puede experimentarse de varias maneras y según grados de tensión o de conformidad diferentes. Coexisten en *Sur* de estos primeros años un americanismo optimista y un pesimista; un americanismo confiado en la juventud y en la realización de la promesa que estas regiones arrojan hacia el futuro (Ocampo, Frank) y un americanismo preocupado por los obstáculos reales que persisten como marcas históricas del continente. De todos modos, en ambas flexiones, el americanismo no se hace cargo de la desigualdad y la violencia que separan a América Latina de Estados Unidos (este punto ciego define así una ideología y una política).

Optimista y pesimista, en ambas flexiones se instala la convicción de que hay que explicar a América doblemente, a los americanos y a los europeos: "Si no hubiese sido americana, en fin, no experimentaría tampoco, probablemente, esta sed de explicar, de explicarnos y de explicarme. En Europa, cuando una cosa se produce diríase que está explicada de antemano... Aquí, por el contrario, cada cosa, cada acontecimiento, es sospechoso y sospechable de ser aquello de que no tiene traza. Necesitamos mirarlo de arriba abajo para tratar de identificarlo y a veces cuando tratamos de aplicarle las explicaciones que casos análogos recibirían en Europa, comprobamos que no sirven" (Ocampo en el número 3).

Efectivamente, la realidad americana aparece descentrada³ no solo (repetirlo es casi banal) respecto de la europea, sino respecto de las ideologías que, proponiendo sus explicaciones, hablan de ella. América como "hecho patético", confiesa Alfonso Reyes en el primer número de *Sur*, y luego, en el tercero, expone las razones materiales, físicas,

corporales de este patetismo. Se trata de una especie de conte philosophique, en el cual dos mexicanos exiliados en París después de la caída del porfiriato, reflexionan (con una ironía que recuerda por momentos a *Bouvard y Pécuchet*) sobre la patria. Pensar a México (que funciona como toda América, en el texto de Reyes) es poner en primer lugar el mestizaje: "Mi cráneo, amigo don Juan Antonio, es el cráneo del indio; pero el contenido de sustancia gris es europeo. Soy la contradicción en los términos... -El anfibio del mestizaje... -Eso es, el anfibio del mestizaje. Menos mal si esto fuera agradable y permitiera gozar de dos ambientes. Desgraciadamente no es así... Yo, como los indios, indio yo mismo por mitad, tengo un maxilar sin capacidad suficiente, sin sitio para la muela del juicio. Porque los indios, don Juan Antonio, no tienen muelas del juicio... Las pobres muelas europeas se abrieron sitio como pudieron, y creo que pudieron mal. Y las pobres nociones europeas rechinan y truenan asimismo dentro de mi cráneo".

América como contradicción en los términos informa sobre una tensión que, en la versión optimista de la problemática (generalmente la de Ocampo), Waldo Frank resuelve con esperanza en el futuro y facilidad ensayística: "Cada hombre de Hispano América (escribe en el número 4) tiene que mirar hacia adelante: el indio, porque lo ha perdido todo y el mestizo porque no ha ganado nada". En este sentido, tanto Frank como Keyserling (tan distantes intelectualmente, por cierto) le dicen a los argentinos de *Sur* lo que éstos están queriendo escuchar: nuestras diferencias no suponen inferioridad de parte de ustedes; es más, las diferencias pueden ser tan productivas que conviertan a este continente⁴ en una alternativa moral, estética e intelectual: en el descentramiento está la virtud americana. Entre la solución mitologizante del ensayo esencialista⁵ y la versión naturalista de Reyes, articulada

³ La temática del descentramiento es abordada por Roberto Schwarz en su estudio sobre Machado de Assis: *Ao Vencedor as Batatas: Forma literaria e processo social nos inícios do romance brasileiro*, San Pablo, Livraria Duas Cidades, 1981, 2a. edición.

⁴ Este continente es fantaseado por Keyserling como del Tercer Día de la Creación, inaugurando una serie metafórica que va a desembocar en Martínez Estrada y Murena.

² Que no es lo mismo, ciertamente, que traducir a otros, como lo demuestran los casos de Bianco o Borges.

sobre la metáfora anatómica del dolor del mestizaje, el arco de la problemática supera otras imágenes como la del crisol de razas, empleada por la oligarquía argentina en el proceso de nacionalización del inmigrante, y que los Estados Unidos también adoptaron para contar la historia de la incorporación de minorías nacionales.

América ha dejado de ser, en las nuevas versiones aparecidas en *Sur*, un armónico crisol de razas para convertirse en una apuesta de fusión futura (Frank) o en el escenario de un combate: Reyes habla de la interminable Noche Triste en que americanos y españoles pierden una misma batalla. Estas reflexiones sobre América, centradas en el mestizaje, racial en el caso de Reyes, de mezcla cultural en los argentinos, va a generar una frondosa producción que llegará hasta Murena, inscribiéndose en una de las líneas del ensayo sobre el ser nacional. Al señalar la aparición de esta variante en

Varios colaboradores de *Sur* adhieren con fervor a esta variante: Waldo Frank no es un pesimista, aun cuando más crítico tiene esperanza, escribe Carlos Alberto Erro, en el número 7; José Luis Romero y Homero Guglielmini comentan identificatoriamente las *Meditaciones sudamericanas* de Keyserling, en el número 8.

Un acuerdo de orden ético

Jorge A. Warley

Guillermo de Torre, que fue secretario de *Sur* desde su fundación hasta 1938, en el artículo "Misterios poéticos"¹, donde comenta un libro de cuentos de Jules Supervielle, señala que: "Se ha ido tan lejos que las fronteras de

¹ Torre, Guillermo de, "Misterios poéticos" en *Sur*, nro. 2, Buenos Aires, otoño de 1931.

los primeros años de *Sur*, intento despejar ese malentendido, por el cual la importación cultural se concibe como un proceso sereno en el cual las incorporaciones se incrustan amablemente en un espacio preexistente y pronto para recibir las. Ese malentendido (que puede condenar la mezcla cultural o exaltarla) pasa por alto, por un lado, la tensión deformante del voluntarismo cultural (que muchas veces se lee sólo irónicamente en *Sur*); por el otro, que esa tensión emana de una conciencia, difusa en Ocampo, quien procesa todo desde la perspectiva subjetiva de la autobiografía intelectual; o dramática, como en Reyes, sobre la desigualdad esencial de los americanos respecto de los centros europeos de producción cultural. Esta experiencia de la asimetría, del descentramiento de América, cree encontrar una clave práctica en el voluntarismo cultural, que toma en *Sur* las formas de la traducción, pero no sólo de ella. Modalidad de resolución de una pregunta que, desde la generación del 37 hasta la de *Contorno*,⁶ cambia contenidos ideológicos o formas del debate pero comparte una causalidad social: realmente, los argentinos somos y no somos europeos; y, cuando leemos, traducimos, adaptamos nuestra lengua

a una lengua extranjera (y no al revés). Interrogarse, entonces, sobre la cultura argentina presupone una respuesta (fueran cuales fueran sus contenidos) tendida hacia el futuro, en la medida en que, todavía en 1931, era necesario el gesto que afirmara su centralidad, como lo demuestran estos doce primeros números⁷ de *Sur*.

⁶ Véase, por ejemplo, la polémica nota de Ramón Alcalde sobre Abelardo Ramos en *Contorno*.

⁷ Se han considerado los siguientes artículos: V. Ocampo, "Carta a Waldo Frank"; W. Frank, "La selva"; A.R., "Un paso de América" (nro. 1); Keyserling, "Perspectivas sudamericanas"; V.O. "Ramón Gómez de la Serna en Buenos Aires" (nro. 2); V. Ocampo, "Palabras francesas"; A. Reyes, "Los dos augures"; A. Métraux, "Un mundo perdido" (nro. 3); W. Frank, "El mundo atlántico"; J. Marinello, "Gabriela Mistral y José Martí" (nro. 4); A. Alonso, "El problema argentino de la lengua" (nro. 6); C.A. Erro, "Un filósofo americano: W. Frank"; H. Guglielmini y José Luis Romero, críticas a *Las meditaciones sudamericanas* de Keyserling (nro. 8); A. Métraux, "El universo y la naturaleza a través de las representaciones de dos tribus salvajes argentinas" (nro. 10); S. de Madariaga, "Alberdi precursor" (nro. 11); V. Larbaud, "Una obra americana" (nro. 13); V.O., "Sobre un mal de esta ciudad" (nro. 14); J. Marinello, "Tres novelas ejemplares" (nro. 16).

esté al misterio y la fantasía". Desarrolla así una serie de enunciados en polémica con las vanguardias, para afirmar una visión donde el anclaje en la referencia al mundo circundante, los contenidos, la necesidad de "decir algo", se imponen sobre el mero juego formal, e sentido velado o inexistente del texto que inhibiría cualquier tipo de relación comunicativa con el lector. Sin una razón, sin un sentido último que pueda ser entregado, no existe capacidad comunicativa alguna; no hay una moral, una ética desde la que hablar.

De esta manera extrema, Guillermo de Torre condensa un conjunto de postulados que, con diverso tono, serán los que rijan la visión de la literatura en particular y de la cultura en general del grupo nucleado alrededor de la revista en estos primeros años.

Eduardo Mallea, desde una perspectiva diferente a la del secretario de redacción de *Sur*, menos resentida y mu-

lo inteligible quedaron casi borradas (...) Y una vez perdido el contralor —por mínimo y sutil que sea— de relación con el mundo circundante quedaban suprimidas no sólo las posibilidades de intelección, sino también la capacidad comunicativa que debe poseer toda efusión poética por muy ligada que

cho más integradora, plantea que: "Frente a la crisis del amor humano el intelectual, naturaleza primordialmente sensible, se rebela, reflexiona y se angustia. Esta crisis, este invierno, esta vacilación ante los dogmas contradictorios, este no poder tomar partido, esta necesidad de quemar enseguida las reservas y lanzarse violentamente a una creencia, este toque de rebato que se oye hoy en el mundo desde la península de Corea hasta el corazón del orbe occidental vedan al intelectual la posición que desde el tiempo helénico hasta Montaigne era en general determinante de su actividad: el retiro, la huida frente al universo inmediato hacia el universo de su abstracción, el ensimismamiento activo. El imperativo presente exige que ese ensimismamiento creador se transforme en una *participación creadora*"². Para Mallea el orden de cosas del mundo actual impone la existencia de un nuevo tipo de escritor frente al escritor-espectador, que "realiza su existencia en su obra", perteneciente al período anterior: el escritor-agonista, que "realiza su obra mediante el compromiso y riesgo de su propia existencia", el que "participa trágicamente en el destino de su tiempo", y para quien "su estética se transforma en ética"³. A diferencia de Guillermo de Torre, Mallea ofrece otra visión de las vanguardias; para él han significado un primer momento en la consideración del mundo moderno urbano, y de las relaciones sociales y personales que en él se desarrollan, que es preciso considerar y asimilar como primer momento negativo. Tal el valor que le confiere a las vanguardias: el de representar a través de la caotización de formas y sentidos el desmembramiento axiológico de los países industrializados; así Mallea lee un solo aspecto del fenómeno vanguardista (su objetivo es totalizar el fenómeno para otorgarle un sentido simbólico, y por lo tanto un valor, único: el de ser un verdadero ícono de la situación de

caos en que se encuentra el mundo después de "la muerte del liberalismo") que permite su integración su-peradora en la figura del escritor-agonista.

Mallea enuncia: "Cierta enciclopedia, cierta frialdad lúcida, cierto virtuosismo formal, cierto clasicismo tocan hoy a su fin"⁴; construye así una verdadera poética anti-Borges: la concepción del escritor-agonista se afirma sobre la negación (la inversión) de los rasgos que caracterizaban a las principales figuras de *Martín Fierro*. La estética cede su lugar a la ética. La pregunta se traslada de *cómo* crear una literatura argentina, hacia el *porqué* y el *para qué*, el destino último de dicha literatura; la preocupación se traslada del enunciado (en tanto preocupación por las formas, por el "artificio") hacia el sujeto que enuncia, en su doble carácter, textual (narrador) y social.

Podríamos decir que, en tanto figuras condensadoras y realizadores efectivos, Borges y Mallea son los representantes de dos momentos del campo intelectual y, he aquí la paradoja, de las dos zonas principales que recorren la revista *Sur* a lo largo de sus años de constitución. El primero, en tanto resumidor de las características de los vanguardistas que hasta 1927 integraron *Martín Fierro*, y que en *Sur* ocupa una zona menor, excéntrica (cuantitativa y cualitativamente), que mira el pasado y la marginalidad, y que con un gesto de amoralidad se plantean el problema de la constitución "formal" de una literatura nacional⁵; el segundo, como representante de la mayor parte de los colaboradores nacionales y extranjeros de *Sur*, y que, haciendo a un lado el artículo de tipo fragmentario, vuelca en la revista el artículo largo, de corte ensayístico, donde la pregunta se centra sobre el *deber ser* del intelectual, cuestión que aparece íntimamente ligada al ámbito de lo contemporáneo, a la totalidad, a lo urbano, y donde los contenidos, lo que se dice, pasa a ocupar el primer pla-

² Mallea, Eduardo, "El escritor de hoy frente a su tiempo" en *Sur*, nro. 18, Buenos Aires, marzo de 1936.

³ Mallea, Eduardo, *op. cit.*

⁴ Mallea, Eduardo, *op. cit.*

⁵ Sarlo, Beatriz, "Borges en *Sur*: un episodio del formalismo criollo" en *Punto de Vista*, nro. 16, Buenos Aires, noviembre de 1982.

ESCRITURA

Teoría y crítica literaria

Consejo de Dirección
Angel Rama — Rafael Di Prisco

Año VI, N° 11

I. PROBLEMAS
DE TEORÍA LITERARIA

II. LITERATURA
LATINOAMERICANA

Correspondencia a: Apartado 65603, Caracas 1066-A, Venezuela

TALLER DE PLÁSTICA

teórico/práctico
grupos limitados
clases individuales

Dibujo/Pintura

Escultura
materiales, resina poliéster

Composición plástica
sistemas de representación

Diseño gráfico

Dibujo
aplicado a la arquitectura
técnicas y materiales

Virrey Olaguer y Feliú 2954
Tel. 551-1248 Cap. Fed.

no. En este sentido habría que integrar el tipo de artículo que caracteriza a esta primera época de *Sur*: son artículos largos, ensayísticos, de muchas páginas⁶. La revista recoge (e integra) una serie de discusiones y propuestas que desde fines de la década del veinte y comienzos de la del treinta comenzaban a ocupar a los escritores e intelectuales europeos. Textos como *La traición de los intelectuales*⁷ de Julien Benda o *La rebelión de las masas*⁸ de Ortega y Gasset; los diferentes planteos que comienzan a esbozarse como alternativa posible al flagelo del autoritarismo, en su doble expresión del stalinismo o del nazi-fascismo, y que se extiende desde propuestas elaboradas y orgánicas como las del "personalismo" de Berdiaeff⁹, hasta otras mucho menos convincentes como las de Maritain¹⁰, pasando por los híbridos del tipo Louis Ollivier y su Orden Nuevo¹¹. A través de esta discusión este sector de *Sur* crea un sistema ideológico y se coloca en las antípodas de las elecciones con las que Borges conforma su sistema literario. A diferencia de Borges, el ámbito no va a ser la construcción estética-ideológica del suburbio, del pasado en tanto apropiación vanguardis-

ta (lo puramente estético), sino por el contrario, el ámbito va a ser lo urbano y el presente, plasmados en la totalidad del texto, en la consolidación de la entrega de un sentido homogéneo que se construye bajo la mirada de un imperativo ético¹².

Sur reclama "el espacio de la inteligencia", en el cual "han colaborado escritores de tendencias muy diversas; coincidían, sin embargo, en esforzarse por hacer su pensamiento más sensible, por hacerlo existir, en tanto que existir es ser sensible, como diría Julien Benda, y coincidían asimismo en que ese pensamiento respiraba buena fe. Esa diversidad y a veces disparidad de ideas, sometidas a un acuerdo general que las trasciende, un acuerdo de orden ético, y que supone el ejercicio mismo del derecho a disentar. . ." ¹³. Una serie de coincidencias intelectuales y éticas, que incluye a los integrantes nacionales y extranjeros de la revista, con los cuales se mantiene una relación constante y a quienes se comienza a traducir en bloque, permite a la revista instituir así un espacio de discusión que piensa en el marco de la ilu-

sión de una convivencia pacífica. Hablamos de ilusión porque, pese a las contradicciones que pueden surgir en el seno de la misma, la revista sanciona esa convivencia en el nivel más alto (espiritual), desplazando hacia la indiferencia o la no consideración las desavenencias que puedan surgir en otros niveles (el político, como ejemplo más significativo). "El asunto del que aquí se habla es previo a la política y pertenece a su subsuelo. La 'misión del intelectual' es, en cierto modo, opuesta a la del político": *Sur* podría hacerse cargo de estas palabras con las que Ortega y Gasset prologa *La rebelión de las masas*. De alguna manera esas son las palabras de Victoria Ocampo cuando, frente a la acusación de la revista *Criterio* de que *Sur* es una "revista izquierdista", argumenta que "estamos más allá de la política"¹⁴; y estas son también las palabras con las que la revista realiza el balance del "Primer debate de *Sur*"¹⁵, el que señala como principal desviación el marcado carácter político de la discusión, olvidando que el objetivo primordial es el de mantener el debate en un "nivel más alto, el espiritual".

Pese a la afirmación de María Luisa Bastos sobre la "tenue coherencia del grupo originario"¹⁶ que constituyó *Sur* (afirmación que lleva a fundamentar el afianzamiento de la revista a través de la figura exclusiva de Victoria Ocampo), creemos que se constituye manteniendo dentro de la heterogeneidad de su problemática ese conjunto de preocupaciones básicas comunes: la consideración de lo americano, la del establecimiento de la función que el mundo de 1930 fija al intelectual, a los intelectuales, en tanto grupo o elite: "La desaparición del esteta permite el paso de una clase creadora a la que le incumbe una responsabilidad mucho más trascendente"¹⁷.

¹⁴ Ocampo, Victoria, "Posición de *Sur*" en *Sur*, nro. 35, Buenos Aires, agosto de 1937.

¹⁵ "Primer debate de *Sur*, Louis Ollivier: 'Misión o demisión del hombre'" en *Sur*, nro. 20, Buenos Aires, mayo de 1936.

¹⁶ Bastos, María Luisa, "Victoria Ocampo" en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, 1980.

¹⁷ Mallea, Eduardo, *op. cit.*

⁶ Este tipo de artículo se contraponen con el artículo corto y fragmentario que desarrolla Borges en la revista, el comentario de tipo bibliográfico, un tipo de nota que en la primera época de la revista va a ocupar un lugar excéntrico y secundario pero que a partir de la entrada de Bianco, a través del *Calendario* y las cada vez más abundantes reseñas bibliográficas, comenzarán a invadir la revista desde sus últimas páginas. El artículo largo, de tipo ensayístico, es lo que reconoce Waldo Frank como una de las virtudes de la revista (Frank, Waldo, "Palabras sobre *Sur*" en *Sur*, n.º 18, Buenos Aires, marzo de 1936).

⁷ Benda, Julien, *La traición de los intelectuales*, Buenos Aires, Efecé, 1974.

⁸ Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1958, 14a. ed.

⁹ Berdiaeff, Nicolás, "Personalismo y marxismo" en *Sur*, nro. 13, Buenos Aires, octubre de 1935.

¹⁰ Maritain, Jacques, "Con el pueblo de un nuevo humanismo" en *Sur*, nro. 13, Buenos Aires, abril de 1937.

¹¹ Ollivier, Louis, "La revolución del orden" en *Sur*, nro. 17, Buenos Aires, 1936.

¹² A través del diálogo con los textos y pensadores extranjeros, a través de la consideración de la problemática de lo americano, de la elite intelectual y su ubicación frente al mundo moderno los escritores de *Sur* incorporan a sus ficciones una serie de recursos formales, de espacios de representación (la ciudad), de cierto tipo de narrador y personajes, de cierta mezcla constante de discurso e historia, etc. Esto es fácilmente observable en los textos que en esa primera época Mallea publica en la revista. En ellos aparecen tematizados el horror a las ciudades, al hacinamiento urbano, a la masa, al crecimiento vertiginoso de la publicidad masiva (noticieros, anuncios propagandísticos inundan los textos de Mallea); un narrador-personaje que vive esa imagen del mundo urbano, de la masa anónima, despersonalizada, en la permanente transformación de ser uno de ellos y a la vez mantener una determinada individualidad que le permite manejarse como testigo y voz profética. Mallea configura así un tipo de narrador, establece un espacio de representación en el que las acciones son negadas y dejan su lugar a la voz reflexiva que se estructura incluso con un nuevo tipo de vocabulario. La visión agobiante que Mallea desarrolla encuentra su correspondencia en la de otro escritor, aparentemente tan disímil de él, y a la vez tan alejado de *Sur*, como Roberto Arlt.

¹³ Bianco, José, *Ficción y realidad (1946-1976)*, Caracas, Monte Avila, 1977.

DISCUSION

En la sección que se inaugura con este ensayo, *Punto de Vista* irá presentando posiciones a través de las que la revista entiende abrir un espacio para la discusión, la exposición de ideas diferentes y la réplica.



¿Qué democracia?

Oswaldo N. Guariglia

1. **Ambigüedad del término.** No creo que constituya una novedad para quienes se interesan medianamente por la vida política de los modernos estados, el hecho de que el término 'democracia' sea utilizado en la actualidad para designar regímenes políticos diversos y hasta

contrarios entre sí. Basta nombrar las democracias populares de los países del Este europeo y las democracias parlamentarias como las de Italia o Alemania Federal, para advertir que partiendo de los regímenes que actualmente se arrojan el título de democracias, no es fácil

establecer un tipo conceptual común a todos ellos.

Lo que se esconde detrás de esa ambigüedad constituye un problema habitual en los conceptos que se manejan en la teoría política. Se trata, en efecto, no de términos meramente descriptivos, como los que designan las especies naturales o los artefactos que nos rodean (por ej. 'manzana' o 'mesa'), sino de palabras que no solamente designan un determinado fenómeno político sino también le confieren por el hecho de designarlo de esa manera un *cierto prestigio*, que está avalado por la tradición. En efecto, desde la Grecia clásica la democracia en tanto 'poder del pueblo' se opone a otros dos regímenes fuertemente condenados: *la oligarquía* (el poder absoluto de unos pocos) y *la tiranía* (el poder absoluto de un solo hombre). El prestigio del término no es en vano: al denominar a un régimen político *una verdadera democracia* se está haciendo implícitamente *una valoración fuertemente positiva* del mismo, valoración a la cual pretende todo usuario actual del título. Distinguir, por lo tanto, los rasgos conceptuales que permitan caracterizar un régimen político como una democracia es una tarea de la mayor importancia política.

2. **Aspecto descriptivo.** Se abren dos caminos para el que quiera realizar esta tarea, según el punto de partida que se tome. Es posible limitarse al aspecto meramente descriptivo del término 'democracia' y elegir como modelo de funcionamiento de tal régimen aquél o aquellos que datan de mayor tiempo, entre los que se destaca sin duda el de los Estados Unidos de Norteamérica. Implícita o explícitamente es el camino que han seguido los teóricos políticos desde A. de Tocqueville en adelante. En su forma actual, este modo de considerar la democracia como un tipo de funcionamiento político de una sociedad con una estructura económica y social altamente desarrollada, pone un especial énfasis en señalar mediante datos estadísticos el nivel de ingreso alcanzado por la población, su distribución ocupacional, geográfica, su grado de educación medio, etc. En otras palabras, para este modo de considerar la cuestión, la caracterización de lo que es una democracia se logra principalmente proporcionando un diagnóstico de la situación económica y social en un momento dado de la población de

revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección:

ANTONIO CORNEJO POLAR

Avenida Benavides 3074
Urbanización La Castellana
Teléfono 456353
Lima - 18
PERU

aquel o aquellos estados que han ostentado durante largo tiempo el título de democráticos.

3. Aspecto normativo. No fue éste, sin embargo, el camino que eligieron los clásicos, aquellos que elaboraron los criterios conceptuales según los cuales un régimen político era distinguido de los demás por poseer aquellas características que lo definían como democrático. El pensamiento de ellos se orientó más bien hacia el aspecto evaluativo y normativo que hemos descubierto en el término. Y con razón: la noción de democracia está indisolublemente unida a otros dos conceptos fundamentales de la vida política como ámbito autónomo de la acción humana, al de *poder* y al de *justicia o equidad*.

4. Poder y justicia. En efecto, el ámbito de lo político está restringido a aquellas relaciones entre los seres humanos que se singularizan por conferir un determinado poder de mando a un grupo de miembros de una comunidad sobre los restantes, los cuales están sujetos a ese poder y le deben obediencia. La noción de justicia o equidad constituye el contrapeso del ejercicio de ese poder, al cual establece *condiciones que emergen no de situaciones de hecho, sino de la concepción de la relación política o de poder como una relación entre personas*, a las que por ser tales se les concede de antemano una *autonomía o libertad inalienable y una correspondiente dignidad*.

Se da, por lo tanto, en el concepto mismo de democracia un orden implícito de prioridades entre el aspecto fáctico, es decir: las condiciones materiales de existencia de la misma, y el aspecto normativo. Es este último el que aparece como el más importante en el concepto de democracia, ya que condiciona al cumplimiento de determinados imperativos universales y de determinados fines del ejercicio del poder de unos miembros de la sociedad política sobre los otros.

5. La autonomía de la persona humana. ¿Cómo se puede formular en pocas palabras este aspecto normativo central del régimen democrático? De hecho existen varias formulaciones que iluminan uno u otro costado del concepto. Así desde un punto estrictamente político ya Aristóteles definía correctamente a la democracia como aquél régimen en

que la excelencia del ciudadano se demostraba tanto en su capacidad de *obedecer* como de *mandar*, por tratarse justamente de un gobierno de hombres libres en el que cualquiera puede desempeñar alternativamente ambos roles. A partir de la Ilustración, en cambio, la noción fundamental de *la persona humana como entidad única, libre e infinitamente valiosa*, que había hecho irrupción en la historia con el cristianismo, obtiene una adecuada formulación conceptual tanto en la filosofía política como en la ética y pasa a ocupar el lugar central del régimen que a partir de entonces se suele designar también, por oposición a las monarquías entonces reinantes, con el nombre más ambiguo de *república*.

6. Autonomía y responsabilidad. El nuevo acento en la noción de la autonomía de la persona humana como destinataria final del régimen democrático está cargado de consecuencias. En efecto, la noción de autonomía es en realidad un *principio regulador* que se va desarrollando conjuntamente con las mismas acciones de los hombres. Es imposible predecir qué acciones llevarán a cabo los hombres en el ejercicio de su autonomía —dado que por ello son autónomos—, pero es en cambio posible establecer bajo qué condiciones las acciones que ellos llevan a cabo han sido forzadas en uno u otro grado hasta llegar a la pérdida final del carácter de autónomas. De la misma manera es posible señalar en general qué medidas contribuyen al pleno desarrollo de la autonomía de la persona y cuáles no. En efecto, el *concepto de autonomía* está indisolublemente ligado al *concepto de responsabilidad*, como el *concepto de causa* está indisolublemente ligado al *concepto de efecto*. La autonomía consiste en la libertad para elegir las propias acciones y decidir en consecuencia sobre la adopción de los medios que conduzcan a los fines elegidos; la responsabilidad, a su vez, implica que todo agente debe hacerse cargo de las consecuencias de sus actos libremente elegidos y decididos. Por cierto, tanto la elección de los fines como la previsión de las consecuencias posibles de los mismos suponen una *capacidad reflexiva o deliberativa* por parte del agente, capacidad que inevitablemente tendrá distintos grados de desarrollo en cada individuo sea por circunstancias naturales, sea por circunstancias sociales o culturales. Las circunstancias naturales son

HISPAMERICA

Director

Saúl Sosnowski

Suscripciones a *Hispanérica*, revista de literatura, tres números por año:

Individuales: u\$s 12.00

Bibliotecas: u\$s 18.00

Patrocinadores: u\$s 25.00 (sus nombres son mencionados en la revista)

TENEMOS
NUMEROS ATRASADOS

Dirección:

5 Pueblo Court/Gaithersburg, MD 20760, USA

aquellas ligadas principalmente a la edad en un individuo de desarrollo intelectual normal; las sociales o culturales son en cambio las que provienen del medio familiar y social en que el individuo se ha formado así como de la educación que ha recibido.

7. **Prioridad de intereses.** Aquí se muestra claramente de qué manera el aspecto normativo es el determinante con respecto al aspecto fáctico en el concepto de democracia y no a la inversa. Pues es el principio de la autonomía de la persona humana, de su derecho a determinar libre y racionalmente su propia existencia, el que provee un criterio absoluto para discernir *qué intereses* de los participantes en un régimen democrático deben ser preferidos y públicamente antepuestos a todos los demás y qué otros, en cambio, deben ser pospuestos, desalentados o directamente cohibidos. En efecto, una sociedad está estructurada de tal manera que de la infinita diversidad de intereses contrarios entre sí, algunos son antepuestos a otros y proveen, por lo tanto, un criterio válido de organización en esa sociedad. Quienes viven en ella padecen de una cierta ceguera con respecto a esta jerarquía vigente de intereses, simplemente porque para ellos la primacía de un interés determinado sobre todos los otros es tan natural como el aire que respiran. Ahora bien, esa primacía puede darse simplemente de hecho, como el *interés en la preservación de la costumbre sacralizada* en una sociedad tradicional o el *interés en la previsibilidad, calculabilidad y rentabilidad de los medios en relación con los fines* en la sociedad capitalista, o puede estar justificada sobre la base de ciertos principios fundamentales que proveen un criterio objetivo para evaluar los distintos intereses contrapuestos en una misma persona o entre diferentes personas en la relación de unas con otras.

8. **Intereses divergentes de la sociedad civil y de la política.** Es por ello que la organización social y la organización política son esencialmente distintas, dado que la primera exhibe una cierta primacía de intereses que ha sido el producto de hecho de una larga evolución histórica y en cambio la segunda, fundamentalmente a partir de las grandes revoluciones democráticas de fines del siglo dieciocho en adelante, ha surgido de la consciente y

voluntaria elección de la primacía del interés en la autonomía de la persona humana por encima de todos los otros intereses y ha postulado aquellos principios que, como el de la universalidad de la ley, la igualdad de todos ante ella, la fundamentación de la ley en la voluntad general, etc., eran los apropiados para poner ese interés en acto.

9. **Proclamación de un principio y vigencia real del mismo.** Esta original divergencia entre la organización social y la política explica la lenta penetración e imposición de un principio, declarado absoluto en el plano político y constitucional, que sin embargo sólo comienza a tener completa vigencia en el plano jurídico y social en épocas muy posteriores a su proclamación. Para no citar más que un ejemplo particularmente demostrativo: habiéndose adoptado durante la primera mitad del siglo diecinueve en los diversos países europeos y americanos constituciones democráticas, inspiradas en los principios de universalidad de la ley, igualdad de derechos y obligaciones, etc., la mujer no es sin embargo admitida al sufragio activo y pasivo sino sólo a partir de la primera guerra mundial, en 1918 en Alemania (derecho eliminado luego por el Tercer Reich), en 1928 en Inglaterra y unos veinte años más tarde en la Argentina.

De este modo se explica el hecho de que la original divergencia entre organización social y organización política pueda ir adquiriendo una gradual tensión hasta acabar en completa ruptura. En efecto, los derechos y deberes propios de un régimen democrático se deducen rigurosamente de la postulación y el reconocimiento del principio de autonomía de la persona humana; el usufructo de esos derechos impone, empero, exigencias, restricciones del poder acumulado en la sociedad civil, limitaciones en el empleo de los medios económicos—regido, como vimos, por otros intereses—, que los afectados no están siempre dispuestos a admitir. Como lo señala con toda claridad Max Weber ya en 1906, *la supuesta armonía preestablecida entre el desarrollo y crecimiento económico de una sociedad progresivamente industrializada, por una parte, y el desarrollo y perfeccionamiento de la democracia, por la otra, no es más que una ilusión carente de fundamento.*

10. Dimensión social de la autonomía

de la persona humana. De la misma manera que la proclamación de un principio como el interés fundamental que habrá de regir la organización política, difiere notablemente de su real vigencia en la sociedad histórica, así también las consecuencias necesarias de ese mismo principio no son siempre evidentes a los mismos que lo instituyen, sino que se van abriendo paso a la consciencia de los hombres con el transcurso del tiempo. El concepto de autonomía de la persona humana contiene en sí una dimensión social que sólo bastante más tarde fue plenamente descubierta. En efecto, si uno reconoce en el otro a una persona humana independientemente de su origen familiar y social, de su raza y religión, de su sexo y conformación física, pero al mismo tiempo uno no puede desconocer la existencia de hecho de esas desigualdades, que afectan de modo también desigual la capacidad de cada uno para hacer uso de sus facultades autónomas, entonces la misma razón que nos fuerza a reconocer en el otro a una persona humana, nos forzará también a reconocerle el derecho a hacer un uso equitativo y real de su capacidad para determinar su propia vida. Ahora bien, para ello necesitará de modo indispensable desarrollar al menos *su propia capacidad de deliberación*, que es una capacidad teórica y que debe, por lo tanto, ser preparada mediante *una instrucción metódica y una adecuada información*. Al mismo tiempo tendrá derecho a que la instrucción e información que reciba sea críticamente comprobable y veraz, ya que en última instancia cuando hablamos de una capacidad de determinar autónomamente su propia vida, estamos diciendo con otros términos que cada persona *tiene derecho a elegir su propio bien*. Pero para ello debe poder llegar a disponer tanto de los instrumentos intelectuales que lo capaciten para juzgar por sí mismo, como de la *información objetivamente correcta y públicamente accesible* en base a la cual pueda establecer hasta el límite de lo razonable que lo que *él considera su propio bien, es efectivamente un bien.*

11. **Ética e ideología.** Esta irrupción de un lenguaje propio de la ética sorprenderá como una indebida intromisión de un cuerpo extraño al ámbito de la política. Sin embargo ha sido característico de la vida política del siglo veinte el hecho de que en ella hayan tenido una gran influencia determinadas concepciones de

la acción individual y colectiva que por su naturaleza pertenecen a la ética pero que, dado el carácter equívoco e intrínsecamente engañoso de las mismas, han evadido expresamente el ser reconocidas como fragmentos de visiones morales del mundo o han pretendido estar por encima de cualquier moral. Me estoy refiriendo a *las ideologías*. Es imposible en breve espacio tratar de una manera siquiera tangencial el intrincado problema de la ideología en sus diversos aspectos teóricos y prácticos. Lo que aquí nos interesa señalar es la influencia que ejerce la ideología justamente en la elección por parte del ciudadano de lo que él considera su propio bien. En efecto, ha sido una de las funciones expresas de las ideologías en la vida política el persuadir al mayor número de individuos posibles para que antepusieran acríticamente *determinados motivos* por lo común *con un contenido fuertemente emocional* a todos los otros en el momento de actuar. La ideología pretende —y muchas veces lo logra— sustituir la instancia de reflexión y conocimiento que forma parte de toda deliberación por parte de un agente responsable antes de decidir sobre sus propios fines, *por una manipulación psicológica que bloquee la facultad crítica del individuo y lo predisponga emocionalmente a aceptar como propias decisiones que otros han tomado por él*.

12. **Dos tipos ideológicos.** La influencia de la ideología en la vida pública de la moderna república ha causado la proliferación de dos tipos humanos opuestos entre sí pero ambos igualmente perniciosos para la democracia: el *fanático* y el *escéptico*. El primero es aquél que, sea por ignorancia o directamente por temor a asumir la responsabilidad de decidir por sí mismo, ha transferido su facultad de decidir a un grupo dirigente, al que ha jurado obediencia sin restricción. En este caso la ideología proveerá ya sea un rígido orden de valores supuestamente eternos según los cuales debe regirse el mundo, ya sea una supuesta ley que fija con la misma necesidad de las leyes naturales el decurso de los cambios históricos. Al aceptar uno u otra el individuo sentirá que la renuncia a su propia independencia de juicio y a su propia capacidad de decisión en beneficio del grupo dirigente, a cuyos dictados se somete sin restricciones, está plenamente justificada por la vigencia irrestricta del cuerpo de doctrina que la ideo-

logía transmite. Por cierto, esta disponibilidad para la humillación, el autocastigo y hasta el sacrificio en relación con el grupo dirigente munido de poder se transforma rápidamente en intolerancia, violencia siempre dispuesta a aflorar y hasta crueldad, cuando las circunstancias ponen al fanático frente a aquellos ajenos al grupo que no han renunciado ni a su sentido crítico ni a su responsabilidad ética en beneficio de alguna ideología. Demás está decir que para esta clase de personalidad autoritaria la democracia no es sino una organización política decadente y despreciable, con la que es necesario convivir sólo hasta tanto se pueda reunir la fuerza suficiente como para mediante un golpe de mano terminar definitivamente con ella.

El otro tipo humano, el escéptico, es aquél que descrea radicalmente de toda posibilidad de establecer un régimen político que, como la democracia, se fundamenta en un mínimo de convicciones con respecto a la acción social y pública objetivamente establecidas. Si para el fanático sólo cuenta *una* ideología, la propia, para el escéptico toda propuesta pública es ya por esa sola causa *ideológica*, es decir, sospechosa, interesada e intencionadamente falaz. El mundo del escéptico sigue siendo el mismo mundo cruel y brutal que describiera Hobbes en el siglo XVII, esto es, en los comienzos de la nueva sociedad capitalista, un mundo en el que cada individuo sólo persigue la acumulación de riqueza y poder sin aceptar más trabas que las que le impone una fuerza exterior, ajena a la sociedad y superior en poder a cada uno de sus miembros: el estado, el monstruo bíblico Leviatán. Para el escéptico la sociedad es sólo un gran campo de batalla en el que todos pretenden obtener sin ningún escrúpulo las mayores ventajas. Mentir, faltar a las promesas, adular al poderoso y despojar al desprovisto de poder, violar las leyes en la medida en que sea posible hacerlo impunemente, acallar a quien se rebela en nombre de la equidad acusándolo de sedición, etc. son para el escéptico otros tantos medios lícitos de lograr sus designios. Para él nunca está en juego el aspecto ético de una acción sino exclusivamente su eficacia. Demás está decir que el escéptico es profundamente antidemocrático: dado que no respeta sino la riqueza y el poder, estará dispuesto a aceptar y a servir a quien demuestre ser en cada caso el más poderoso, un líder autoritario, un partido

populista, un golpe militar de estado, por cierto con la reserva tácita de abandonarlo rápidamente en el momento preciso en que dé signos de estar perdiendo fuerza.

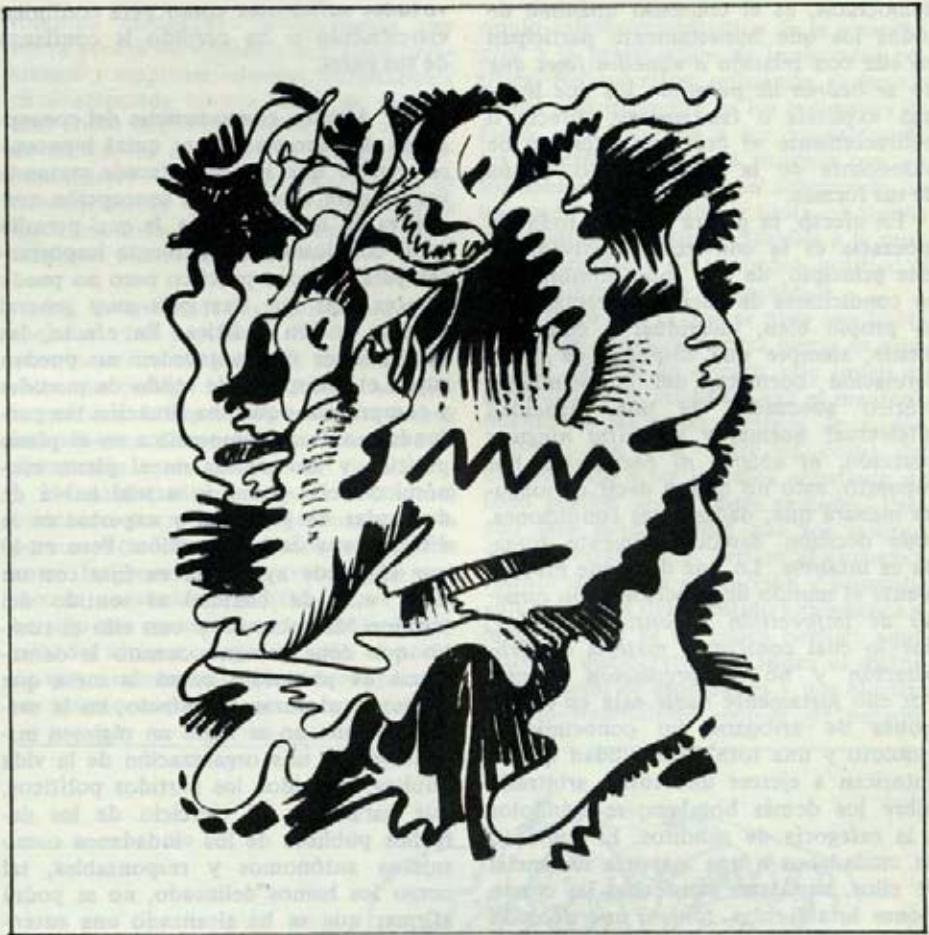
13. **La falacia de la neutralidad técnica.** Constituye una reacción característica y hasta cierto punto justificable frente a este carácter indomeñable que muestra la sociedad política bajo su faz ideológica, el que se haya creído que el único modo de eliminar los conflictos immanentes a toda organización social consistiese en quitarles el carácter político que pudieran tener y en reducirlos exclusivamente a problemas técnicos, los cuales deberían ser resueltos con los mismos instrumentos con que se habían obtenido tan formidables resultados en otras áreas de la ciencia y de la técnica: los modelos matemáticos, la computación, etc. De este modo, se suponía, las decisiones que el ciudadano común no estaba en condiciones de tomar —en razón de su ignorancia e incompetencia cuando se trata de compatibilizar las complejas consecuencias de medidas globales sumamente abstractas— quedaban a cargo de expertos competentes en cada materia, quienes con toda la autoridad que les da el conocimiento técnico, ofrecerían a cada problema la mejor respuesta.

Aquí se ha creado una grave confusión que muchos han ayudado a extender en parte de buena fe y en parte interesadamente. En efecto, la moderna sociedad industrial con su gran crecimiento poblacional, con la concentración de la población en grandes centros urbanos, con la creciente diversificación y alto grado de complejidad e interdependencia de la producción, etc., ha ido creando problemas administrativos sea en las empresas productivas mismas sea en el área de servicios que éstas requieren, que son cada vez más complejos y urgentes. Sin duda estos problemas requieren un tratamiento mediante técnicas administrativas adecuadas, que buscarán la uniformización, simplificación y rapidez en la solución de los mismos. Conjuntamente con el grado de complejidad de las técnicas a aplicar crecerá el número de técnicos y expertos que se especializarán en la realización de una y otra tarea específica. Así ha aparecido ese fenómeno típico de las sociedades industriales modernas que son las *burocracias*, ya sea en las grandes empresas privadas, en

las públicas de servicios (ferrocarriles, electricidad, gas, etc.) o en los organismos correspondientes del poder administrador del estado (ministerios, secretarías, etc.).

Ha sido desde siempre una de las primeras medidas que toda burocracia ha tomado para su preservación la de tratar de conservar el secreto de sus actuaciones ya sea obstaculizando directamente el conocimiento de las mismas por el gran público, ya sea rodeándolas de un aura de misterio e intangibilidad que haga aparecer sus decisiones como la irremediable conclusión técnica de un cálculo que tiene el mismo status de una ley científica, inmutable y eterna. Nada, sin embargo, más falso. Sin duda alguna, cuando se trata de tomar complejas decisiones que involucran una extensa gama de consecuencias, queridas las unas y no queridas las otras, es necesario contar con un claro conocimiento de la situación y un cálculo lo más aproximado posible de las consecuencias de determinadas medidas por oposición a otras. Para esa estimación es imprescindible el conocimiento técnico detallado y fidedigno, que sólo pueden proveer los expertos. Pero no existe problema técnico, por intrincado que sea, que no pueda ser clara y concisamente expuesto conjuntamente con las diversas alternativas de solución que se presentan, sus costos y consecuencias, de modo tal que un ciudadano común medianamente dotado de inteligencia e instrucción pueda comprenderlo y hacerse una opinión en favor o en contra de las soluciones propuestas.

Dicho en otras palabras, la técnica sólo provee instrumentos más o menos eficaces para lograr determinados fines a partir de ciertos estados previamente definidos. No hay razón alguna para que sea el experto, el técnico, quien determine los fines que se quieren alcanzar y, a decir verdad, hay fuertes razones para oponerse a que en todos los casos en que estén involucradas cuestiones públicas, las decisiones últimas queden exclusivamente en manos de los técnicos. En efecto, toda decisión, así sea encubierta bajo la forma de una prescripción técnica, supone una *evaluación que no es en sí técnica*, dado que antepone determinados fines a otros. Lo importante es justamente determinar los criterios con que se van a evaluar distintos fines, y estos criterios, si bien deberán tener en cuenta las opciones técnicas, no son en sí técnicos sino *prácticos*, es decir, *éticos y políticos*.



14. Evaluación y toma de decisiones en una democracia. Retomamos de este modo una cuestión que habíamos dejado planteada más arriba y que es hora de responder: ¿de qué manera puede el ciudadano establecer objetivamente que lo que él considera su propio bien es efectivamente un bien? La respuesta es, en cierto modo, sencilla: de la misma manera en que normalmente podemos establecer, aún en asuntos sumamente intrincados, la verdad. En efecto, todos poseemos un principio, una idea reguladora de lo que es la verdad, aun cuando nos sea muy difícil definir en qué consiste. Es este principio regulador el que nos guía en aquellos casos disputados entre dos afirmaciones contrarias, de modo tal que, juzgando las razones en que una y otra se apoyan, podemos decidir sin demasiadas dudas sobre la *mayor verosimilitud* de una de ellas con respecto a la otra. Del mismo modo, siempre existe un conjunto de razones que apoyan un fin y que, en contraposición con otro

fin excluyente, mostrarán la superioridad o inferioridad de uno de ellos con respecto al otro. Téngase además presente que, cuando hablamos del ciudadano, estamos hablando del conjunto de ciudadanos, de modo tal que las razones por otro u otro fin serán sopesadas y juzgadas, es decir, sometidas a la crítica pública. Serán aquellas razones que soporten este examen las que, por fin, deberán ser aceptadas como efectivamente superiores. Por cierto, será por último este debate el que garantizará la bondad objetiva de determinados fines sobre otros, pues esta bondad estará fundada en el *consenso crítico y expreso de los ciudadanos*. Es claro que no será ni posible ni deseable lograr unanimidad en todas las *decisiones positivas*, ya que nunca se puede excluir el que se llegue, agotada la discusión, a posiciones incompatibles, que se decidirán en favor de una mayoría. Pero lo que no sólo es posible sino que constituye una condición indispensable para la existencia de una

democracia, es el consenso unánime de todos los que honestamente participan en ella con relación a aquellos fines que *no se habrán de permitir*: los que lesionan explícita o tácitamente, directa o indirectamente el principio supremo de autonomía de la persona bajo alguna de sus formas.

En efecto, la piedra basal de toda democracia es la convicción, derivada de este principio, de que todo hombre está en condiciones de decidir correctamente su propio bien, individual y colectivamente, siempre que disponga de la información correcta, del conocimiento teórico adecuado, de una capacidad intelectual normal y *no sufra ninguna coacción, ni abierta ni encubierta*. Por supuesto, esto no quiere decir de ninguna manera que, dadas estas condiciones, toda decisión democráticamente tomada es infalible. Lo que distingue precisamente el mundo de la acción es su *carácter de imprecisión y contingencialidad*, por lo cual constituye materia de *deliberación* y no de *predicción exacta*. Por ello justamente *nadie* está en condiciones de arrogarse un conocimiento absoluto y una total infalibilidad que lo autoricen a ejercer una tutela arbitraria sobre los demás hombres, rebajándolos a la categoría de súbditos. El conjunto de ciudadanos o una mayoría sustancial de ellos, supuestas satisfechas las condiciones establecidas, *tomará una decisión de buena fe*, esto es, que razonablemente se podía considerar la mejor posible en el momento de ser tomada, aun cuando haya disidencias minoritarias sobre ella y aun cuando acontecimientos posteriores demuestren que tal decisión fue en parte o totalmente errada. La democracia tiene derecho a errar y a aprender de sus propios errores para enmendarlos, ejerciendo su propia facultad crítica. Y así como nadie puede arrogarse un conocimiento superior e infalible que lo autorice a ejercer arbitrariamente la autoridad, de la misma manera nadie puede arrogarse la posesión exclusiva de las virtudes éticas que lo faculten para concentrar toda la autoridad en su persona o en un grupo de personas. Las virtudes no se poseen sino que se ejercen, se demuestran en el ejercicio de cada función, de modo que nadie puede atribuirse a sí mismo virtudes excepcionales antes de haberlas puesto de manifiesto en el ejercicio de su cargo. Serán, por lo tanto, los otros quienes juzgarán *a posteriori* si efectivamente el que ha ejercido un cargo, ha demostrado

virtudes suficientes como para continuar ejerciéndolo o ha perdido la confianza de sus pares.

15. Algunas consecuencias del concepto de democracia. No es quizá innecesario repetir que lo que antecede pretende únicamente esbozar una concepción normativa de la democracia, la cual permite sacar conclusiones sumamente importantes para el orden práctico pero no puede ofrecer más que una guía muy general para la acción política. En efecto, las afirmaciones que anteceden no pueden suplir el indispensable tejido de medidas y compromisos que una situación tan profundamente antidemocrática en el plano político y tan penosa en el plano económico-social como la actual habrá de demandar de políticos y expertos en la difícil etapa de la transición. Pero en lo que sí puede ayudar es en fijar con un poco más de claridad el sentido del término 'democracia' y con ello el rumbo que debe tomarse cuando la democracia es propuesta como la meta que se quiere alcanzar. En efecto, en la medida en que no se logre un régimen institucional y una organización de la vida pública, incluidos los partidos políticos, que garanticen el ejercicio de los derechos públicos de los ciudadanos como sujetos autónomos y responsables, tal como los hemos delineado, no se podrá afirmar que se ha alcanzado una auténtica democracia.

A pesar del carácter conceptual que tiene la exposición anterior, es posible derivar de ella tres consecuencias directas para la acción política que implican cambios importantes en el orden social, político y económico. La implementación de un concepto de democracia como el señalado exige, en efecto, para un futuro no muy lejano: (i) una participación cuantitativamente mucho mayor de los ciudadanos en la vida pública y cualitativamente distinta a las formas que han sido hasta ahora habituales para ella; (ii) una nueva relación entre el poder administrativo del estado (la burocracia estatal, incluidas las fuerzas armadas) y el parlamento; y (iii) una inversión de las prioridades actualmente vigentes entre la sociedad civil y la sociedad política. Para concluir, paso a comentar brevemente cada uno de estos puntos.

16. Participación ciudadana. Quizá no sea hoy demasiado sorprendente afirmar que la Argentina de las dos últimas

décadas —para limitarnos exclusivamente al período estrictamente contemporáneo— ha carecido de una forma adecuada de participación política de la ciudadanía. En efecto, los bruscos movimientos pendulares entre por una parte una movilización callejera masiva como forma exacerbada de manifestación del descontento popular o como mera demostración de respaldo a un líder carismático, cuyos designios no están sometidos a discusión, y por la otra la obligada y extrema desmovilización fomentada por los regímenes militares, que prescinden olímpicamente de la opinión pública y reclutan sus asesores entre capillas próximas a ellos, absolutamente herméticas y escasamente representativas, constituyen dos paradigmas clásicos de exclusión intolerante de la participación ciudadana. El resultado inevitable ha sido una retracción y apatía política alarmantes, que es imprescindible y urgente superar. Una democracia requiere, en efecto, la participación activa y articulada a través de partidos, de asociaciones, de centros o clubes políticos o directamente de modo individual de los ciudadanos, expresando sus opiniones, sus peticiones, sus críticas y sus esperanzas. Así se forman los movimientos de opinión, que luego deberán encontrar una canalización adecuada a través de los representantes políticos en el parlamento. Sin este alimento, la vida parlamentaria languidece y se convierte en un mero formalismo en medio de la indiferencia y el desprestigio general.

17. Relación entre administración del estado y parlamento. Es una tendencia estrechamente unida a la sociedad técnico-industrial que conlleva una extrema división del trabajo social, el crecimiento de la administración tanto dentro de las grandes empresas privadas como en mayor medida aún en el interior del estado. Ya nos hemos referido en términos generales al papel que les cabe a los técnicos-administradores dentro de la sociedad civil y política. Aquí nos limitaremos a señalar un fenómeno político general que ha acompañado a este crecimiento de la burocracia estatal aún en países tradicionalmente tan reacios a ella como los Estados Unidos. En efecto, el crecimiento de los grandes organismos estatales (ministerios, secretarías, etc.) y de las grandes empresas de servicios (correos, ferrocarriles, obras sanitarias, energía y combustibles, etc.) constituye una

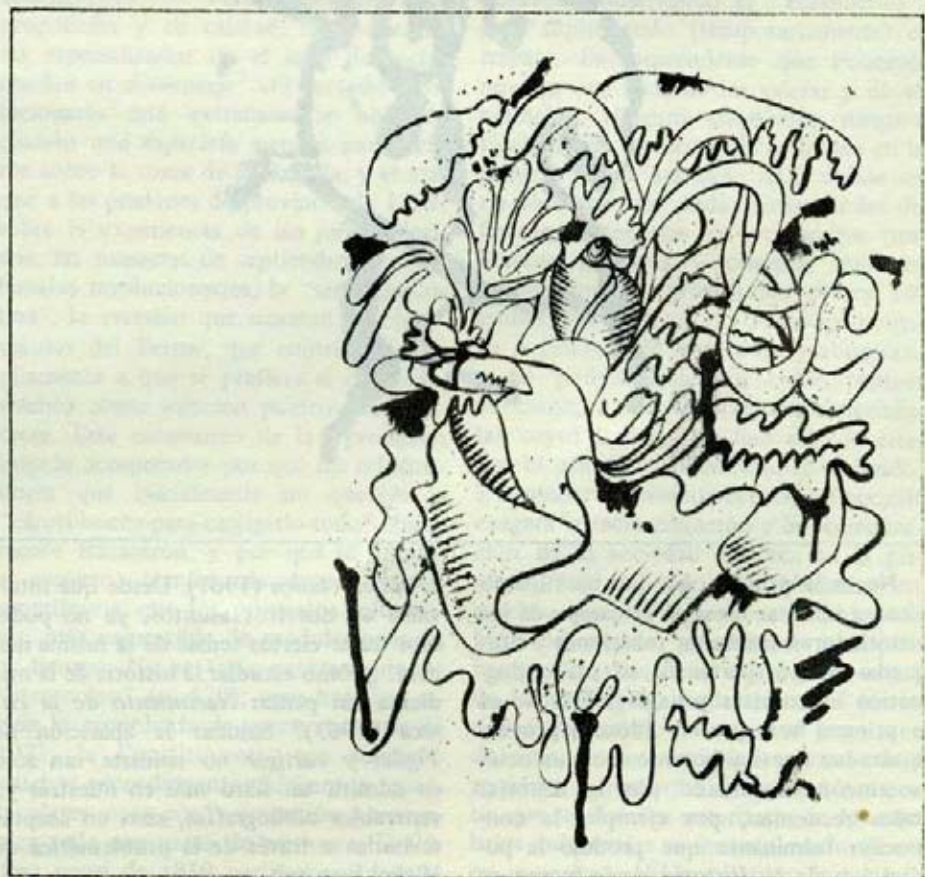
condición necesaria para el funcionamiento de la moderna producción en su conjunto. La expansión en número de personas empleadas, de recursos monetarios y técnicos, etc. han conferido a la administración estatal una gran influencia, la cual ha roto el tradicional equilibrio de los poderes del estado en favor del Poder ejecutivo. Este enorme poder que ha ido concentrando el Ejecutivo, se ha reflejado en una paulatina independización de la administración estatal, que se ha convertido en el árbitro absoluto de la vida política nacional. En nuestro país, como en otros de América Latina —vgr. el Brasil—, este proceso ha desembocado en una situación sumamente grave, que constituye un peligro constante y latente para toda futura democracia. En efecto, a favor de los dos largos regímenes de facto que han gobernado el país a lo largo de trece años a la fecha, se ha producido una paulatina transformación de la burocracia estatal en las siguientes direcciones: (a) ha ocupado el vacío creado por la disolución del Congreso, convirtiéndose en la principal fuente legislativa; (b) ha antepuesto las conveniencias técnico-administrativas de cada uno de los propios organismos o del sector al que estuviera circunstancialmente aliado, a todo otro tipo de consideración pretextando en cada caso razones exclusivamente técnicas y enmascarando o escamoteando las razones y las consecuencias políticas; y (c) se ha acostumbrado a prescindir absolutamente de toda forma de control que no sea el de la propia reglamentación interna aplicada por sí misma, de modo que no se considera obligada a dar cuenta de sus actos al conjunto de la ciudadanía en su doble condición de fuente legítima del poder público y de usuaria de sus servicios. Es, a mi modo de ver, esta situación la que ha creado, por una parte, la singular ineficiencia del sector público, que es imposible remediar con intervenciones sobre intervenciones, y, por la otra, ese estado de exasperación e impotencia que embarga al ciudadano medio con respecto a toda acción política futura. Si la democracia pretende consolidarse, tendrá necesariamente que revertir esta situación recuperando para el Poder legislativo no sólo el uso efectivo de las facultades que le confiere la Constitución sino, más allá aún, un papel central en la vida política, imponiendo al poder administrador sus prioridades políticas —que serán la efectiva expresión de la

voluntad ciudadana— y ejerciendo una activa acción de vigilancia sobre los organismos y empresas estatales, exigiéndoles circunstanciada cuenta tanto de su gestión como de los resultados de la misma. El *secreto* es la *condición indispensable* para ejercer el poder *arbitrariamente* y la *eliminación de ese secreto* la gran arma que tiene toda democracia contra el autoritarismo y la corrupción.

18. Inversión de las prioridades entre sociedad civil y política. Me he referido anteriormente a la primacía tácita de intereses que preside la organización social y la política. Indiqué asimismo que ambos intereses son divergentes, ya que uno está sintetizado en la rentabilidad del capital y el trabajo, mientras que el otro está orientado hacia el establecimiento y la permanencia de relaciones equitativas entre las personas que constituyen una misma comunidad política. Pues bien, ha sido una constante en la historia argentina del último cuarto de siglo el hecho de que, cuando ambos intereses entraban en abierto conflicto, se ha preferido el

crudo interés crematístico de la sociedad civil a la preservación de la sociedad política. No me estoy refiriendo exclusivamente a la irrupción de los regímenes de facto, sino también a las conductas de los agentes económicos mismos que en los momentos claves han antepuesto de un modo irresponsable y hasta salvaje sus inmediatos intereses sectoriales a la posible preservación de un orden político al menos formalmente democrático.

Es claro que el primer paso que habrá de dar la democracia para lograr su estabilidad, será el de revertir este orden de prioridades, de modo tal que el mantenimiento de las reglas internas de acción política, sea cual fuere el costo del mismo, pase a ser la única constante de todo posible ajuste entre sectores. Para ello será indispensable que los mismos agentes económicos lleguen al convencimiento de que la producción y acumulación de bienes tiene sentido únicamente si la estabilidad de un orden político equitativo y democrático garantiza el disfrute tranquilo de esos bienes y que el coste de esa tranquilidad merece ser pagado.



El historiador y el filósofo

Jacques Léonard

Vigilar y castigar; nacimiento de la prisión planteó a los historiadores cuestiones de método y de teoría, que Michel Foucault les imponía desde fuera de la disciplina. Uno de ellos, Jacques Léonard interroga ese libro de Foucault, criticándolo pero, al mismo tiempo, atento a las sugerencias que éste proporciona. Publicamos aquí tanto el ensayo de Léonard como la respuesta de Foucault, extraídas de *L'impossible prison*, Du Seuil, 1980.



No es la primera vez que un filósofo viene a sembrar ideas en el campo de los historiadores, a suscitar reacciones y búsquedas y a despertar de su sueño dogmático a cronistas y hagiógrafos. No es la primera vez que ese filósofo proyecta una luz nueva y potente sobre un oculto rincón descuidado por la historia: todos recuerdan, por ejemplo, la conmoción fulminante que produjo la publicación de la *Historia de la locura en*

la época clásica (1961). Desde que interviene en nuestros asuntos, ya no podemos tratar ciertos temas de la misma manera. ¿Cómo estudiar la historia de la medicina sin pensar *Nacimiento de la clínica* (1963)? Saludar la aparición de *Vigilar y castigar* no consiste tan sólo en admitir un libro más en nuestras ya venerables bibliografías, sino en aceptar revisarlas a través de la problemática de Michel Foucault.

Según algunos¹, sería inútil todo diálogo entre este filósofo de la irrisión nietzscheana y del deseo individual de no-rechazar-bajo-ningún-pretex- to, y los laboriosos artesanos del trabajo histórico. Por un lado, el júbilo político, la alegría de denunciar todo lo que mutila la vida, la subversión intelectual. Por el otro, la serenidad dialéctica de la comprensión y la "recuperación". Pero ya que un pensador viene, por su propia iniciativa, a instalarse en el terreno del conocimiento del pasado, poco importa que se trate de un "gay saber" o de un saber triste. ¡Nada de cotos de caza, nada de imperialismo de los mandarines! Además, las perspectivas de Foucault no se presentan como absolutos perentorios, los *dossiers* quedan abiertos. Nadie está obligado a esforzarse hasta la seriedad estructuralista, ni a casarse con el sarcasmo de izquierda. ¿Y si hubiera allí una trampa? ¿Y si Foucault, como se pregunta un lúcido historiador², reutilizara "las palabras y las preguntas de los historiadores para hacer con ellas otra cosa"? ¿Si construyera bellas "ficciones", destinadas a servir a otro proyecto, mientras *ingenuamente* sólo los servidores de Clío pretenden reconstruir la "realidad objetiva" del pasado? Una vez más, poco importa. Aún en ese caso, bastaría comparar la imaginación poética del primero y la ingenuidad metodológica de los segundos: en suma, una cuestión de grados en la ficción.

En verdad, haría falta un escuadrón

de historiadores competentes para examinar a fondo el conjunto de interpretaciones que nos ofrece el autor; el libro desborda ampliamente el tema de su subtítulo, "Nacimiento de la prisión"; abarca varios siglos y casi todos los campos. Como especialista en historia del siglo XIX, como "especialista" de la historia de los médicos, no puedo menos que rozar apenas ese monumento con modestia, y no podría distinguir en cada página los puntos buenos de los malos. Incapaz de apreciar la exactitud de todo cuanto sostiene Foucault, me limitaré a evocar las críticas que los del oficio pueden dirigirle, y a componer enseguida el balance positivo de lo que le debemos. Tomo este libro como un instrumento de trabajo, no como un panfleto político, pero cualquiera puede hacer otra lectura de él, más polémica y menos universitaria.

Cuando un filósofo interpela a los historiadores, éstos se preguntan —y le preguntan a veces, sin ninguna amabilidad— si es un científico lo bastante erudito como para atreverse a hablar de ese modo: ¿tiene la suficiente cantidad de fichas? ¿completas? ¿bien clasificadas? ¿sus informes son tan gruesos como los nuestros? ¿y su bibliografía? Ya conocemos el desprecio universitario por la historia de Francia vista desde la sala de impresos de la B.N. Para ser competente, hay que haber respirado largamente el polvo de los manuscritos, envejecido en los depósitos de los archivos departamentales, haber disputado a las ratas los tesoros de los desvanes presbiteriales. No se trata de pura malignidad: el historiador de profesión se desdobra entre el siglo XX, en el que se resigna a existir, y aquel en el que vive, por procuración, largas horas meditativas que acaban por darle de él un conocimiento íntimo y como intuitivo. En ciertos deslizamientos, en ciertos sarcasmos mal contenidos, percibe que Foucault no *siente* siempre, *desde el interior*, todas las realidades del pasado.

El primer reproche fundado se refiere a la rapidez fulgurante del análisis. Foucault recorre tres siglos, a rienda suelta, como un caballero bárbaro. Quema et-

pas sin precaución. El historiador, en cambio, no tiene derecho a economizar las verificaciones sociológicas y cronológicas. Admite el género sintético del ensayo, que puede explotar trabajos eruditos anteriores sin aparato crítico que lo justifique. Admite el género hipotético del artículo metodológico o del *panfleto*, que anticipa una interpretación brillante que deberá ser ulteriormente verificada por investigaciones científicas. Pero entre esa prudencia y ese riesgo, acepta a regañadientes que se devoren a medio madurar campos aún poco cultivados. En ciertos casos, la historia de la justicia y de las prisiones, como la de la medicina y los hospitales, se ve perjudicada por ese galope impertinente que abandona a laboriosos jornaleros el cuidado minucioso del detalle, o a polemistas insolentes el de poner límites al incendio.

Los historiadores especializados en diferentes períodos quedarán igualmente insatisfechos con *Vigilar y castigar*. En proporción y en calidad, los modernistas especializados en el siglo dieciocho quedan en desventaja³. El período revolucionario está extrañamente borrado, cuando uno esperaría algunos parlamentos sobre la toma de la Bastilla, y el ataque a las prisiones de provincia de 1789, sobre la experiencia de los jueces elegidos, las masacres de septiembre, los tribunales revolucionarios, la "santa guillotina", la aversión que suscitan los espectáculos del Terror, que contribuirá ampliamente a que se prefiera el encarcelamiento como solución punitiva más discreta. Este escamoteo de la Revolución impide comprender por qué los reformadores que inicialmente no querían la "cárcel-buena-para-castigarlo-todo" finalmente fracasaron, y por qué se impuso el *encierro* —técnica más cómoda, menos moralizante que los proyectos reformistas, más susceptible de modulaciones en el tiempo. No se trata exactamente de "escamoteo" (p. 120); pero hay que seguir la cronología de cerca. A partir de 1971, la Constituyente, que suprimió muchos procedimientos bárbaros y espectaculares, opta por la detención y reorganiza toda una gama de prisiones. El Código penal de 1810 perfecciona el siste-

ma, pero restablece castigos humillantes, como la exposición pública, la picota, la marca, la amputación de las manos. . . Esta cuestión no parece estar lo suficientemente aclarada.

Los historiadores del siglo XIX son quizá los más decepcionados: sólo las últimas setenta páginas se refieren a su período. Quizá les hubiera gustado que se respetaran las diferentes políticas que caracterizan la sucesión de regímenes; si la Restauración intenta introducir en las prisiones algunas mejoras materiales, es la monarquía de Julio la que suprime, por la ley del 28 de abril de 1832, la picota, la marca, la amputación, e instituye la noción de "circunstancias atenuantes" (art. 463), lo que en poco tiempo reduce a la mitad el número de ejecuciones capitales. El gobierno provisorio de 1848, que suprime la pena de muerte por causas políticas, busca la humanización del derecho penal⁴ y las experiencias de "mejoramiento moral" de los prisioneros, conservando el "aislamiento", pero suprimiendo (temporariamente) el trabajo. Es sorprendente que Foucault no diga casi nada de las galeras y de su extinción. Ninguna estadística, ninguna tipología de los crímenes y delitos en la primera mitad del siglo XIX, donde sería necesario, sin duda, distinguir las diferentes categorías de prisioneros (militantes políticos y obreros, militares insubordinados, prostitutas, presos comunes, preventivos. . .) Tampoco ninguna sociología de los jueces y abogados.

Se podría presentar, como testigos de cargo, a los historiadores especialistas cuyos trabajos no han sido ni citados ni utilizados. Vendrían, en el fondo, a formular el mismo reproche. Foucault exagera la racionalización y la normalización de la sociedad francesa en la primera mitad del siglo XIX. Minimiza, en muchos campos, la resistencia de los hábitos del pasado, y subestima la importancia del desorden, del dejarse estar, de la jungla, del desbarajuste. El historiador del trabajo recordará el largo predominio de las actividades artesanales, agrícolas y pastoriles, y volverá a repetir que la división autoritaria de los trabajos industriales es durante mucho tiempo minoritaria. El historiador de los he-

chos militares evocará la persistencia de la indisciplina, de los pillajes y deserciones, y la impotencia de los reglamentos. El historiador de la educación multiplicará sus objeciones. La diversidad de tipos de escuelas, las improvisaciones locales, la falta de asiduidad de los alumnos, la confusión de edades, de utilización del tiempo, de métodos pedagógicos, caracterizan durante largo tiempo la enseñanza primaria; las escuelas mutualizadas, sostenidas por los liberales y combatidas por los clericales, declinan⁵. En la enseñanza secundaria, no todo es "internado-cuartel": los niños provenientes del pueblo escapan —y con razón— a esa sujeción. El historiador de asuntos médicos hará valer otros documentos distintos de los de Foucault. No hay que creer al pie de la letra en los reglamentos de los hospitales, siempre burlados, y siempre reimpresos. Gruesos informes y artículos de periódicos médicos lamentan su inobservancia, así como el desorden en la distribución de las personas hospitalizadas y en la contabilidad de enfermedades, curaciones y decesos. Existen tensiones entre los médicos y cirujanos de los hospitales, por una parte, y las autoridades administrativas y religiosas por la otra. El médico, "asalariado", está durante mucho tiempo fuera de la "comisión de hospicios", en la que sólo tiene voz, y que impone economías drásticas; la disciplina, en la sala, depende de la hermana superiora; el poder clerical derrota a menudo al poder médico, antes de someterse⁶.

Así se podría continuar, levantando la polvareda de los hechos concretos contra la tesis de la *normalización* masiva. Aún el símbolo del Panóptico, monumento racional e instrumento de vigilancia, merecería otros atenuantes. Además, el autor admite que ese plan no fue realizado a menudo. Muchas prisiones del siglo XIX son anteriores a 1791. Las que fueron reconstruidas después de 1830 no responden generalmente a la concepción de Bentham; no sirvieron de modelo para otros establecimientos. Si muchos cuarteles, colegios, hospitales y cárceles de principios del siglo XIX se parecen realmente, es porque a menudo ocupan construcciones religiosas, secularizadas por la Revolución, o

porque sus arquitectos copiaron el modelo monástico. Y de la misma manera, resulta un poco sorprendente que Foucault no insista con más claridad en la herencia religiosa de la empresa de domesticación y condicionamiento que pretende describir. Además de los elementos que cita en *Nacimiento de la locura en la época clásica*, sus numerosas referencias en *Vigilar y castigar* a Juan Bautista de La Salle y a las escuelas cristianas, sus alusiones a la doctrina de la expiación en la cárcel y a la plegaria como medio de sumisión (lámina nº 21), demuestran que no calla este aspecto. Hubiera podido evocar igualmente el papel de los clericales en las obras de asistencia y patronato, de moralización y reeducación⁷. ¿No es acaso el catolicismo post-tridentino el que excluye, condena, reprime a los rebeldes de toda clase —brujas, libertinos, herejes. . .? ¿De dónde viene la teoría de la culpabilidad que cataloga y dramatiza las faltas morales? ¿No ha definido la Iglesia la acción patógena del pecado⁸? ¿No hay allí una toma de partido por la "normalización" que distingue franjas de anormalidad —el salvaje, el delincuente, el loco. . .? ¿El sometimiento del cuerpo, no es *primeramente* una empresa clerical?

En estas condiciones, se comprende que Foucault no pueda imputar sólo al racionalismo burgués la responsabilidad de las disciplinas que se instauran en los siglos XVIII y XIX. De un lado y del otro de la Revolución, el burgués racionalista, razonable y razonador a la vez, juega sobre dos tableros: calculador, desea, en las fábricas y en los cuarteles, por ejemplo, un orden eficaz; extremista, se opone, en otros lugares, al clericalismo⁹. Cuando lucha contra "los vestigios del feudalismo", contra el reino de los privilegiados y de las excomuniones, de los curas y de los señores, este burgués liberal y progresista avanza hacia el porvenir *a reculones*, y al optar por el bienestar físico, por el reino de este mundo, por la Ciencia y la Democracia, no tiene la impresión de estar preparando una sociedad opresiva, un rebaño. Al trabajar contra las Bastillas, ni Hugo ni Gambetta trabajan para un Gulag. Las luces tienen sus tinieblas, y muchos his-

toriadores ya lo han explicado, pero no hay que confundirse con el oscurantismo.

Vayamos a la crítica más fundada, la que se refiere al método empleado por el autor: no se sabe bien si Foucault describe una maquinaria o si denuncia una maquinación. Notemos que hace un consumo enorme y significativo de verbos pronominales o reflexivos¹⁰, del pronombre personal "se" y de giros que escamotean las dificultades: "aparecer como", "funcionar como", "como si". . . Hay que detenerse sobre las palabras clave: "poder", "estrategia", "táctica", "técnica", a veces precisadas por medio de un adjetivo; pero no se sabe quiénes son los actores: ¿poder de quién? ¿estrategia de quién? Tomemos el ejemplo de la reforma del derecho criminal, que "debe ser leída como una estrategia para el reacondicionamiento del poder de castigar" (p. 85). He aquí una curiosa estrategia: no tiene "un único punto de origen"; "se superponen allí muchos intereses diferentes"; es "una estrategia de conjunto que ha cobijado no pocos combates diferentes" (p. 86). La nueva estrategia de los reformadores es definida, más adelante, por una serie de verbos en infinitivo, pero no se trata sino de las "razones de ser" de la reforma penal, atenuadas por el adverbio "sin duda", en el sentido de "probablemente". De modo que esa famosa estrategia no es sino la reconstrucción que hace el autor de los motivos *plausibles* que pudieron inspirar a las diferentes variedades de reformadores.

Se podría elegir otro ejemplo de esta fluctuación, en el análisis del "poder disciplinario" (p. 175). Uno se preguntará quién es el amo o el dispensador de ese poder; ya no son los reformadores del siglo XVIII, que han fracasado. La explicación se torna mecanicista: "es el aparato (*disciplinario*) entero el que produce poder" (p. 182); son "las leyes de la óptica y de la mecánica" las que disciplinan los cuerpos: tenemos así *una maquinaria sin maquinista*. En varias ocasiones, estamos ante un mundo kafkiano. El vocabulario de la geometría *desertifica* la sociedad humana; ya no se trata más que de espacios, de líneas, de marcos, de segmentos, de disposiciones. . .

A propósito del Panóptico, Foucault parece ver bien la objeción posible: el poder "tiene su principio menos en una persona que en una cierta distribución concertada de los cuerpos, de las superficies, de las luces, de las miradas; en un aparejo cuyos mecanismos internos producen la relación en la cual los individuos quedan atrapados" (p. 205). "Distribución *concertada*", pero ¿por quién? "Hay una maquinaria". . . "Poco importa, por consiguiente, quién ejerce el poder".

Mientras más avanza el libro, más difícil parece sostener la interpretación mecanicista del sistema carcelario. En la página 282, irrumpe la palabra, se trata de una "operación política", y uno espera que los responsables sean señalados: ¿la policía, las autoridades judiciales o penitenciarias, la burguesía entera o una fracción de la clase dirigente? ¿En vano! De inmediato, una seguidilla de verbos en condicional esquiva la respuesta que quizá se halla sugerida de modo muy indirecto, un poco más adelante, por la expresión "grupos dominantes" (p. 284). Por más que el autor retome la palabra "táctica" (en plural en la pág. 291, en singular en la 292), las "tácticas" permanecen anónimas. Pululan los "se" (pág. 291): "se ha tratado. . .", "se ha utilizado". . . Al final, el actor se convierte en "lo carcelario", casi personalizado, "el tejido carcelario", "el archipiélago carcelario". Leemos una proposición como esta: "este vasto dispositivo establece una gradación lenta" (p. 305); el dispositivo ya no es el resultado de una disposición de elementos realizada por los hombres, sino el sujeto del verbo "establecer", es decir, el responsable de la gradación; y esta gradación es "sabiamente progresiva" (p. 309); habría entonces una *maquinación sabia*, pero obstinadamente *impersonal o abstracta*. Estructuralistas y existencialistas quedan equitativamente decepcionados.

¿En qué consiste una estrategia sin generales? ¿De qué batalla se trata, por lo menos en dos momentos (p. 33, "batalla perpetua", p. 314 "el estruendo de la batalla")? ¿Batalla de quién contra quién? ¿De la burguesía contra el pueblo? ¿De Satán contra el Ángel? En un artícu-

lo de *Le Monde* (21/2/75) Foucault se mostró más explícito: atribuye a la burguesía "una estrategia absolutamente consciente, organizada, reflexiva (que) se lee claramente en una masa de documentos desconocidos que constituyen el discurso efectivo de una acción política". Concedido, pero ¿esos documentos, eran verdaderamente desconocidos, y esa burguesía, es unánime? ¿Ha tenido éxito efectivamente, como lo da a entender el final del libro, en *encorsetar "el cuerpo social entero"* (p. 305), en una red carcelaria gradual cuyo corazón sería la solidaridad justicia-prisión-policía, y cuyos hilos irían diseminando por todas partes dispositivos variados de disciplina social y mental? Un "continuum carcelario" (p. 304, 309, 310) homogéneo al poder de curar y al de educar habría vuelto dóciles y condicionados a los franceses. ¿Disciplinado, verdaderamente, el pueblo francés del siglo XIX? ¿Cómo explicar, entonces, las rebeliones, insurrecciones, revoluciones, las doctrinas subversivas, el romanticismo del 48, y todo lo que León Daudet fustigará en el "estúpido siglo XIX"?

Frente a esas estructuras de vigilancia y de castigo se erigen las fuerzas de movimiento y de liberación, las sociedades secretas republicanas —muchas de ellas burguesas— las coaliciones obreras, las logias masónicas, los clubes, los diarios. . . , todos los contra-poderes, en suma. Y aún llega a ocurrir que el Estado, por medio de algunas de sus leyes, vaya en contra de otros poderes establecidos: clero, familia, patronato. . . ; y que la panoplia de los derechos democráticos y sociales constituya una protección (relativa) de los débiles contra los poderosos. El siglo XIX de los historiadores no es un mecanismo de aniquilación, ni un complot maquiavélico, sino un conjunto de luchas políticas y sociales articuladas.

Era necesario no disimular el malestar que suscita *Vigilar y castigar*, por sus aproximaciones, entre muchos historiadores. Dicho esto, se puede ahora afirmar que Foucault es también un historiador, y un historiador indiscutiblemente original que tenemos gran interés en escuchar.

La originalidad la vemos, en primer lugar, en la escritura. Aunque se pueda discutir el fondo o el método, el estilo de Foucault no tiene nada que ver con ese dialecto parisino que hace estragos en la *rive gauche* del Sena y que separa cada vez más ese territorio considerado intensamente inteligente del resto del país donde nos enseñaron, en la escuela, el francés como lengua matriz, para manifestar la universalidad de nuestra cultura. Este escritor, a diferencia de algunos otros grandes talentos, practica un arte resplandeciente de clasicismo. Tiene el cuidado del matiz, el sentido de la construcción, el don de la evocación. Prestando atención a las coyunturas y al color local, utiliza hábilmente documentos que no son siempre "grandes textos", sino fuentes humildes, a veces manuscritas, a veces minuciosas. Eso nos depara cuadros pintorescos o pasajes de bravura, como la descripción terrorífica del suplicio de Damians (p. 11-13) o la pintura apasionante de la cadena de los forzados (p. 261-269). Supera a Michelet en algunos análisis, como el de la peste (p. 199-203) o en un retrato como el de Lacaenaire (p. 289-291). Foucault descuella en lo concreto tanto como en la teoría; presenta aún sus exageraciones abstractas con tanta fuerza, que uno desea darle la razón sin detenerse a inventariar "la realidad de las cosas"; lo verosímil —disposición literaria— puede, en el límite, aventajar a lo verídico —accesis científica. Si se aventura muy lejos, su audacia es siempre seductora. La obra es en primer lugar una bella construcción intelectual: la exactitud rigurosa de los detalles importa menos si la asociación pertinente de observaciones familiares o novedosas provoca un sacudón estimulante.

La riqueza del libro proviene también de observaciones laterales que no están exploradas a fondo, como si el autor nos sugiriera, en *pointillé*, el tema para otras investigaciones. Así ocurre a menudo con Napoleón (173, 220) el conductor de la guerra y el monarca; el hombre de detalles tácticos, policiales y administrativos y el soberano "espectacular"; esto parece insuficiente, pero ¿no es acaso necesario releer la historia napoleóni-

ca desde el ángulo de los poderes disciplinarios, y de los compromisos entre las tradiciones y las novedades estatales? ¿Qué simboliza y sintetiza el bonapartismo ulterior? ¿Cuáles son sus concepciones y sus prácticas en materia de escuelas, de hospitales, de cárceles, de fábricas, etc.? Sería necesario, a partir de los abundantes materiales que poseemos, establecer relaciones significativas.

Foucault da explícitamente a los historiadores ideas de trabajos a realizar. En el centro de un desarrollo muy feliz sobre la nueva importancia, en el siglo XVIII, de los *detalles*, de las técnicas minuciosas, en diferentes campos, agrega: "Se podría escribir toda una historia" (p. 143). . . ¿Cómo no aprobarlo, cuando se ha estudiado un sector de la historia de las ciencias o de las técnicas, campo en el cual "todo detalle cuenta"¹¹? La misma exhortación se dirige, más tarde, a los historiadores de instituciones judiciales y educativas: "¿Quién hará la historia más general, más imprecisa, más determinante también del *examen* —de sus rituales, de sus métodos, de sus personajes y de su papel, de sus juegos de preguntas y respuestas, de sus sistemas de notación y clasificación?" (p. 190): se reconoce aquí la dialéctica del poder y del saber, noción central en el pensamiento de Foucault. El examen que sanciona y jerarquiza, sus orígenes religiosos (no olvidemos el examen de conciencia y la confesión), su función pedagógica, su eficacia para disponer privilegios más o menos importantes, todo esto constituye evidentemente una perspectiva oblicua sobre la organización social. En la misma línea, es posible colocar aquí otra sugestión implícita con respecto a los hábitos de los historiadores de la enseñanza y a las diferentes formas de condicionamiento mental. Habría que volver sobre la evolución de las técnicas de adquisición de conocimientos o de reflejos, prácticas pedagógicas fundadas en la repetición y la progresión, ejercicios espirituales o maniobras físicas (p. 160-166); pensemos especialmente en la índole de las *ocupaciones* que se les imponen a las personas que están bajo tutela, no sólo a los presos, sino también a los niños abandonados, a los viejos y a los indigentes de los hospicios, a las niñas

de las "escuelas-guarderías" y a las jóvenes de los talleres a quienes las religiosas acostumbran sólo a realizar trabajos manuales repetitivos y ejercicios piadosos bien reglamentados que las preparan, según los anticlericales, para un porvenir de sumisión.

Leyendo a Foucault, uno se convence fácilmente de que la historia es aún muy joven. Está en sus comienzos; ha conocido, en Francia, dos siglos de "lindas historias", luego de un siglo de historia seria, o sea científica, honesta y a veces aburrida; ahora debe diversificarse, abrirse a las cosas esenciales de la vida, y estudiar, por ejemplo, el *cuerpo humano* y todo lo que le ocurre, en el tiempo y en el espacio. Esto ya ha comenzado, y veremos así delinearse una "historia natural humana" que habrá que articular con lo que sabemos, al costo de revisiones probablemente desgarradoras. Para estudiar ese vasto campo, Foucault nos ayuda a superar el dualismo del alma y el cuerpo (p. 36). Las disciplinas físicas generan mentalidades; pero es la satisfacción de las necesidades biológicas lo que implica el trabajo y las restricciones, al menos en el nivel de las masas desprovistas. ¿El orden social, no es en esto co-extensivo de la realidad "fisiológica"? Pero esta hipótesis permanece discutible, y Foucault, quizá, no la haría suya. Y siempre nos está incitando a no resignarnos a esta historia-mosaico, historia en compartimentos, que razones profesionales muy comprensibles nos llevan a recortar. Nos propone síntesis, relaciones interdisciplinarias, especialmente entre la historia "clásica" y la de las ciencias, de las técnicas y de las ideas. En ese sentido, nos da un ejemplo de avance globalizante. Aún cuando anida en él el fuego nietzscheano, desarrolla un virtuosismo dialéctico que le hace trascender los esquemas explicativos habituales. Como los marxistas, comprende que para descubrir los secretos de una sociedad es mejor ponerse del lado de las víctimas. Pero, negándose a privilegiar la fuerzas económicas, rehabilita el otro elemento del materialismo, el *cuerpo*; al no considerar a la ideología como una superestructura, la ve en todos los niveles; en el cuerpo, queda abolida la oposición tan cómoda entre lo alto y lo

bajo, y se intercambian los buenos y malos procedimientos del poder y del saber. Como los estructuralistas, juzga que hay mecanismos de los que los hombres no tienen conciencia que organizan sus relaciones *sin que lo sepan*; pero no se engaña con esa inocencia, y sabe valorizar constantemente las innovaciones, la dimensión temporal, la génesis o "genealogía".

Esto se percibe especialmente cuando Foucault expone sobre esa "época clásica" que conoce bien. Pese a la sorda cólera que experimenta contra la sociedad normalizadora posterior, no idealiza el Antiguo Régimen, fundado sobre los privilegios, la exacción y las compartimentaciones; se cuida bien de ver un amable desorden libertario, una anomia idílica, en la maraña de desigualdades y en la superposición de prohibiciones. Demuestra una gran penetración cuando pone en evidencia los progresos multiformes de la ambición cartesiana, de la aventura matemática y lógica, no sólo en la historia de las ciencias y de las técnicas en el siglo XVIII, sino también y sobre todo en las nuevas filosofías y en los proyectos políticos de la época. Cálculo, recuento, medida, evaluación, tales son los primeros sentidos de "ratio", razón. Racionalización utilitarista y racionalismo político van de la mano; habría que detenerse aquí en la filosofía masónica: el masón construye y libera. Eficacia y liberalismo, de nuevo la conocida ambigüedad de las "luces", cuyo reverso indisoluble es el conjunto de disciplinas que regularán el trabajo, la salud, la instrucción, la justicia, etc. En el universo técnico, reinarán los inevitables reglamentos no igualitarios; en el universo cívico, reinará la transparencia de los "Derechos del hombre". Estos dos universos se superponen ampliamente, con dos excepciones: los privilegiados-y-parásitos que no tienen necesidad de trabajar para vivir, y los excluidos de la ciudadanía (mujeres, niños, locos, presos. . .). Se oye el rumor de los slogans: no hay libertad sin deberes, no hay igualdad sin leyes, no hay progreso sin orden. El camino entre la divisa republicana "Libertad, Igualdad, Fraternidad" y la divisa positivista "Orden y Progreso" es corto. Y

ciudadano.

Es sabido que ese esfuerzo de matematizar el pensamiento y la acción reviste aspectos muy variados, halla resistencias y se va corrigiendo con el método experimental. En cierto sentido, hay gran distancia entre La Mettrie y Marcellin Berthelot. Pero estamos en el mismo camino: se empieza por medir los arcos de meridiano (La Condamine; Clairaut y Maupertuis, en 1735-1737), y se llega a la antropometría del servicio de identificación judicial de la prefectura de policía (Alphonse Bertillon, 1879), pasando por el sistema métrico decimal y por la tentativa de reemplazar el calendario gregoriano por un calendario perpetuo y racional. Habría que prestar atención, en el pasaje del siglo XVIII al XIX, a los científicos que se interesan también por el gobierno de los hombres; Foucault echa una mirada pertinente sobre los ideólogos (p. 107), pero sólo sobre ellos¹²; conoce también dos "médicos-químicos", Chaptal y Fourcroy, que se preocupan *al mismo tiempo* por las leyes que se deben votar en materia de instrucción y de medicina, y por las aplicaciones de su ciencia a la industria. Nos volvemos a encontrar con la dialéctica del saber y del poder, tema favorito de nuestro autor.

El problema de las relaciones entre el poder y el saber es antiguo. Sin remontarse a los griegos, es posible evocar la Edad Media, donde el clero detenta un saber grave y misterioso, patrimonio heredado y transmitido no sin crisis, corpus de dogmas; estas verdades intangibles hablan del pueblo acerca de lo que más importa, según el discurso clerical: la salvación eterna del alma. De ahí el poder del clero, autoridad paternal o represiva, influencia compleja con la cual deben pactar los hombres de guerra y los hombres de dinero, los príncipes, los nobles, los ricos¹³. A partir del siglo XVIII la cuestión se desplaza progresivamente: el saber religioso sobre el alma, sobre lo irracional, y sobre el Más Allá, se desvaloriza en beneficio del saber objetivo, universalizable y eficaz sobre los cuerpos, vivos o inertes, pero que se pueden medir y contar. El nuevo saber, durante largo tiempo

balbuceante, avanza precedido por una nube ideológica de proyectos y pretensiones. Promete la felicidad sobre la tierra, "idea nueva en Europa", y aún la "felicidad general", siempre que se derriben los obstáculos, es decir el par Feudalismo-Superstición, los falsos poderes y los falsos saberes del Antiguo Régimen. Esto explica el florecimiento de científicos-políticos, la colusión de la ciencia y la revolución.

Tomemos el ejemplo del poder médico, que es uno de los temas de ese tiempo. A partir del siglo XVIII, la profesión médica, trata de sacar partido de la tendencia nueva, optimista y prometeica. La ciencia médica, durante esos años cruciales, no es sin embargo más que un compartimiento bastante retrasado del nuevo saber. Nada que se pueda comparar con el progreso de las matemáticas y de la astronomía, se agota en su afán de rivalizar con la física y la química, pero no puede sino utilizar sus leyes y recetas, no para curar, sino para tratar de prevenir las enfermedades y accidentes. Efectivamente, debe mostrarse a la altura de las circunstancias: *lo importante es el cuerpo*; es la *cantidad* de hombres, de niños, de labradores (como explican los fisiócratas); es también la *calidad* de los productos y reproductores (pensemos en la higiene maternal e infantil, en los cursos para las estudiantes de parteras). Imposible sustraerse: la higiene social, la extensión de la medicina a la campaña, la organización de la asistencia epidemiológica, en el siglo XVIII y después en el XIX, son tareas políticas. Forman parte del "bien público", al mismo nivel que, por ejemplo, la agronomía. Durante el medio siglo que precede a la revolución de Pasteur, el cuerpo médico miente un poco, como en el *bluff*, anuncia para el porvenir proezas que todavía no está en condiciones de realizar, y "ocupa el terreno", con el apoyo de periodistas, profesores y otros corifeos del progreso, haciendo propaganda sobre los puntos fuertes de la medicina de la época¹⁴. Cuando las autoridades están de acuerdo, la población es prácticamente rastrillada, los enfermos indigentes son hospitalizados, se interna a los locos, y se pone

en cuarentena a los contagiosos. La autoridad de los médicos crece, y su prestigio se consolida *antes* de que su eficacia se confirme¹⁵. La gente se somete a su poder *antes* de que su saber haya sido probado. A su vez, esta supremacía de los médicos en los lugares del sufrimiento y en los tiempos de epidemias, les permite matematizar sus observaciones. La historia de las estadísticas médicas no es simple; se perfeccionan sobre todo cuando la Academia de Medicina divulga ampliamente los principios y directivas del Dr. Louis, "padre del método numérico", en los años treinta y cuarenta. Algunos instrumentos materializarán este poder activo del médico, cuyo maletín se va llenando, poco a poco, a lo largo del siglo XIX, de aparatos de medida y de investigación. Ya no se conforma con tomar el pulso: mide la temperatura, y también la presión. El cuerpo médico obtiene, *no sin esfuerzos*, construcciones nuevas y remodelaciones "modernas" de hospitales, asilos, anfiteatros de disección, gabinetes de anatomía normal y patológica, laboratorios de fisiología, de bacteriología, de histología. . . Los grandes descubrimientos de Claude Bernard, de Louis Pasteur, de sus rivales y discípulos, al justificar rápidamente esos gastos y esa política, no harán más que reforzar el poder médico. En eso, Foucault, no se equivoca: es el mejor ejemplo de dialéctica del poder y del saber.

Pero ahora es necesario que concentremos nuestra atención sobre el aspecto político, la palabra y la cosa que se llama "poder". El autor de *Vigilar y castigar* se inscribe en la línea de pensadores políticos individualistas que critican firmemente esta noción. No sería difícil encontrarles precursores entre los anarquistas del siglo XIX¹⁶ que se entregan a la denuncia intransigente de casi todos los poderes: estatal, militar, policial, judicial, clerical, médico, académico, patronal, paternal, colonial¹⁷. . . Podría ser más interesante recordar las polémicas teóricas acerca de este concepto que oponían a maurrasianos y radicales a comienzos del siglo XX. Charles Maurras describe, para aplaudirlos o para desear otros mejores, los



Número 3/4

/Filmando a Mercedes Sosa/El último Glauber Rocha/Cine uruguayo/"Missing" según Cortázar/La marcha por el cine nacional/Cine independiente vs. cine profesional?/Novedades desde Hollywood /"Los enemigos", de Eduardo Calcagno/Godard ahora/

Director: Mario Sábato

YA APARECIO

EL BIMESTRE político y económico

Esta publicación es un intento de ordenar el pasado cercano, mediante una presentación sistemática de los hechos, que permite repasar lo ocurrido de una manera sencilla, evitando el riesgo de pasar por alto sucesos importantes. En concreto, una cronología interrelacionada de los hechos políticos, sociales y económicos, sobre la base de las informaciones aparecidas en todos los diarios de Buenos Aires, así como en las revistas más importantes del país y las principales publicaciones periódicas extranjeras. Se incluyen también algunos de los documentos más importantes aparecidos en el período.

Suscripción anual (seis entregas)

Argentina	\$ 900.000
América	u\$s 25
Resto del mundo	u\$s 30

Cheque o giro bancario a la orden del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA), Pueyrredón 510, 6to. piso, 1032, Buenos Aires, Argentina.

mecanismos de orden y de autoridad que Foucault hace objeto de acusación. El nacionalismo integral elogia las "reglas disciplinantes", la "desigualdad protectora", y reprocha a la Libertad, "principio metafísico", el ser incapaz de "asignar a cada uno el orden y el rango de su función"¹⁸. Para este positivista monárquico, las libertades concretas, "reales, definidas y prácticas, son autoridades"; ser libre, es poder hacer algo; "¿qué es una libertad? —un poder. El que no puede nada, no es libre en absoluto (...). La libertad de un padre de familia es una autoridad"¹⁹, al igual que la de un patrón, un propietario, un maestro, un juez, un jefe. . . Además, Maurras, para llegar a conclusiones diametralmente opuestas a las de Foucault, moviliza también la biología y se inclina a la organización del trabajo en común, cuya función "civilizadora" admira: "necesidad de subordinar para coordinar y para ordenar, no hay farolero de orador que pueda alterar esta matemática"²⁰.

Pareciera que el pensamiento político del radical Alain —en una época en que el radicalismo tenía un sentido vigoroso— respondía al de Maurras, al menos en lo que hace a la cuestión central del poder.

Alain admite las necesidades del orden y la disciplina para enfrentar las urgencias económicas y biológicas: cree en la fuerza de las cosas y en las leyes naturales.

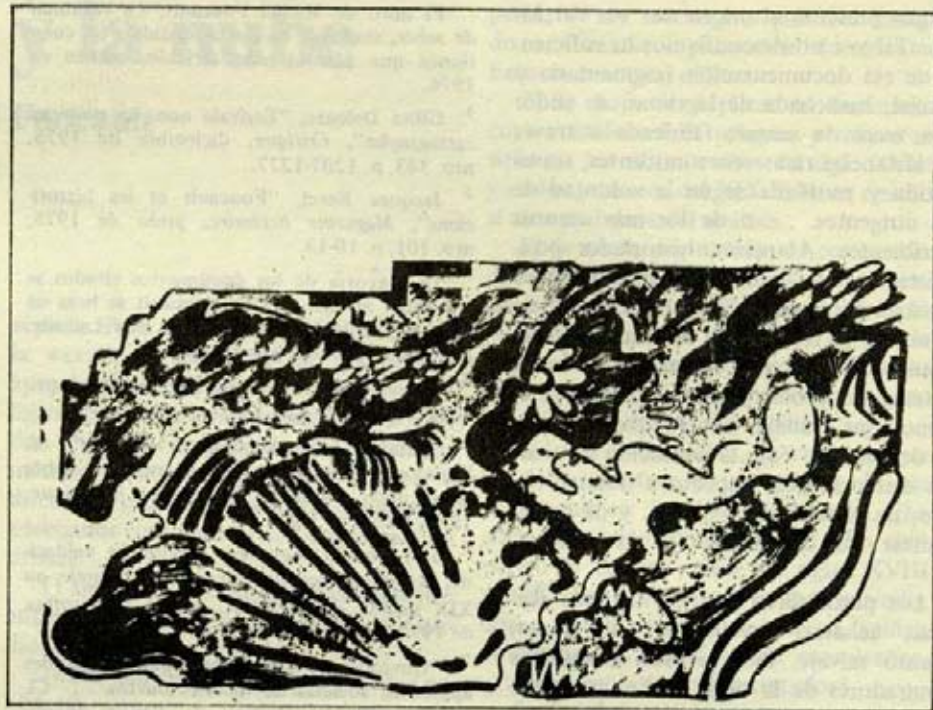
Como Foucault, presta gran atención a las actitudes corporales en el trabajo, en la guerra o en la oración, en los ejercicios gimnásticos, las ceremonias, entrenamientos, aprendizajes y otras ascesis pedagógicas²¹. Se interesa especialmente por el "trabajo bien reglamentado", por las nociones "mecánicas" de disposición y de ley. Por eso desearía una historia de aquellos trabajos humanos en los que confluyen ingenio y coordinación de esfuerzos. "Es así como concibo la enseñanza de la historia. Contad la historia de las ciencias y de la industria humana; trazad a través de grandes épocas los progresos paralelos del conocimiento y de la acción, el fuego, el trigo, los números, la agrimensura, las palancas, la carretilla, la astronomía, el barco, el barómetro, los boleti-

nes meteorológicos, la química, los fertilizantes, la moneda y los contratos, los delitos y las penas, los dioses y los cultos²² (...)". Una vez asignado su lugar al conocimiento materialista, el ciudadano, según Alain, debe desconfiar de todo poder: toda organización estructurada tiende a volverse despótica. No sólo no se la debe venerar o ni siquiera respetar, sino que es necesario ejercer contra ella la vigilancia de la crítica y del control: "El orden es bajo, no es más que necesidad". Son bien conocidos los brillantes sarcasmos que el autor de *El ciudadano contra los poderes* (1926) dirige a los jefes que se toman a sí mismos en serio, a los "tiranos de la administración, de la banca y de la industria", y a los tiranuelos de pueblo. Hay que recusar a toda autoridad que no justifique una tarea efectiva y que no esté vigilada por la mirada del pueblo. "Obedecer resistiendo, ése es todo el secreto"²³; estar alerta, crear contrapoderes (la prensa, el voto secreto. . .), para controlar a los elegidos, a los ricos, a las élites. Este es el resorte del civismo según Alain, quien cita a La Fontaine: "Nuestro enemigo, es nuestro amo".

La meditación de Foucault sobre el poder no es, evidentemente, un simple retorno a concepciones anteriores. Es una profundización: el poder, en singular, el del Estado, ése que algunos marxismos reducen a una superestructura de un modo de producción, ése que se expresa en la Ley, la Ideología, y a veces en la represión, se halla *relativizado*, es puesto por Foucault en *relación* con otros poderes, en plural y acompañados de un genitivo (poder del patrón, del padre de familia, del maestro de escuela, etc.). Donde leemos "poder", entonces, a veces es necesario entender también "autoridad", "orden", "disciplina", "entrenamiento", "organización" o, simplemente, "influencia", es decir que hay que encarar la *pluralidad* de esas instancias, sus eventuales contradicciones, sus chirridos desordenados. No hay un Orden establecido, sino micropoderes que tienen su coyuntura propia. Foucault se aleja así de la tentación estructuralista y, al mismo tiempo, recusa la hipóte-

sis de la "maquinación" y también la de la "maquinaria" en un texto anterior a *Vigilar y castigar*: "Las fuerzas que están en juego en la historia no obedecen ni a un destino, ni a una mecánica, sino al azar de la lucha. No se manifiestan como las formas sucesivas de una intención primordial; tampoco toman el aspecto de un resultado. Aparecen siempre en el juego singular del acontecimiento"²⁴. Esta declaración, que no siempre se halla claramente ilustrada por la trayectoria del autor de *Vigilar y castigar*, parece más completa y matizada que el artículo de *Le Monde* ya citado; permite entender la expresión "batalla", que podía habernos intrigado. Ni providencialismo ni Sentido de la historia; las personas y las cosas no son ni empujadas ni arrastradas.

Esta reflexión sobre el poder nos vuelve a llevar al problema de la cárcel, al que se aplica la fórmula central "el poder produce; produce realidad" (p. 198). No lo entendamos como una simple provocación antimaterialista; Foucault no duda en absoluto de que la naturaleza y el trabajo son, esencialmente, los que *producen*; si la organización biológica de los cuerpos *engendra*, o sea que produce y reproduce, ¿por qué no decir lo mismo de la organización social? El ejemplo de la cárcel se presta para una hermosa demostración; solución transaccional, no permite alcanzar los objetivos disuasivos y moralizadores de los reformadores, desde el siglo XVIII a nuestros días; se halla, desde el principio, encerrada en sí misma en tanto institución coercitiva, incapaz de impedir los delitos y los crímenes, o de prevenir las recaídas; por el contrario, como "cuartel del crimen", "fabrica delincuentes" (p. 258). En este punto, Foucault es convincente (p. 269-273), así como su distinción entre las diferentes formas de ilegalidad y la "delincuencia" semiprofesional es seductora. El sistema carcelario crearía una "delincuencia" más tolerable que el incremento de las nuevas formas de ilegalismo popular, en cierta medida utilizable contra ellas y parcialmente amparada por los grupos dirigentes. Si bien es necesario establecer con más precisión la importancia de la vagancia sediciosa (p. 278-280), y



verificar en qué medida los delincuentes han recorrido el triste espinel de las instituciones de asistencia y reeducación (p. 306-307) es posible trabajar razonablemente sobre las hipótesis de Foucault, y habrá que volver a sumergirse en la inagotable *Gazette des tribunaux*.

La misma pertinencia fecunda en las páginas consagradas a la disciplina, que se caracterizan por un espíritu de síntesis que recuerda a algunos textos de Marx. El aumento de la población —población que hay que alimentar, emplear, gobernar— y el desarrollo técnico de un aparato de producción más complejo y más costoso (máquinas) que es necesario hacer rentable, se conjugan para explicar el recurso a nuevas disciplinas (221-224). Acumulación de capital y aparición de fábricas: *la disciplina o la búsqueda del beneficio*. Acumulación de hombres y de dificultades para regular sus necesidades y turbulencias: *la disciplina o la administración de las multitudes*. Como excelente dialéctico, Foucault juega con todos los factores. Disciplinar y producir más o mejor, son una y la misma cosa. El orden es un medio para hacer trabajar, y el trabajo es un medio para hacer que reine el orden.

La organización controlada, programada, progresiva, aplicable a distintas áreas, confiere a esas actividades la eficacia según el caso: militar, industrial, pedagógica. . . El lugar de aplicación de esos trabajos reglamentados es el cuerpo humano, que se ha vuelto rentable y maleable (p. 166-171): el *orden* transforma técnica y mentalmente a los individuos. Las utilidades saint-simonianas, positivistas, tayloristas, tecnocráticas, totalitarias, de esta verdad son ya bien conocidas.

Ultimo aspecto que interesa particularmente a los historiadores: el poder produce saber. Foucault asigna al desarrollo de las ciencias humanas orígenes temporales y epistemológicos ya evocados en obras anteriores²⁵. Llama "procedimientos" a las prácticas administrativas o reglamentarias, a los cuadros detallados, a los registros y estadísticas, a las clasificaciones y encuestas, a las relaciones de los procuradores generales y de los comisarios de policía, a las pericias y a las minutas. . . que proveen los documentos básicos; tarde o temprano, a los trabajos de sociólogos, psicólogos, médicos, criminólogos, naturalistas o antropólogos, gramáticos o historiadores. Es excelente que los historiadores

tengan presente el origen de "sus" archivos. Tal vez no desconfiemos lo suficiente de esa documentación fragmentaria y parcial, manchada de lágrimas, de sudor y a veces de sangre, fabricada a través de instancias raras veces inocentes, transmitida y mutilada según la voluntad de los dirigentes. . . o de los más oscuros escribientes. Atención, historiador positivista: si posas tus ojos miopes sobre un registro "trampeado", los discípulos de Foucault te fulminarán con un sarcasmo izquierdista! Y sin embargo, es inútil reiterar las protestas moralizantes, y tenemos que trabajar con lo que nos queda del pasado: bajo la condición de guardar distancia con respecto a nuestro objeto, de tomarlo con pinzas, y de no sacralizar su objetividad ni la nuestra.

Los puros dirán que no hay que atenuar, achatar, "recuperar" un pensamiento salvaje. Pido perdón a aquellos admiradores de la obra de Foucault que la interpretan en un sentido anarco-absolutista, si este enfoque da esa impresión. Por otra parte, está permitido sustituir la imagen de un cosaco de la historia por la de un profesor del *Collège de France*. Su trabajo de historiador va a continuar. Recuérdese que habría dicho de *Vigilar y castigar*: "Este es mi primer libro". En todo caso, en la última página anuncia "diversos estudios sobre el poder de normalización y la formación del saber en la sociedad moderna", y todos nos alegramos de que una mente tan brillante se dedique a semejante empresa. Hay más de una familia en la tribu de Clío. La originalidad de Foucault consiste en rehusar esa toma de partido hegeliana y totalizadora a toda costa, que integra los contrarios y justifica positivamente todo cuanto ha ocurrido hasta nuestros días. Si prefiere la noción, en primera instancia extraña, de "genealogía", mientras que al mismo tiempo es capaz de dar pruebas de virtuosismo dialéctico, es seguramente para designar al movimiento opuesto, aquel que desenmascara sin complacencias el origen solapado de los poderes, el que denuncia su tendencia fatal a la inhumanidad, y que está al servicio de la rebelión.

El libro de Michel Foucault, *La voluntad de saber*, responde en cierta medida a las cuestiones que plantea este artículo, escrito en 1976.

¹ Gilles Deleuze, "Ecrivain non, un nouveau cartographe", *Critique*, diciembre de 1975, nro. 343, p. 1207-1227.

² Jacques Revel, "Foucault et les historiciens", *Magazine littéraire*, junio de 1975, nro. 101, p. 10-13.

³ La mayoría de los documentos citados se remontan al siglo XVIII. Foucault se basa en los trabajos de P. Chaunu, E. Le Roy Ladurie, D. Richet, Y. Bercé, por ejemplo.

⁴ La pena de exposición pública fue suprimida el 12 de abril de 1848.

⁵ "Fabricarán revoluciones e impíos"; cf. Raymond Tronhot, autor de una tesis sobre las escuelas mutuales, *Information historique*, 1975, nro. 4, p. 183.

⁶ J. Léonard, "Femmes, religion et médecine, les religieuses qui soignent, en France, au XIX siècle", *Annales ESC*, nro. 5, septiembre de 1977, p. 887-907.

⁷ "Ouvroirs et orphelinats, patronage des apprentis, sociétés des bonnes œuvres. . ." Cf. Langlois, en *Le Diocèse de Vannes (1800-1830)*, describe excelentes ejemplos de clericalismo social "totalitario", París, Klincksieck, 1974.

⁸ Cf. Dr. Henri Bon, *Précis de médecine catholique*, París, Alcan, 1935, p. 393-404.

⁹ Es cierto que Bernard Plongeron explica bien cómo una parte del clero y de la cultura religiosa se pone del lado de las Luces y contribuye al mundo nuevo. Cf. *Théologie et politique au siècle des Lumières, 1770-1820*, París, Droz, 1973.

¹⁰ Formularse, constituirse, investirse, articularse, expresarse, manifestarse, arraigarse, anudarse, organizarse, ocultarse, enmascararse, substituirse. . .

¹¹ Cf., acerca de esta disciplina-encrucijada que es la higiene naval en los tiempos de la navegación a vela en barcos de madera, J. Léonard, *Les Officiers de Santé de la Marine française de 1814-1835*, París, Klincksieck, 1968, p. 292-293.

¹² Cf. los trabajos de Henri Gouhier sobre la *Jeunesse d'Auguste Comte et la Formation du positivisme*, 1933-1941; y los más recientes de Marc Régaldó sobre la *Décade philosophique*, revista que testimonia la diversidad de los racionalistas que gravitan alrededor de los ideólogos.

¹³ En compensación, ese poder del clero puede alimentar un saber; las encuestas de la Inquisición proporcionan un buen ejemplo. Cf. el prólogo de *Montaillou, village occitan de 1294 a 1324*, de E. Le Roy Ladurie.

¹⁴ Vacunaciones antivariolísticas, desinfecciones cloradas, sulfato de quinina, azufre, digitalina. . .

¹⁵ Demostración de esa anterioridad en Jacques Léonard, *Les Médecins du Ouest au XIX siècle*, tesis doctoral del Estado, defendida en enero de 1976 ante la universidad de París-Sorbona, reproducción Lille III, difusión H. Champion, 1978, p. 1514-1523.

¹⁶ René Château, en su *Introduction à la politique*, 1947, cita (p. 405) una asombrosa diatriba de Proudhon contra el poder: "Ser gobernado es ser vigilado, espiado, dirigido, legislado, reglamentado, acorralado, adoctrinado, sermoneado, controlado, sopesado, apreciado, censurado, mandado por personas que no poseen ni el derecho, ni la ciencia, ni la virtud. . . Ser gobernado es ser, en cada operación, en cada transacción, en cada movimiento, notado, registrado, censado, etiquetado, evaluado, numerado, cotizado, patentado, licenciado, autorizado, amonestado, impedido, reformado, adiestrado, corregido. Es, con el pretexto de la utilidad pública y en nombre del interés general, ser obligado a contribuir, ser sometido a exacciones, ser explotado, monopolizado, comisionado, presionado, mistificado, robado; y a la menor resistencia, a la primera palabra de queja, reprimido, enmendado, vilipendiado, vejado, perseguido, maltratado, aniquilado, desarmado, castigado, encarcelado, fusilado, ametrallado, juzgado, condenado, deportado, sacrificado, vendido, traicionado, y, para colmo, burlado, engañado, ridiculizado, ultrajado, deshonrado. ¡Esto es el gobierno, ésta es su justicia, ésta es su moral!"

¹⁷ Véanse los artículos de Sébastien Faure en *le Libertaire*, los de Jean Grave en *les Temps nouveaux*; algunos números de *l'Asiette au beurre* o *des Hommes du jour*; y textos de Paul Robin o de Albert Thierry.

¹⁸ *L'Ordre et le Désordre*, 1948, p. 4.

¹⁹ *Mes idées politiques*, París, Fayard, 1937, p. 52-53.

²⁰ *Ibid.*, p. 37.

²¹ Cf. *Propos d'un Normand*, t. I., LXXIX, LXXXVIII, LXXXIX; *Minerve ou De la sagesse*, p. 272; *Propos sur la religion*, p. 217.

²² *Propos d'un Normand*, t. I, p. 168. El subrayado es nuestro.

²³ Citado por Simone Pétrement, "Une politique pour tous les temps", *Hommage a Alain, Nouvelle Revue Française*, septiembre de 1952, p. 147.

²⁴ *Hommage à Jean Hyppolite*, 1971, p. 161.

²⁵ *Nacimiento de la clínica* (1963), *Las palabras y las cosas* (1966) y *La arqueología del saber* (1969).

N. del T.: Las citas de *Vigilar y castigar* remiten a las páginas de la edición española, México, Siglo XXI, 1976.

El polvo y la nube

Michel Foucault

Lo que, entre otras cosas, constituye la fuerza y la originalidad del artículo de Léonard, es el vigor con el que se despidió del estereotipo del "historiador" opuesto al "filósofo". Algo que indudablemente exigía coraje, y una percepción muy ajustada de los problemas. Alcanza ese resultado de dos maneras. De un modo serio, fundamentando, mejor de lo que yo podría haberlo hecho, la posibilidad de un análisis histórico de las relaciones entre poder y saber. De un modo irónico, poniendo en escena, en la primera parte de su texto, a un historiador ficticio, uno de los "hombres del oficio", como dice con una sonrisa. Quizá con una cierta crueldad, le hace representar los grandes papeles ingratos del repertorio: el virtuoso caballero de la exactitud ("Tal vez yo no tenga muchas ideas, pero al menos todo lo que digo es cierto"), el doctor cuyos conocimientos son inagotables ("Usted no ha dicho ni esto, ni aquello, ni esto otro que yo sé y que usted ignora"), el gran testigo de lo Real ("Nada de grandes sistemas, sino la vida, la vida real con toda su contradictoria riqueza"), el sabio desolado que flota sobre su pequeño territorio que los salvajes acaban de devastar: como después de Atila, allí no crecerá más la hierba. En resumen, todos los clichés: los *petits faits vrais* contra las grandes ideas vagas: el polvo desafiando a la nube.

No sé hasta dónde llega el realismo de ese retrato caricaturesco. Me inclinaria a pensar (única reserva ante este texto a la vez divertido y notable, cuyo sentido profundo apruebo totalmente), me inclinaria a pensar que Léonard ha forzado un poco la mano. Al conceder tantos errores a su historiador imaginario, torna quizá más fácil la tarea de la

réplica. Pero esa sátira del caballero de la exactitud, enredado en sus propias aproximaciones, está hecha con la inteligencia suficiente como para que se puedan reconocer en ella los tres puntos de método que Léonard quiere someter a discusión, y que a mí también me parecen adecuados como punto de partida para un debate:

1) De la diferencia de procedimiento entre el análisis de un problema y el estudio de un período.

2) Del uso del principio de realidad en historia.

3) De la distinción necesaria entre la tesis y el objeto de análisis.

1. ¿Problema o período? El reparto de la torta

A partir de Beccaria, los reformadores elaboraron programas punitivos caracterizados por su variedad, su preocupación por corregir, por la publicidad de los castigos, por la correspondencia cuidadosa entre la naturaleza y la forma de la pena: todo un arte de castigar inspirado por la Ideología.

Pero a partir de 1791, se optó por un sistema punitivo monótono: la encarceración, en todos los casos, es predominante. Asombro de algunos contemporáneos. Pero asombro transitorio: la pena de encarceramiento es rápidamente aceptada como una innovación que se debe perfeccionar más que cuestionar a fondo. Y así queda por mucho tiempo.

De allí un problema: ¿por qué esta substitución prematura? ¿Por qué esta aceptación sin dificultad?

De allí también la selección de los elementos pertinentes para el análisis.

1) Se trata de estudiar la aclimatación, en el interior del nuevo régimen

penal, de un mecanismo punitivo llamado a tornarse rápidamente dominante. Esto en cuanto al *objeto*.

2) Se trata de explicar un fenómeno cuya manifestación primera y mayor se sitúa en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del XIX. Esto en cuanto al *tiempo* fuerte del análisis.

3) Se trata, por último, de comprobar que este carácter dominante del encarcelamiento y la aceptación de su principio se mantuvieron sin dificultad aún en la época de las primeras grandes evidencias de fracaso (1825-1835). Esto en cuanto a los *límites* últimos del análisis.

En esas condiciones, la cuestión que se debe plantear a un trabajo de esa índole no es: la Gran Revolución, ¿ha sido adecuadamente estimada? ¿Ha sido parejo el reparto entre los siglos XVIII y XIX? Los especialistas de cada período, como niños mofletudos que se apiñan alrededor de una torta de cumpleaños, ¿fueron equitativamente tratados?

Sería más razonable preguntarse:

a) ¿Cuáles son los documentos necesarios y suficientes para que aparezcan los programas punitivos previstos, las decisiones efectivamente tomadas y las consideraciones que pudieron motivar a los unos y a las otras?

b) ¿Dónde buscar la explicación del fenómeno? ¿Del lado de aquello que lo precede, o del lado de lo que le sigue? Las decisiones del 91, ¿deben ser explicadas por la manera como se había pensado hasta entonces, o por el modo como se mató a partir de entonces?

c) Los acontecimientos ulteriores (la experiencia de los tribunales populares, la guillotina permanente, las masacres de septiembre), ¿sobre qué partes del sistema penal tuvieron efecto? ¿Sobre la organización de las instituciones judiciales? ¿Sobre la definición de las reglas de procedimiento? ¿Sobre el peso de las sanciones adoptadas por los tribunales? (Es posible suponerlo, puesto que todo esto se encuentra modificado al finalizar la Revolución). Pero ¿qué pasa con el "cárcel-centrismo" de los castigos previstos, que permaneció inamovible y no fue cuestionado por ninguno de los artífices de las legislaciones y códigos posteriores?

d) En el funcionamiento judicial de los

años 1815-1840, ¿cuáles son los elementos que ponen de manifiesto un cuestionamiento de la encarcelación penal? ¿Cómo se los somete a la crítica? ¿Por qué razones y dentro de qué límites?

Con respecto a estas preguntas que organizan la investigación, el caballero de la exactitud, el docto de saber infinito imaginado por Léonard, deben cargar con los reproches de omisión; pues de hecho ponen de manifiesto:

— ausencia de rigor cronológico: ¿qué viene a hacer la supresión, en 1848, de la pena de muerte por crímenes políticos, en este estudio que llega hasta 1840?

— percepción confusa del objeto tratado: la "sociología de los abogados" o la tipología de los criminales bajo Luis Felipe, ¿conciernen a la forma de las punitivas elegidas en 1791?

— ignorancia de la regla de pertinencia: pues no se trata de "esperarse" un desarrollo sobre las masacres de 1792, sino de precisar en qué pudieron haber tenido efecto sobre las decisiones de 1791 o, en todo caso, sobre su transformación ulterior.

— errores de lectura ("ausencias" de elementos que están presentes), apreciaciones arbitrarias (tal cosa no estaría "bastante" subrayada) y gruesos contrasentidos (si se afirma que la elección en favor de la pena de cárcel era un escamoteo, es debido a que algunos contemporáneos pudieron haber tenido esa impresión; todo el libro intenta mostrar que *no lo era*).

Y sin embargo, esta aparente mezcolanza toma forma tan pronto como se quiera reconocer allí los principios de un trabajo muy legítimo, pero de un tipo diferente del análisis de un problema.

En efecto, para quien quisiera estudiar un "período", o al menos una institución durante un período dado, se impondrían dos reglas entre otras: tratamiento exhaustivo de todo el material y reparto cronológico equitativo del examen.

Por el contrario, quien quiera tratar un "problema", aparecido en un momento dado, debe seguir otras reglas: selección del material en función de los datos del problema; focalización del

análisis sobre los elementos adecuados para resolverlo; establecimiento de las relaciones que permiten esa solución. Y en consecuencia, indiferencia hacia la obligación de decirlo todo, ni siquiera para satisfacer al tribunal de especialistas reunidos. Y lo que yo he intentado tratar, es un problema: el que indiqué al empezar. Así concebido, el trabajo implicaba una segmentación según los puntos determinantes y una extensión según las relaciones pertinentes: el desarrollo de las prácticas de adiestramiento y vigilancia en las escuelas del siglo XVIII me pareció desde ese punto de vista más importante que los efectos de la ley de 1832 sobre la aplicación de la pena de muerte. No se puede denunciar las "ausencias" de un análisis si no se ha comprendido el principio de las presencias que figuran en él.

Como bien lo ha visto Léonard, la diferencia no es entre dos profesiones, una volcada a las sobrias tareas de la exactitud y la otra a la gran oscilación de las ideas aproximativas. Antes de agitar por milésima vez este estereotipo, ¿no sería mejor debatir acerca de las modalidades, los límites y las exigencias correspondientes a dos maneras de ver? Una, que consiste en proponerse un objeto y tratar de resolver los problemas que puede plantear. La otra, que consiste en tratar un problema y determinar, a partir de allí, el área del objeto que es necesario recorrer para resolverlo. Sobre este punto, Léonard tiene toda la razón cuando se refiere a una intervención muy interesante de Jacques Revel.

2. Realidad y abstracción. ¿Son obedientes los franceses?

En este "nacimiento de la prisión", ¿de qué se trata? ¿De la sociedad francesa en un período dado? No. ¿De la delincuencia en los siglos XVIII y XIX? No. ¿De las cárceles en Francia entre 1760 y 1840? Tampoco. De algo más sutil: la intención reflexiva, el tipo de cálculo, la "ratio" puesta en marcha en la reforma del sistema penal, en el momento en que se decide introducir en él, no sin modificaciones, la vieja prác-

tica del encierro. Se trata, en suma, de un capítulo en la historia de la "razón punitiva". ¿Por qué la prisión y la reutilización de un encierro ya desprestigiado?

Se pueden adoptar dos actitudes:

— hacer actuar el principio de "comodidad-inercia". Y decir: El encierro era una realidad asimilada desde mucho tiempo atrás. Se lo utilizaba fuera de la penalidad regular y a veces dentro de ella. Bastó integrarlo completamente en el sistema penal, para que éste se beneficiara con una institución ya preparada, y para que esa institución, a su vez, perdiera lo arbitrario que se le reprochaba. Explicación poco satisfactoria, si se piensa en las pretensiones de la reforma penal y en las aspiraciones que la sustentaban;

— hacer actuar el principio de "racionalismo-innovación". Esta novedad del encarcelamiento penal (verdaderamente percibido como novedad), ¿a qué cálculo obedecía? ¿Qué se esperaba de ella? ¿En qué modelos se apoyaba? ¿A qué forma general de pensamiento remitía?

Se ven las objeciones: al hacer de ese modo la historia de la razón punitiva, no se capta nada, o casi nada, de la realidad plena, viviente, contradictoria. A lo sumo, una historia de las ideas, y todavía encima una historia flotante, ya que el contexto real no aparece nunca.

Aún así, tratemos de evitar las aproximaciones a que nos condena el uso de esquemas críticos cerrados. ¿A qué exigencias debería entonces responder un análisis histórico de la razón punitiva a fines del siglo XVIII?

— No establecer el cuadro de todo lo que se puede saber hoy acerca de la delincuencia en esa época; sino, comparando lo que hoy es posible saber (gracias a trabajos como los de Chaunu y sus discípulos) y lo que decían los contemporáneos en cuanto a la necesidad, a los fines, a los medios eventuales de la reforma, establecer cuáles fueron los elementos de realidad que jugaron un papel operativo en la constitución de un nuevo proyecto penal. En suma fijar los puntos de anclaje de una estrategia.

Determinar por qué fueron elegidos tal estrategia y tales instrumentos tácticos en lugar de tales otros. Es neces-

sario, por lo tanto, inventariar los campos que hayan podido conformar tales elecciones:

1) Maneras de pensar, conceptos, tesis que hayan podido constituir, en la época, un consenso más o menos restrictivo —un paradigma teórico (para el caso, el de los “filósofos” o el de los “ideólogos”);

2) Modelos efectivamente puestos en práctica y experimentados en otros países (Holanda, Inglaterra, América);

3) El conjunto de procedimientos racionales y de técnicas pensadas por medio de las cuales en la época se pretendía actuar sobre la conducta de los individuos, domesticarlos, reformarlos.

Determinar, por último, qué efectos contrarios se produjeron: qué inconvenientes, desórdenes, daños, consecuencias imprevistas e incontroladas se percibieron, y en qué medida ese “fracaso” pudo suscitar una reconsideración de la prisión.

Me parece muy bien y hallo excelente que se haga la sociología histórica de la delincuencia, que se intente reconstruir cómo eran la vida cotidiana de los detenidos o sus revueltas. Pero cuando se trata de hacer la historia de una práctica racional, o más bien de la racionalidad de una práctica, se debe proceder a un análisis de los elementos que han intervenido realmente en su génesis y en su disposición.

Es necesario desmitificar la instancia global de lo real como totalidad que debe ser restituida. No hay “lo” real que se alcanzaría bajo la condición de hablar de todo o de ciertas cosas más “reales” que las otras, y que se perdería, en provecho de abstracciones inconsistentes, si uno se limitara a hacer que aparezcan otros elementos y otras relaciones. Quizá habría que interrogar el principio, a menudo implícitamente admitido, de que la única realidad a la que debería aspirar la historia, es la *sociedad* misma. Un tipo de racionalidad, una manera de pensar, un programa, una técnica, un conjunto de esfuerzos racionales y coordinados, objetivos definidos y buscados, instrumentos para alcanzarlos, etc., todo esto es lo real, aún cuando no pretenda ser “la realidad” misma, ni “la”

sociedad entera. Y la génesis de esta realidad, desde que se hacen intervenir los elementos pertinentes, es perfectamente legítima.

Esto es lo que el historiador puesto en escena por Léonard no *entiende*, en el sentido estricto del término. Para él, no hay más que una realidad, que es al mismo tiempo “la” realidad y “la” sociedad.

Es por eso que cuando se habla de programas, de decisiones, de reglamentos, y se los analiza a partir de los objetivos que se les conferían y de los medios que utilizaban, ese historiador cree que formula una objeción al decir: pero estos programas nunca funcionaron realmente, nunca alcanzaron sus fines. Como si alguna vez se hubiera dicho otra cosa; como si no se hubiera subrayado a cada paso que se trata de tentativas, de instrumentos, de dispositivos, de técnicas para... Como si la historia de la prisión, central en este estudio, no fuera justamente la historia de algo que nunca “camionó”, por lo menos si se tienen en cuenta sus fines proclamados.

Cuando hablo de sociedad “disciplinaria” no hay que entender “sociedad disciplinada”. Cuando hablo de la difusión de los métodos de disciplina, eso no significa afirmar que “los franceses son obedientes”. En el análisis de los procedimientos dispuestos para normalizar, no existe “la tesis de una normalización masiva”. Como si, precisamente, todos esos desarrollos no fueran correlativos de un fracaso perpetuo. Conozco a un psicoanalista que cuando se habla de la *presencia de relaciones de poder*, entiende que se afirma la *omnipotencia del poder*, pues no ve que su multiplicidad, su entrecruzamiento, su fragilidad y su reversibilidad están ligadas a la inexistencia de un poder omnipotente y omnisciente.

Pero dejemos todos estos errores (habría que citar línea por línea). Y encaremos el problema extraordinariamente difícil que Léonard mismo nos sugiere: ¿en qué consiste eso real que es, en las sociedades occidentales modernas, la racionalidad? Esa racionalidad que no es simplemente un principio de teoría y de técnicas científicas, que no produce simplemente formas de conocimiento o

tipos de pensamiento, sino que está ligada por lazos complejos y circulares a las formas de poder. ¿En qué consiste esa racionalidad, cómo se la puede analizar, captarla en su formación, en su estructura¹? (Sin que todo esto tenga nada que ver, por cierto, con una acusación a las Luces: a qué lector podría sorprender yo afirmando que el análisis de las prácticas disciplinarias del siglo XVIII no es una manera subrepticia de hacer responsable del Gulag a Beccaria. . .).

3. El objeto y la tesis. El problema de la estrategia

Léonard ha comprendido perfectamente que es allí, sin ninguna duda, donde residen los problemas más importantes que se deben proponer acerca de este tipo de estudio. Y creo que consigue mostrar la dimensión principal con mucha lucidez. Lo logra haciendo cometer a su historiador imaginario dos gruesas series de errores. Veamos dos, entre los más significativos.

1) *Lectura del texto*. Se asombra de que se puedan describir los proyectos de los reformadores con verbos en infinitivo: “desplazar”, “definir”, “poner”, “disminuir”: como si se tratara de procedimientos anónimos y automáticos: una pura maquinaria sin maquinista. Pero lo que el historiador no dice, es que esas diez líneas en cuestión resumen las quince páginas que las preceden, y abren el camino a las diez que siguen; y, en esas veinticinco páginas, las principales ideas directrices de la reforma penal a fines del siglo XVIII están caracterizadas en todos los casos con referencias y nombres de autor. (Alrededor de veinte). ¿Ausencia de estrategias? También allí, es más bien el exceso lo que habría de temer.

2) *Sentido de las palabras*. Sería una “curiosa estrategia” aquella que no tiene “un punto único de origen”, que puede servir a “muchos intereses diferentes” y que permite “múltiples combates”. ¿Es imaginable, se pregunta, semejante estrategia? Yo no veo más que una respuesta: ¿es imaginable una estrategia que no sea, justamente, *ésta*? Una estra-

tegia que no nazca de varias ideas formuladas o propuestas a partir de puntos de vista o de objetivos diferentes? Una estrategia que no hallara su motivación en varios resultados buscados conjuntamente, con diversos obstáculos a superar y diferentes medios a combinar? ¿Es posible imaginar una estrategia (militar, diplomática, comercial), que no deba su valor y sus oportunidades de éxito a la integración de un cierto número de intereses? ¿No debe, por principio, acumular las ventajas y multiplicar los beneficios? Es en ese sentido, admitido por todos, que una excelente historiadora habla de la "estrategia de la enmienda" en el pensamiento de los filántropos del siglo XIX.

De hecho, bajo esos errores benignos, subyace una confusión importante de planos: el de los mecanismos propuestos para asegurar una represión penal eficaz, mecanismos que están previstos para lograr ciertos resultados, gracias a ciertos dispositivos, etc.; y el de los autores de esos proyectos, autores que podían poner en ellos motivaciones diversas, más o menos visibles u ocultas, individuales o colectivas.

Entonces, ¿qué es lo automático? ¿Qué es lo que marcha por sí mismo, sin nadie que lo haga funcionar, o más bien con maquinistas cuyos rostros y nombre importan poco? Precisamente las máquinas previstas, pensadas, imaginadas, soñadas quizá, por personas que tienen una identidad bien precisa y que son efectivamente nombradas.

"El aparato disciplinario produce poder"; "poco importa quién ejerce el poder"; el poder "halla su principio en una cierta distribución concertada de los cuerpos, de las superficies, de las luces, de las miradas": ninguna de esas frases constituye mi concepción personal del poder. Todas, y de la manera más explícita, describen proyectos o disposiciones, concebidos o realizados, con sus objetivos y con el resultado que se esperaba de ellos: se trata, en particular, de lo que Bentham esperaba del *Panóptico*, tal como él mismo lo presentó (remito al texto citado: sin ningún equívoco posible, es el análisis del programa benthamiano).

El automatismo del poder, el carácter mecánico de los dispositivos en que

toma cuerpo, no es, en absoluto, la tesis del libro. Es, en cambio, la idea que tenía el siglo XVIII de que determinado poder sería posible y deseable, es la investigación teórica y práctica de determinados mecanismos, es la voluntad, incesantemente manifestada en esa época, de organizar tales dispositivos, lo que constituye el objeto del análisis. Estudiar la manera como se quiso racionalizar el poder, como se concibió, en el siglo XVIII una nueva "economía" de las relaciones de poder, mostrar el papel importante que le cupo allí al tema de la máquina, de la mirada, de la vigilancia, de la transparencia, etc., no es lo mismo que decir ni que el poder es una máquina, ni que esa idea nació maquinalmente. Es estudiar el desarrollo de un tema tecnológico, que creo importante en la historia de la gran revisión de los mecanismos de poder en el siglo XVIII, en la historia general de las técnicas de poder y, aún más globalmente, de las relaciones entre racionalidad y ejercicio del poder; importante también en el nacimiento de estructuras institucionales adecuadas a las sociedades modernas; importante, finalmente, para comprender la génesis o el crecimiento de ciertas formas de saber, como las ciencias humanas en particular.

Está claro que quedan abiertas toda una serie de áreas conexas: ¿qué pasó con los efectos de esa tecnología cuando se intentó ponerla en práctica? y también, ¿quiénes eran esos hombres que la imaginaron y propusieron? ¿Cuál era su origen social, o como se dice de modo clásico, "qué intereses representaban"? Es necesario reconocer que los trabajos históricos sobre este punto, o de un modo más general, sobre todos los grupos o individuos que intentaron repensar menos los fundamentos jurídicos del poder que las técnicas detalladas de su ejercicio, son todavía escasos. Pero sin duda estos estudios de sociología histórica exigirían que se haga el análisis preciso de lo que fueron en sí mismas esas tentativas de racionalización del poder.

El propósito de tratar de manera específica las relaciones entre tecnología del poder y genealogía de los saberes no es una manera de prohibir a otros el

análisis de las áreas vecinas; es más bien invitarlos a que lo hagan. Pero no creo que sea legítimo imponer a un trabajo una exigencia de exhaustividad, si no se ha comprendido de qué hablaba. Y menos aún se le pueden hacer objeciones en términos de "realidad" o de "verdad" si se ha confundido lo que afirma con aquello de lo que habla, su tesis y su objeto.

Es por eso que debemos agradecer a Léonard que haya expuesto esos problemas con tanta lucidez. Captó perfectamente la importancia metodológica de un conjunto de nociones de las que se hace un uso cada vez más extendido: estrategia, táctica, objetivo, etc. En esa dirección debe leerse el libro reciente de G. Vigarello (que permite ampliar el debate un poco más allá de las cárceles). Estamos muy lejos de haber extraído todas las consecuencias del uso de esas nociones y de haber medido su alcance. Pero me parece que vale la pena utilizarlas (aún cuando haya que abandonarlas algún día), si se quiere hacer un análisis 1) de las formaciones de las racionalidades prácticas; 2) de la génesis de los saberes y las técnicas que el hombre aplica a su propia conducta (a la manera de conducirse y a la manera de conducir a los otros); 3) de su lugar en el juego de las relaciones de fuerza y de las luchas. Sobre todo, desde el momento en que se ha tenido la experiencia concreta de los límites del concepto de ideología. El principio de inteligibilidad de las relaciones entre saber y poder pasa más bien por el análisis de las estrategias que por el de las ideologías. Hay que leer, al respecto, las páginas de Paul Veyne.

Me parece que esa noción y su posible uso permitirían no un "encuentro interdisciplinario" entre "historiadores" y "filósofos", sino un trabajo en común de personas que intentan "desdisciplinarse".

¹ Se podría acudir al notable libro de G. Vigarello, *Le Corps redressé*. Allí se hallará no sólo una historia global del cuerpo, sino también un análisis específico de un conjunto de técnicas estructurales que el autor describe como tácticas y estrategias.



Madame Gaston

Gloria Pampillo

Aquella vez que Desi le puso "baccarat" a la comida, Madame Gastón no protestó, pero salió de la cocina con los labios apretados. Yo, cuando oí nombrar el "baccarat", recordé casi enseguida unas fichas de nácar rosas y verdes guardadas en un mueble de la salita de juego en la casa de mi bisabuelo junto con majong. Es probable que no hayan sido vendidas porque la noticia de la muerte de las tías aún no ha llegado, y es casi seguro que las conservarán hasta el último instante para una posible partida. Durante años, el prestigio de esos cuadrados de nácar, las manos de uñas pulidas que los manejaban y sobre todo ese nombre: "partida", me ocultó que el juego que reunía a mis tías alrededor de la mesa era el

póker, el mismo que pocos años después yo comenzaría a reconocer en la oscuridad de los cines como preludio de duelos y de muertes. No me llevó tanto tiempo conocer la naturaleza del famoso "baccarat": era un polvo marrón y perfumado. Madame Gastón parecía desaprobarlo y estar dispuesta a oponerse a él.

Muchas veces yo había intentado dilucidar el código de aprobaciones y rechazos de Madame; no aquel manifiesto y diariamente repetido cuya transgresión ella registraba diciendo: *Qu'elle est désobéissante*, sino el otro, el que la alejaba con los labios apretados de los hechos en los que Mercedes y yo no estábamos directamente comprometidos y sobre los cuales su opinión no era esperada. Aún hoy me pregunto qué utilidad hubiera tenido para mí saber ese código; sólo hubiera podido depararme, en el caso de poder prever que algo no iba a gustarle, algunos segundos para preparar una rebelión cuando viniera a arrancarnos de nuestros juegos. Porque el fastidio la llevaba a meterse con nosotras, no por venganza sino *pour se donner une contenance*: para "darse una actitud", un gesto que la devolvía a un lugar conocido, una inclinación idéntica a la que hoy reconozco en mí cuando escando con bostezos el recuerdo o la anticipación de una situación insoportable.

A la interrupción de esa noche la suavizó el placer de intuir que ella estaba molesta. Mientras nos bañaba, el aroma del baccarat iba inundando la casa y su fastidio reprimido me aseguraba que si durante la comida yo me empacaba y me negaba rotundamente a comer la carne podía contar con su tácito apoyo, aun si por guardar las apariencias insistía en que debía acostumbrarme a comer de todo. Un argumento tan débil como éste, comparado a la elocuencia con que hacía desfilan ante nuestros ojos a los pobres niños de Europa a quienes la guerra impedía comer el repugnante plato de lentejas que nos habían servido, sería índice más que suficiente de que tendría una aliada incondicional en el caso de que mamá llegara en plena tragedia.

Madame Gastón decía que vivía lejos, en Lomas de Zamora. La primera mitad de aquel nombre esbozaba unas colinas doradas; la última, en cambio, después de un titubeante recorrido a través de varias imágenes, prefería disolverse antes que aceptar la temible figura de un hombre calzado con botas de gamuza clara. Aquellas colinas doradas no armonizaban sin embargo con el patio de la casa que Madame Gastón decía lindera o vecina con la suya, donde una niñita de nuestra edad se paseaba hamacando una muñeca hecha de palo. Mamá, después de oír aquella narración de Madame, había comprado una muñeca verdadera, la había vestido y se la había enviado a la niña, probablemente de parte nuestra. Salvo los tempestuosos celos de ver a mamá comprando un juguete que no era para nosotras y vistiéndolo con delectación probable, ningún otro sentimiento ni recuerdo acude para conformar ese vago mundo desde donde Madame llegaba todas las tardes a nuestra casa. Tenía una hija, que se llamaba Julieta, y creo que desde entonces ese nombre me parece tan horrible. En casa no se la quería, porque se decía que no ayudaba a su madre.

Una vez que estaba yo sentada con Madame sobre un sofá cama, ella demarcó con su mano arrugada una línea

que robaba al colchón unos buenos diez centímetros y me dijo:

—La cama que tenemos llega hasta aquí, y ahí dormimos juntas Julieta y yo.

No era el tamaño lo que volvía a esa mano tanto más grande que la mía. Era la geografía de los nudillos casi transparentes por el esfuerzo de sostener el peso de toda la piel que se había ido deslizándose por el dorso, rala y ocre en zonas, atravesada en otras por torrentes al borde de los cuales una mujer se sentaba desplegando al unísono su falda y la tela de su sombrilla que liberaba la sombra arrugada de sus pliegues. Ya encerrado entre esas dos campanas de sombra, de todo su cuerpo sólo volvían a verse los escabrosos territorios de sus manos.

Desideria Orellana reinaba en la cocina. Los ecos de su maravilloso nombre oriundo de Santiago del Estero apenas dejaban lugar para el de su hermana, Baudilia, que paseaba el suyo por el comedor y los dormitorios. Las hermanas Orellana eran diez, y habían ido a parar de una en dos a la casa de mi abuela, que despóticamente las civilizaba y las henchía de esas virtudes domésticas en que se fijan los hombres cuando quieren casarse. Podría asegurar cuál fue su primer paso civilizador sobre Desi, porque luego oí decir muchas veces a mi abuela en un antes y después que traía invariablemente a mi memoria un maniquí de camisería con una delantera desgarrada y la otra impecable:

—Había que verla a Desi cuando llegó por primera vez a casa con todas las uñas partidas y cubiertas con esmalte descascarado.

Como confirmación de ese maravilloso “después” solía repetir una frase admirativa que una visita había dejado escapar al ver a Desi arreglada para salir:

—Pero, decíme, ¿ésa es Desi?

Durante algunos veraneos, en Mar del Plata, Madame debió vivir con nosotros, porque el álbum familiar la muestra al menos una vez fotografiada en un grupo. La sombrilla está apoyada en la arena, dando la espalda al mar que oculta. Puede que haya sido en los primeros días de diciembre, o en los últimos de marzo, a menos que algún temporal irrumpiera desde el sur en pleno enero, rescatando de los armarios nuestros sweaters celestes, las polleras de lana, y el blazer a rayas que mamá lleva puesto. El viento, benigno con nosotras, se ha encarnizado poco antes con el pelo gris de Madame, que asoma detrás nuestro de perfil, sorprendida por el fotógrafo cuando huía del cuadro. No hay en el álbum fotos de Desi o de Baudilia. Sin embargo, yo las había contemplado a menudo, apoyadas contra el velador sobre la mesita de luz del cuarto de ellas. Salvo leves variantes, se fotografiaban siempre en Plaza Italia, tomadas del brazo, un poco inclinadas las cabezas para evitar el sol que daba de lleno sobre la onda de pelo negro que coronaba sus frentes. Garibaldi solía apoyar todo el peso de los cuartos traseros de su caballo sobre la cabeza de Desi, mientras que las patas delanteras, más borrosas, caracoleaban sobre la cabeza de Baudilia.

Pero aunque Madame figurara en el álbum y las Orellana no, ellas vivían con nosotros y Madame, salvo algún ocasional veraneo, llegaba a las tres de la tarde y se iba después de habernos acostado. A la mañana, mamá iba

con frecuencia a la cocina y Baudi nos vestía imitando el castellano gangoso de Madame, sin preocuparse de si mamá la oía, envolviéndola así en una complicidad que se desvanecía con la llegada de Madame. En las primeras horas de la tarde, repentinos estallidos de risa en la cocina perduraban como indicios de la mañana de entrecasa, pero a medida que la tarde iba avanzando Madame recuperaba terreno y, para su desgracia, sus conquistas coincidían con los rápidos atardeceres de invierno y las salidas de mamá. Entonces Madame y las Orellana se enfrentaban directamente y las escaramuzas se sucedían. Baudi y Desi se atrincheraban en la cocina con la radio a todo volumen y obligaban así a Madame a ir a buscar personalmente el postre a la cocina; ella a su vez contraatacaba hablándonos continuamente en francés.

No puedo recordarme a mí misma hablando en francés, probablemente porque lo aprendí sólo dos o tres años después que la lengua materna. No sé, pues, en qué idioma se desarrollaba la diaria ida a Palermo, ni la más o menos regular a las fiestas de cumpleaños, ni en qué idioma fueron los comentarios que aureolaban los tres borrones que estampé sobre mi flamante firma que ascendía por una línea oblicua de puntos hacia el ángulo superior derecho de mi Cédula de Identidad. Tres borrones justo enfrente del retrato que me atrapó mirando con asombro a un fotógrafo que por primera vez no intentaba sacarme una sonrisa; la imagen testimonia el triunfo rápido y desdeñoso del obturador. Nunca sabré tampoco en qué idioma detestaba yo en momentos que recuerdo tan vívidamente a la pobre Madame, ni si lo que los privilegia y enhebra en mi recuerdo es que ella se haya ido de casa por culpa mía.

Fue el día de mi cumpleaños y volvíamos de Palermo. Es probable que a la mañana yo hubiese recibido felicitaciones y regalos, pero no había podido quedarme en casa sola con mamá. En el hall, justo enfrente de la puerta de entrada, había un gran mueble de nogal; allí fue donde el guante de cabritilla de Madame me golpeó en la cara. No fue en realidad un golpe, sino un gesto involuntario, resultado probable de una tarde bochornosa de primavera y de mi esmero en ser *insupportable*. Me tiré al suelo y mientras gritaba veía alternadamente la cara sorprendida de Madame y descubría que las manijas de bronce del mueble eran semejantes a peras. Mamá acudió. Hubo un diálogo tenso y Madame anunció su decisión de no seguir en casa. No fue disuadida.

No muchos años después —y sin embargo mamá ya había muerto— volvimos a encontrarnos con Madame en aquella casa del majong y de las fichas del baccarat. Ella me recordó que por mi culpa se había ido de casa y que después nunca había querido cuidar otros niños. Yo hubiese podido contestarle en ese momento a la pobre vieja que lo recordaba muy bien, tan bien como la muñeca de palo, los niños de Europa y la angosta cama que debía compartir con su hija. Pero no era necesario porque ya años antes, en vez de descubrirle rencores que ella jamás comprendería, yo me había comido sin chistar la carne, mientras oía decir a Mercedes que todo lo sabía un año antes que yo:

—No se llama “baccarat” sino barat. Y fue mamá la que le dijo a Desi que lo pusiera en la carne.

Los magister de la ciudad de Nibelungen

(Bizancio Exterior)

Alberto Laiseca

Para ser admitido en el gremio de los escritores, en la ciudad de Nibelungen, el aspirante debía entrar en un Taller Literario, como aprendiz, al servicio de un Maestro. Quedaba obligado a ponerse al incondicional servicio de éste, llevarle un archivo completísimo, tomar notas taquigráficas de las sesiones con la mano derecha (en tanto su izquierda mantenía lo más alto posible una lucerna de veinte kilos con innumerables velas que iluminaban *a giorno* el cuarto de las clases del magister), lavar sus pisos, hacer los mandados, etc. Con el paso del tiempo adquiría músculos tan formidables en el miembro lucernario, que a la gente le bastaba ver aquel brazo monstruoso para saber en el acto que un hombre era aprendiz de escritor. Si bien no cobraba salario alguno, a los diez años, más o menos, adquiría el derecho de ser admitido como *compañero*, estadio en el cual permanecía otra década. Tales demoras, lejos de ser arbitrarias, respondían a razones mágicas y astrológicas; tenían que ver con las manchas solares, los períodos de rotación del Sol y las profecías del Dios del Gran Medicamento cafre.

Todo llega a su tiempo y, por ello, un buen día notaba el compañero, entre los claroscuros de los pasillos y las sombras de los diedros, que las sonrisas de los Súper eran más pronunciadas; las comisuras de aquellos labios antojábansele menos adustas. Era un signo. Lleno de entusiasmo pedía entonces que lo examinase un Aquelarre de Dieta.

El Abogado del Diablo presentaba, contra el aspirante a Maestro, lo que se daba en llamar *la querrela de las investiduras*: "Tú, cerdo tunante y pésimo escritor, no eres digno de ser aceptado como *magister*", enrostrábale. Etc. Luego de haber pasado por el interrogatorio o *cuestión*, para ser reconocido como *magister* aún debía quedar encerrado en un cuarto de donde no estaba autorizado a salir (so pena de perder para siempre) hasta haber escrito la *obra maestra*. Algunos quedaban enclaustrados quince años o más. Luego de terminada los otros bien podían rechazarla. En realidad era estimado no sólo de buen gusto sino también parte del ritual, el no expedirse sobre los méritos hasta pasados uno o dos años. Considerábase

como fuera de cátedra el que la alegría le llegase toda junta, de modo que se lo iban diciendo de a poco. Además, a fin de que no engordara mucho (la comida es sólo para los muertos), desacralizaban su creación disputando sobre las *influencias*. "Poner a este muchachito en su lugar". Cuando lo suyo era tan original que no encontraban antecedentes ni haciendo vaca con San Antonio, los inventaban: "Creo que ya hay algo parecido de parte de un autor que vive en Escocia"; "Hay una escuela, actualmente, que está trabajando en eso. Es una comunidad de escritores que vive en los Territorios del Noroeste canadiense, en Alberta, Saskachiwan y El Labrador". Esta humillación didáctica se consideraba indispensable para templar el acero al cromo níquel (y los níqueles) del futuro artista. También para poner a prueba su paciencia.

Una vez aceptado, el nuevo *magister* lo era sólo nominalmente. Aún debía encuadernar la *obra maestra* (tres ejemplares a máquina, oficio, doble espacio), y ponerle tapas de bronce, con oro, plata y piedras preciosas incrustadas. El mismo realizaba este trabajo, nuevamente encerrado en su cuarto durante cuatro, cinco o seis meses. Ya hecho, por fin y antes de la aceptación *solemnis*, estaba obligado a ofrecer una comilona viteliana a todos los *magister* de la ciudad de Nibelungen. Que no eran pocos, no vaya usted a creer, pues pasaban de ciento. En dicho banquete brindábanse, por lo general, las siguientes exquisiteces: gallinetas de Numidia, avutardas de Sajonia, alas de petrel, petrel, petrel (lo digo tres veces porque me encanta decir "petrel", y además porque servían verdaderas montañas de alas de dichas aves), paté de canarios de la Marca de Brandenburgo, largas fetas de tocino de cebra, médula de jirafa, corazón de elefante, lenguas escaechadas de mamut siberiano, aletas de tortuga de Fenicia, glotón ruso (asado vuelta y vuelta, como a las palometas), sopa de ojo de vicuña, ornitorrincos cebados con hidromiel, terraplenes de fresas a la Novgorod, yacimientos arqueológicos de pasas de uva de Acadia, orejones del sultanato de Khorramshar, polvo de momias de Ofir (previamente alcoholizado con vino de Siria —o de Soria, ya

REVISTA IBEROAMERICANA
 Órgano del Instituto Internacional de
 Literatura Iberoamericana

DIRECTOR-EDITOR: Alfredo A. Roggiano.

SECRETARIO-TESORERO: Bruce Stiehm.

DIRECCION: 1312 C. L. Universidad de
 Pittsburgh. Pittsburgh, PA 15260. USA.

SUSCRIPCION ANUAL:

Países latinoamericanos: 20 dls.

Otros países: 25 dls.

Socios regulares: 30 dls.

SUSCRIPCIONES Y VENTAS:

Gloria Jiménez Yamal

CANJE:

Lilian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

no recuerdo), innumerables peces, delgados como hojas de papel, extraídos de las hoyas de Las Marianas, en el Pacífico, los cuales eran servidos con forma de libros comestibles, etc., e innumerables otras delicadezas, tan apropiadas como costosas. Por tradición todos los gastos eran sufragados por el nuevo *magister*, y si acaso mostrábase perezoso de rupias (o quizá carente) se le hacía llegar una esquelita negra: "Morite pa'siempre". En latín y bajo alemán, se lo escribían.

Al fin llegaba la ceremonia final donde, luego de velar sus armas toda la noche (máquina de escribir y *obra maestra* por triplicado), lo consagraban Súper, con derecho a abrir un Taller Literario propio, apacentar mandadas de aprendices, tener alumnos (que no es lo mismo), pronunciar conferencias y tomar un cafecito.

La tragedia de la tarjetita oscura estuvo a un tris de ocurrirle al pobre profesor Eusebio Filigranati, que demoró diez años, exactamente, para escribir *Los sorias*, su *obra maestra*. Para potenciarse, mientras escribía escuchaba una y otra vez el mismo *cassette* en su pasacinta; de un lado había grabado *Ojos vivientes*, con los *Bee Gees*, y Marchas Militares del Patriarcado de Rotonis. Del otro, ruido de coolies chinos en danzas rituales con tomahawk, grabadas en Amarillo (EE.UU.), pidiendo al Cielo que sobre América lluevan desiertos. Luego seguían las 32 contradanzas alemanas del vudú de Haití, tocadas justamente a fin de exorcizar a las anteriores; pedían estos orantes negros al *loa* de los Escudos y los Espejos para que reflejase a tales desiertos; así, éstos, rebotarían cayendo sobre Londres. Después seguían los

discursos carismáticos del zar Nicolás II *. Diez años oyendo lo mismo.

¿Qué podríamos decir de *Los sorias*, la inmortal obra del profesor Eusebio Filigranati? ¿que era genial? Sería valorarla en demasiado poco. Sólo podríamos compararla con el carisma de sus amados *Bee Gees*, o con la aleación sinfónica del acero con que se construyeron las planchas del acorazado Potemkin; únicamente igualada por el *Don Juan Triunfante* del Fantasma de la Opera, el *Funeral Masónico* de Mozart o *El Anillo del Nibelungo* de Ricardo Wagner. *El Francotirador* de Weber, etc. Sin embargo estuvieron a punto de rechazársela porque le faltó plata para, después de la comilona, invitar a todos con cigarrillos egipcios. Por fin se la aceptaron, pero a regañadientes, sacando por ella la más baja calificación de *obra maestra* indispensable para pasar de grado: "Se la admitimos sencillamente porque no sabíamos qué hacer con ella. Por lo demás no encontramos antecedentes, en los archivos de nuestra Facultad de Literatura, de novelas bochadas".

Pero un día ocurrió algo terrible. El profesor Eusebio Filigranati, ya nombrado *magister* (esto es lo más notable del asunto), agarró a uno de tales examinadores y; previo atarlo con un hilo de coser larguísimo, le metió una enorme cantidad de fresas en el culo. El carretel utilizado para las ligaduras era tan grande como un cilindro de papel para prensa y pesaba media tonelada; le salió una fortuna, pero puedo asegurar que aquel rey, juez y número, quedó más atado que un deuteronomio.

* El incomprendido héroe de la 2a. Guerra Mundial, que valientemente luchó contra el monstruoso Adolfo Hitler y su monótona voz, llamado también Adolfo el de la Fosa (o Adolfosa); famoso por sus repugnantes crímenes, tales como las colectivizaciones forzadas de los campesinos del sud oeste de Alemania, a quienes mandó cortar árboles petrificados, con hachas sin filo, a los bosques de la Selva Negra (más allá del Círculo Polar Alemán); que supo también enviar a mucha gente a las granjas colectivas a sopapos, aplicados éstos con guanteletes de hierro, con pinchos, cuando no los fusilaba directamente. Adolfosa, ese mandito comunista, que acaparó los cargos de Secretario General del KPD (Partido Comunista Alemán) y de Primer Ministro. Pero, pardiez, *-vive l'aiglon (aguilucho) zarist!* - el maravilloso zar Nicolás II, también llamado El Riff Punk, rodeado de su esposa Alejandra (más conocida como La Mal Parida) y de sus hijos: Alexei, Olga, María, Tatiana, Anastasia y Cecilia, el doctor Botkin y tres sirvientes, salió al cruce de ese repelente hórrido condenado canalla de Adolfosa e invadió a la Alemania soviética. Y este fue el discurso mediante el cual Adolfosa, con su voz sin inflexiones, relieves ni tonos, fue informando al pueblo alemán que las hordas del III Zar habían cruzado esa madrugada la frontera (debió ser su único discurso en toda su carrera de dictador, pues casi nunca hablaba. Le decían "el mudo"). Iba, pues, leyendo, mientras la nieve de Prusia caía sobre su cabeza: "Es mi deber informar al pueblo alemán que hoy, 22 de junio de 1941, a las dos y cuarto de la mañana, tropas zaristas han invadido el territorio de la República Democrática de los Soviets Alemanes (DRDS). Estimando indebidamente la correlación de fuerzas entre los distintos ejércitos antizaristas, el imperio ruso del III Zar se ha lanzado a un demente ataque contra Alemania, el Primer Estado de Obreros y Campesinos del mundo, tal como lo anticipara con clarividencia Carlos Marx en *Das Kapital*. Se han lanzado a una audaz guerra de rapiña, atacando pérfidamente a Alemania, creyendo que poner

Idéntico a la humilde araña campesina que se toma cientos de molestias y vueltas con su amiga la mosca. "Soy Acuario, con ascendiente en Capricornio", dijo Don Eusebio a su aterrada víctima y a cuento de nada. El otro, Venerable *literari* de la Cuarta Magistratura, nada respondió. Se lo notaba algo fruncido, eso sí. El profesor continuó: "Mi cinismo es uno de esos que invariablemente desembocan en el suicidio o en la felicidad. Nunca me caractericé por la moderación. Ni en sueños me imaginé que había una tercera posibilidad:

de rodillas a nuestra nación será cosa fácil. En la cancillería de Moscú se frotan alegremente las manos. No cuentan, claro está, con el cerradoy decidido Frente Unico del Pueblo y ejército deuschviético que pronto dará por tierra con los planes del zarismo ruso. Amarga será la desilusión del enemigo. Formidable su caída. No les bastó invadir países pacíficos y democráticos, tales como Checoslovaquia, Afganistán, Bulgaria, Rumania. Ahora pretenden nada menos que la abolición del socialismo en todo el mundo, reemplazándolo por el inhumano sistema de explotación del hombre por el hombre y por el Estado. Confundieron la vocación pacífica de la República Democrática de los Soviets Alemanes, con debilidad. La historia dirá que no fuimos los primeros en largar un tiro. Ocupamos la mitad de Polonia para proteger al pueblo polaco, pues estábamos segurísimos de que, en caso contrario, los rusos la avasallarían toda. La información que nos proporcionó la Gestapo, a este respecto, no dejaba margen a la duda. Lo hicimos por altruistas. Debíamos preservar a una parte del pueblo polaco; recordar la masacre, en Katyn, de 25.000 oficiales (asesinados con munición alemana, para despistar). En este momento, luego de una feroz resistencia, nuestras tropas han efectuado un repliegue estratégico de Polonia. Koëningsberg resiste impertérrita los constantes ataques de uno de los ejércitos enemigos, muy adelantado. A causa de este mismo adelanto, pronto lo cortaremos en dos".

No obstante las optimistas palabras de Adolfo, Secretario General del KPD, las tropas rusas tomaron Koëningsberg, en la Prusia Oriental, y embolsaron doce ejércitos alemanes en las grandes batallas de aniquilamiento de Tannenberg y Lagos de Masuria, continuando luego el avance. Poco a poco la resistencia germana se hizo más intensa. Las tropas zaristas fracasaron en su desesperado intento por capturar Berlín antes de la llegada del frío. En eso estaban cuando las sorprendió el invierno alemán. Hubiesen sido derrotadas allí mismo sin falta, de no ser por la energía férrea y la salvaje voluntad de Nicolás II, zar de todas las Rusias, que supo estabilizar la situación. Si el padrecito pudo sobrevivir a este cruel momento de duda espiritual, fue gracias al tierno amor que dispensaba a Cecilia Nicolevna, su preferida. "Sólo por ti, amada hija, mis tropas resisten entre los hielos del camino a Berlín. Ellos resisten", graznó con música. Pero prosigo. A partir de aquí el avance ruso pareció entrar en movimiento uniformemente retardado. Para avanzar los primeros 600 kilómetros demoraron tres días. Los 50 kilómetros siguientes les llevaron tres meses. Diez metros más, tres años. Con un postrer esfuerzo avanzaron otro milímetro: ello les llevó tres décadas. Y éste fue el mensaje del conde Rudenko, comandante en jefe de los ejércitos rusos, al Cuartel General del zar: "Es mi deber informarle, Su Majestad, que el frente se ha vuelto definitivamente asintótico. Ya no me quedan fuerzas blindadas dignas de ese nombre. La capacidad del enemigo es ya absoluta en el frente infinitesimal. He lanzado a la batalla tanques diminutos, casi microscópicos, bajo la cobertura de poderosos cañones grandes como pahllos de dientes, pero igual ellos siempre nos sorprenden con algo más chico. Según nuestros cálculos, correr el frente una millonésima de milímetro ahora nos costaría la friolera de 20.000 años. Sugiero una solución política". Fue destituido en el acto por derro-

meterle a usted todas estas fresas en el culastro. Pensaba continuar tolerando insolencias, pero, no". "Aaaaay", empezó a chillar el gran examinador, desacralizador, humillador poligranznante, mientras el otro le introducía las mencionadas fresas, una por una. Olvidé aclarar que los referidos frutos eran de vidrio y grandes como manzanas. "Nada nada, todas ellas y la sandía de porcelana, además", canturreó implacable Filigranati.

To leave already your fetids stratagem, english pig.

tista, pero ya era inútil: se había dado vuelta la tortilla. Luego vino el contraataque alemán. Para desalojar a los rusos del primer milímetro los germanos comunistas tardaron treinta años. Luego avanzaron un metro en un mes y como sucesión final: un kilómetro en un día, 100 kilómetros en una hora, 1.000 kilómetros en un minuto, y los 9.700 kilómetros restantes, en un segundo —con tanques gigantes, de mil metros de alto—, con lo cual el zar Nicolás II se vio obligado a suicidarse en Vladivostok. "Oh Cecilia, Tecnocracia Alhama, mujer amada, que te perdí", parece que fueron sus últimas palabras, antes de que los alemanes lo quemaran como a un bonzo rociándolo con napalm y bombas de fragmentación. (De las declaraciones del doctor Botkin).



TALLER

El público del "Martín Fierro" (1873-78)

Lucas Rubinich

Es bien conocido que a partir de diciembre de 1872 hasta julio de 1878 el folleto *El gaucho Martín Fierro* se reedita en once oportunidades. Este número es significativo teniendo en cuenta el estrecho mercado de lectores de la época¹ y adquiere características aún más singulares si, como se sostiene en este trabajo, el público lector por excelencia, el de la ciudad de Buenos Aires, no es el grupo consumidor que produce el éxito editorial.

Este éxito resultaría de la incorporación de nuevos lectores. La indiferencia del público culto se comprueba a través de la de los librerías, y se puede suponer entonces la fundación de un nuevo mercado y hasta de canales de distribución no habituales.

El comportamiento del público lector de la ciudad de Buenos Aires ante el éxito editorial del *Martín Fierro* puede inferirse a través de: a) los avisos que las librerías publicaban en dia-

rios y periódicos² (teniendo en cuenta que estos comercios publicitan los libros que potencialmente pueden ser adquiridos por sus clientes habituales); y b) también mediante la opinión que acerca del consumo de la obra tiene un contemporáneo de los hechos estudiados (Miguel Cané).

En el relevamiento de los avisos que las librerías publicaban en los diarios fue posible obtener 238 títulos³, entre los cuales aparecen dentro de lo que podría clasificarse como poesía gauchesca, solamente las obras completas de Hilario Ascasubi editadas en París.

La mayoría de los títulos corresponden a obras similares a las que pueden verse en los siguientes avisos:

Librería Potosí 117

La canalla — novela de costumbres aristocráticas, por Antonio Altañill, 2 tomos, lindas láminas, 40 pesos.

La aurora del pueblo — por Parrero, 2 tomos con láminas, 40 pesos.

El milagro — novela histórica, fantástica, religiosa y filosófica, 2 t. con láminas iluminadas, 40 pesos⁴.

Librería Potosí 103

Una cana al aire — colección satírica de cuentos⁵

También son anunciadas una cantidad importante de obras clásicas que en algunas ocasiones no se presentaban en su idioma original.

Librería del Progreso de Pablo Ure — Calle Victoria 204 —

Libros de encuadernación lujosa para salón:

L'enfer de Dante Alighieri avec les dessins de Gustave Doré

Le purgatoire, de Dante Alighieri avec les dessins de G. Doré

Don Quichote de la Mancha, par Cervantes avec les dessins de Gustave Doré.⁶

Es posible encontrar varios títulos pertenecientes a algún famoso autor europeo publicitados simultáneamente. Tal es el caso de Víctor Hugo:

Los miserables — 5 tomos

Nuestra Señora de París — 4 tomos

Han de Islandia — 1 tomo

Memorias — 1 tomo

Bur Jargal
1 tomo

El último día de un conde-nado — 1 tomo

Librería del Plata Tacuarí Nro. 13

En lo que respecta a autores argentinos, además de las mencionadas obras de Ascasubi, se anuncian *Escuelas* de Sarmiento, *Amalia* de Mármol y *Ensayos* de Cané entre los más conocidos.

En ninguno de estos avisos colectivos de librería aparece anunciado el *Martín Fierro*, por lo que se puede suponer que existía un prejuicio por parte del librero para incluir esta obra conjuntamente con otras en los avisos, y también, que ese prejuicio era compartido por el público de adquirentes habituales de libros. En lo que hace al primer caso es previsible que no se lo incluya, por ejemplo, junto con los clásicos, ni tampoco en los que anuncian varias obras de un solo autor, pero podría haberse ubicado en avisos como el citado en primer lugar, o en aquellos donde figuraban obras de Sarmiento y Mármol compartiendo el anuncio con títulos correspondientes a los géneros más diversos. Tampoco se publican avisos individuales de la obra, como hace un grupo de librería con los *Ensayos* de Cané⁸. En cuanto a los consumidores, es posible que un lector habitual adquiriera *La Canalla*, ya que, aunque se dude de su calidad literaria, es tomado como entretenimiento y posee una buena encuadernación de edición europea, pero, es más difícil que se decida a comprar un folleto de modesta presentación, cuyo autor es un colaborador de López Jordán, que ha pasado parte del período estudiado en el exilio y cuya obra, además, está escrita en un lenguaje muy posiblemente considerado no literario.

Otro elemento factible de ser utilizado para inferir las características de los posibles consumidores, es

una carta que Miguel Cané envía a José Hernández con motivo de la aparición de *La Vuelta*. Aunque posterior a 1878 es significativa.

"Hace bien en cantar para esos desheredados" dice Cané, "el goce intelectual no sólo es una necesidad positiva de la vida para los espíritus cultivados, sino también para los hombres que están cerca del estado de naturaleza. Un gaucho debe gozar al oír recitar las tristes aventuras de Martín Fierro con igual intensidad que Ud."⁹ De estos párrafos lo que interesa destacar son dos cosas: a) Cané presupone un público consumidor; b) también presupone una forma de lectura. El público que Cané, contemporáneo del hecho, que no opina basándose en datos secundarios sino como observador de la realidad, da como supuesto lector de la obra está lejos de ser el grupo de lectores habituales, de clientes de librerías. Se refiere a sectores ubicados en estadios inferiores de la escala social; "desheredados", "Hombres que están cerca del estado de naturaleza" y llega a ser más preciso cuando, por encima de las caracterizaciones, nombra un tipo específico: "Un gaucho..." A partir de estas afirmaciones se podría suponer, como se ha hecho muchas veces, la manera particular de ese público de acercarse al texto. Esto no es necesario ya que Cané lo explica. Cuando dice: "Un gaucho debe gozar al oír recitar las tristes aventuras de Martín Fierro..." está reforzando su referencia a los estratos inferiores dando por hecho que el "lector" de la obra es el que oye recitar. Está presuponiendo el analfabetismo de los consumidores del Martín Fie-

rro. En cuanto al autor de la carta, se puede decir que lee la obra en su condición de especialista y a requerimiento de Hernández que le había enviado un ejemplar.¹⁰

El público consumidor caracterizado por Cané es un sector relacionado con tareas rurales que, aunque habite en la periferia de la ciudad, difícilmente adquiere la obra en las librerías que se encuentran ubicadas en un pequeño radio céntrico.¹¹ A partir de los datos expuestos se puede suponer el probable surgimiento de canales de distribución no habituales, teniendo en cuenta lo que significa escasa venta a través de librerías y la existencia de las reediciones, que presuponen agotada cada edición anterior.

* Este trabajo expone conclusiones de la tesis: Indiferencia del público lector de la ciudad de Buenos Aires ante el éxito editorial del Martín Fierro (1873-78) presentada en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, en 1982.

¹ Según el primer censo nacional de 1869 el porcentaje de población alfabetada de la ciudad de Buenos Aires es de 46,7 % sobre el total. La cifra real seguramente es menor, según se aclara en el censo, ya que se anota o lee o no lee por simple respuesta del individuo. De hecho la cantidad de lectores habituales será inferior al total real de la población alfabetada.

² En el período 1872-1879 aparecen en la ciudad de Buenos Aires (según catálogo Hemeroteca Biblioteca Nacional) 136 diarios y periódicos, 25 de ellos tienen una continuidad mayor a tres años y sólo 12 abarcan todo el período. De éstos, 3 pertenecen a colectividades extranjeras, por lo que se trabaja con 9, que son los más importantes de la época.

³ Los títulos se obtuvieron de los avisos en que aparecían anunciadas dos o más obras y se especificaba el nombre de la librería. Se utilizó esta metodología en tanto se entiende que

CRITICA & UTOPIA N° 8: REPENSANDO LA POLITICA

Artículos

Teoría y práctica política en situaciones de dictadura, *Francisco Delich*

Especificando la política, *Norbert Lechner*

Democracia en cuestión y redefinición de la política, *Mario R. dos Santos y Daniel R. García Delgado*

Max Weber, moral de convicción y política defensiva, *Angel Flisfisch*

Notas de investigación

Sociedad, política, sujeto: variaciones sobre un viejo tema, *Regis de Castro Andrade*

Dossier

La actualización informativa en las ciencias sociales, *Dominique Babin*

Notas críticas

"Solidarité. Analyse d'un mouvement social", de Alain Touraine y otros, *María Grossi*

"1964: A conquista do Estado", de René Armand Dreifuss, *Héctor Alimonda*

"Hacia una teoría de la transformación", de Raúl Prebisch, *José Misito*

CRITICA & UTOPIA. Latinoamericana de Ciencias Sociales se edita trimestralmente en Buenos Aires con la dirección de Francisco Delich. Suscripciones: exterior (4 números) U\$S 28. Incluye envío aéreo. En el caso de Argentina se adopta el siguiente criterio: los suscriptores recibirán cada uno de los números con la factura adjunta por el precio de tapa vigente. El franqueo aéreo será sin cargo. Callao 875, 3ro. E, Buenos Aires, 1023.

un aviso individual donde no aparece una librería determinada puede deberse al autor o quizás al editor y, en ese caso, no está presente una actitud puramente comercial. En cambio una librería ofrecerá la "mercancía" que la experiencia comercial del propietario determina potencialmente adquirible por sus clientes.

⁴ El Nacional 13-1-1875. Hemeroteca Biblioteca Nacional.

⁵ El Nacional 1-12-1875

⁶ El Nacional 16-4-1872

⁷ El Nacional 26-6-1873. Librería del Plata a fines de 1875 es adquirida por Hernández. Los avisos tomados de esta librería pertenecen en general a años anteriores. De todas maneras de 1875 a 1878 no se producen variaciones en el tipo de avisos publicados. Es posible suponer también en este caso que se anunciarían los textos factibles de ser vendidos

a los clientes habituales.

⁸ El aviso que anuncia la aparición de la primera edición del Martín Fierro (desde el 17 de enero al 17 de febrero de 1873 en El Nacional) presenta las características de un aviso de autor o editor, no se especifica el nombre de ninguna librería. En el caso del que anuncia la décima edición, aunque es publicado por la librería Martín Fierro no se toma como indicador en tanto dicha librería no publicita ningún otro texto durante el período estudiado.

⁹ El Nacional 22-3-1879.

¹⁰ Que Hernández le había enviado un ejemplar a Cané es mencionado por éste en la carta citada.

¹¹ Fue posible localizar a través de los avisos 18 librerías que están distribuidas en un radio menor a cinco cuadras alrededor del cabildo.

Una versión de la historia

Carlos Altamirano

José Pablo Feinmann, *Filosofía y nación*, Buenos Aires, Legasa, 1982.

El tema dominante de estos ensayos sobre el pensamiento argentino del siglo XIX es el carácter reflejo, dependiente, del mundo ideológico de la élite intelectual rioplatense. Lo que Feinmann escribe de Alberdi ("las etapas del pensamiento alberdiano no son sino el reflejo del desarrollo de la lógica imperial europea"), proporciona la clave de lo que, en último análisis, descubre también en los escritos y las actitudes políticas de Moreno, Sarmiento, Hernández, figuras diferentes, más o menos dramáticas, de esa conciencia alienada.

El tema no es nuevo ni exclusivamente argentino. La falta de autonomía intelectual respecto de Europa es un tema de la cultura y la política latinoamericanas desde el siglo pasado. En torno a la cuestión se articularon problemas relativos a la formación de los estados y las identificaciones nacionales de los países de la región, a la posición periférica de éstos en el orbe capitalista y a la función que habrían tenido en todo ello las ideas de sus élites. Pero fue sobre todo en nuestro siglo y a medida que se volvía más evidente que la tarea de "alcanzar" a Europa no tendría cumplimiento, cuando comenzó la revisión y el cuestionamiento de los héroes modernizadores de la tradición liberal. Los ecos de la lucha antiimperialista (no sólo de la que tenía como escenario a América Latina), con su cortejo de sugerencias analógicas y también de anacronismos,

le añadieron nuevos estímulos y focos de inspiración al espíritu revisionista. Un espíritu que se ha alimentado tanto de las experiencias de las sociedades periféricas como de las crisis de las metrópolis y de las ideologías, radicales o conservadoras, a través de las cuales los mismos europeos pensaron esas crisis. Porque, digamos de paso, en materia de recepción de sugerencias teóricas o estéticas occidentales nadie es inocente en estas tierras. ¿Y cómo podría ser de otro modo en una región donde, para bien o para mal, la cultura europea ha sido constitutiva y se emplean sus códigos incluso para la afirmación o la búsqueda de la diferencia?

El complejo de cuestiones y motivos que entretejieron el tema de la dependencia de las élites intelectuales hicieron de él todo, menos un problema políticamente indiferente. Como lo prueba este libro de Feinmann, emparentado con la tradición del revisionismo histórico nacionalista. Buena parte de sus argumentos, así como el juicio sustancialmente negativo hacia el liberalismo europeizante de los letrados argentinos del siglo pasado, hasta incluir a un prócer del revisionismo como José Hernández, provienen de esa tradición. Aunque el autor se remita a la hermenéutica para definir el tipo de exégesis que propone, la que practica es la interpretación, bastante más familiar, de los textos en clave socio-política. El espíritu de Hegel, severamente caracterizado como culminación de la Razón expansionista del capitalismo occidental, da vueltas, no obstante por estas páginas,

un Hegel que ya ha sido leído también en clave socio-política y por la izquierda, pero no la del siglo XIX, sino la de éste: Lukács, Marcuse, etc. Hegel es, por ejemplo, quien proporciona el esquema interpretativo del revolucionario abstracto en quien se alían iluminismo y terror: es el Mariano Moreno del ensayo "La razón iluminista y la Revolución de Mayo". (Este Moreno de Feinmann, un jacobino distanciado de las masas, "vanguardista" soberbio, es ostensiblemente un mensaje que tiene destinatarios contemporáneos).

De matriz hegeliana es asimismo el concepto de "superación" que Feinmann propone como tarea capital de una hermenéutica orientada a sobrepasar no sólo la visión liberal de nuestro pasado, sino también los límites de su negación puramente abstracta. El revisionismo, a pesar de sus grandes méritos en la crítica de la historia liberal, "vive la permanente condena de funcionar como alternativa del liberalismo clásico". Se trata de la "mala superación": negará todo lo afirmado por su adversario y afirmará todo lo negado, sin la posibilidad de "enriquecerse" con los "aciertos" de aquél. Ahora bien, de las tesis expuestas en el conjunto de estos ensayos es difícil extraer la posibilidad y aun la necesidad de la "buena superación", cuyo movimiento conserve elementos de lo negado. Porque aparte del talento sobresaliente pero extraviado de Alberdi y las cualidades literarias de *Facundo* y *Martín Fierro*, ¿qué aciertos conservar de una élite que, según surge del libro, al rendir tributo al paradigma de la razón y el progreso europeos, sólo concebiría para el país proyectos funcionales a los objetivos expansionistas de las metrópolis? Anunciada como programa, la dialéctica de la superación se despoja de toda necesidad en los análisis que tendrían que proporcionarle sus premisas.

En "La razón historicista y la generación romántica" aparece claramente la fragilidad de este sí es no de la superación, aunque el tema no se mencione explícitamente y se configure negativamente, como desencuentro: el diálogo que no tuvo lugar entre Rosas y Alberdi, "el más grande caudillo del siglo XIX y el más inmenso pensador de nuestra historia"¹. Veamos un poco quiénes son, según Feinmann, estos dos hombres cuyo desencuentro fue "un hecho trágico" en la historia argentina. Estamos en 1837. Por un lado tenemos a Rosas, quien no representa, como en la versión liberal

(y, tras ella, en buena parte de la marxista), el papel del atraso, el feudalismo, las relaciones precapitalistas. Por el contrario, representa al sector más pujante del capitalismo local, el de los estancieros saladeristas, y su poder sintetiza un amplio frente en el que se hallan incluidos, aparte de los primeros, los ganaderos del litoral no porteño, los jefes federales del interior mediterráneo y el apoyo de los peones, los gauchos y los negros, "cuyos favores había sabido Rosas ganarse desde siempre". El caudillo, además, sabe, con una sabiduría derivada de la experiencia, no de los libros, que una nación no se edifica contra sus tradiciones. De ahí que, en oposición a la política de los "doctores rivadavianos", se aplicara a defender, es decir a "restaurar" los hábitos de una tradición cultural que no nació en 1810, sino que era secular, haciendo de ella una "cultura de resistencia". Rosas encarna una filosofía que se halla, por decirlo así, en estado práctico y se manifiesta en su gestión del poder. En ella combina el estímulo al sector más dinámico del capitalismo y la protección de las industrias del interior, con una política "nacionalista, antieuropea, fiel a las tradiciones nacionales (hispanoamericanas)".

Del otro lado está el joven Alberdi. Es el Alberdi del *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* y del *Salón literario*, a quien el historicismo romántico parece haberlo dotado de la sensibilidad y de las categorías intelectuales para criticar los extravíos de la generación precedente, su abstracto iluminismo, así como para comprender el papel histórico de Rosas, el hombre que ha traído el orden y la paz interior tras el desorden posrevolucionario. Del historicismo que lo lleva a ver en el caudillo la "personificación de lo auténtico, lo propio, lo representativo", deriva Alberdi también su programa de nacionalización cultural que debe completar el movimiento de emancipación iniciado con la Revolución de Mayo. Con ese programa busca el diálogo con Rosas, a cuya conciencia espontánea se propone dotar de la guía intelectual encarnada en los miembros de la nueva generación, los jóvenes del *Salón Literario*. Pero llega 1838, el bloqueo de la escuadra francesa, la resistencia del caudillo a las pretensiones extranjeras, y Alberdi se marcha a Montevideo desde donde apoya la prepotencia colonialista y escribe en favor de ella, en nombre de los derechos de la humani-

dad contra los obstáculos a la expansión del comercio.

¿Qué ha ocurrido? Que el choque europeo con la política rosista ha puesto en conflicto principios constitutivos del pensamiento de Alberdi. En efecto, su historicismo, que parece haberlo abierto al problema de la nación y a la necesidad de una filosofía que exprese su individualidad histórica, tiene como premisa básica la universalidad de la civilización europea y las metas que las naciones deben realizar por caminos propios y particulares son los de esa civilización, paradigma de la humanidad. Por ello, la emancipación intelectual formulada como programa únicamente estaba dirigida contra España, mientras se asignaba a la inteligencia y a la literatura francesa un papel liberador. Así, cuando la más "universal" de las naciones europeas choca con la Confederación rosista, Alberdi se pone del lado de aquella. El círculo de la dependencia ideológica se cerró, atrapando en él al "más grande, al más honesto y desgarrado de nuestros hombres públicos". No había en la actitud de Alberdi una traición a su historicismo, porque éste sólo era el eco de historicismo europeo que, por su parte, no hacía más que racionalizar las aspiraciones expansionistas de las burguesías metropolitanas, lanzadas sobre el resto del mundo después de haber asegurado su dominio sobre el Viejo Continente, etc.

Una vez aclaradas las razones de por qué fracasó "el esbozo de unión" entre Rosas y Alberdi (se comprende fácilmente que ella hubiera sido un ejemplo retrospectivo de síntesis superadora), la incertidumbre acerca de la necesidad y la posibilidad de esa unión surge inevitablemente. Porque: o bien Rosas y su política presentaban todos los atributos expuestos más arriba y, en ese caso, ¿para qué necesitaba el caudillo la colaboración de un ideólogo que sólo podía ofrecerle su cultura europea? Rosas mismo era ya la síntesis. O bien esa cultura podía rendir sus servicios porque los dilemas y los desaffos de la modernización no podían ser encarados con el espíritu de Rosas, quien, según escribe Feinmann al final, se "atrincheró en la tradición, en la soberanía, en el desprecio a los doctores y a los gringos" y "no se puede vivir atrincherado". Pero si tiramos del hilo de este razonamiento reencontramos la figura del caudillo conservador, hostil a las innovaciones, es decir un personaje más parecido

al que elaboraron los "liberales de izquierda o derecha" que al activo promotor del capitalismo local. Con lo cual todo volvería a replantearse.

Sería imposible dar cuenta en esta reseña de todas las cuestiones que se suscitan a lo largo del libro, desde la desventaja caracterización de los ganaderos bonaerenses como capitalistas (y el autor resuelve sin ningún argumento este punto más bien arduo), a la lectura "clasista" de *Martin Fierro*, según una perspectiva que debe mucho a las tesis de Milcíades Peña.

Sólo quiero añadir una reflexión: los argentinos no necesitamos una versión simple de nuestro pasado. No importa cuál se pretenda la clave de esa simplicidad. Escribir, a propósito del pensamiento argentino del siglo XIX, que es característica del pensamiento dependiente "la de poder ser reducido a sus fuentes [europeas] como explicado y comprendido a partir de ellas", es tornarlo todo muy simple. Únicamente se ha invertido, asignándole valencia negativa, aquello que la versión liberal puso bajo el signo del progreso. A partir de allí queda muy poco para la interrogación y mucho para la búsqueda de la prueba y la ilustración de lo que se sabe de antemano: el antecedente metropolitano. Pero lo importante radica en el itinerario de esas ideas "fuera de lugar" en la sociedad criolla; en las refracciones y las amalgamas a que las sometió su uso en un mundo social que no estaba vacío culturalmente y cuyas divisiones y tendencias no siempre se dejan aprehender con las categorías elaboradas en relación con la historia del capitalismo europeo; en los compromisos con las relaciones de poder económico y políticas que contrajeron los letrados "modernizantes" cuando, después de 1852, llegó la hora de la verdad de los proyectos. Emergería de allí un proceso ideológico más complejo y ambiguo, como lo fue la formación nacional de la sociedad argentina y su desenlace en la articulación de soberanía estatal y dependencia económica. Un proceso, en fin, más instructivo también para el presente.

¹ Con el tema del diálogo, real o imaginado, buscado o rechazado, entre el letrado y el caudillo popular, desde Rosas a Perón, desde la generación del 37 a los intelectuales forjistas, e incluso más acá, se podrían escribir algunos capítulos de las vicisitudes y de las fantasías del intelectual con la política en la historia argentina. En Sarmiento hay algunas elaboraciones literarias de ese tópico recurrente.

Historia política desde las ciencias sociales

Luis Alberto Romero

Oscar Oszlak, *La formación del estado argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, 270 págs.

Construir una historia política explicativa y no meramente narrativa parece ser una de las preocupaciones actuales de nuestros estudiosos. Allí están, por ejemplo, los estudios de Tulio Halperin Donghi sobre la Argentina criolla o sobre la Organización, el de Natalio Botana sobre el orden conservador o el de David Rock sobre el radicalismo. No se trata solamente de una lectura de la política a la luz de las estructuras sociales o económicas (que suele derivar en el grosero reduccionismo de, por ejemplo, la historiografía revisionista), sino de descubrir las estructuras de la política y su relación, siempre compleja, con las restantes esferas de la realidad social. Sobre este tema se está planteando el diálogo —difícil pero no por eso infecundo— entre los historiadores, atentos al proceso, y quienes, desde el resto de las ciencias sociales, están más preocupados por la sistematización.

Con esta problemática se relaciona el libro de Oscar Oszlak. Su propósito es analizar la formación del Estado argentino, a la luz de una teoría sobre las características del Estado —a las que, con un discutible y poco eufónico neologismo, llama la "estatidad"— y su relación con la sociedad capitalista, particularmente en América Latina. Al señalar que procura "rescatar de eventos relativamente conocidos una versión analíticamente verosímil" declara su preocupación primera por el análisis conceptual, y su menor interés por la investigación de base.

Se trata, en realidad, de cuatro ensayos, alrededor de un tema que no pretende agotar. En el primero se trazan los lineamientos conceptuales sobre el Estado

en general y sobre su desarrollo en América Latina, se señalan las interrelaciones entre ese desarrollo y el de la sociedad a la que regula y de lo que recibe fuerza, y se lo define como una "arena de negociación y conflicto" de las tensiones de la sociedad. Finalmente, se plantean las dos cuestiones centrales del desarrollo inicial de los Estados latinoamericanos: la del "orden" y la del "progreso".

El segundo ensayo —el menos consistente del conjunto— estudia el proceso de la organización nacional y la constitución del Estado en Argentina. Aparecen aquí los fracasos iniciales, el desarrollo de los localismos y las guerras civiles. Se analiza con algún detalle la experiencia frustrada de la Confederación, concluyéndose que sin Buenos Aires no había Estado posible, aun cuando sus relaciones con Buenos Aires constituyeran precisamente uno de los problemas centrales del nuevo Estado.

El tercer ensayo, el más logrado de todos, trata el problema de la imposición del orden y se centra en el período 1862-1880, período en el que se explicita la relación entre el desarrollo de la sociedad y el Estado. Sobre la base de una clase dominante embrionaria —que incluye al maduro núcleo porteño, a algunas fracciones burguesas provinciales y a una élite política de burócratas y guerreros— el Estado nacional va desarrollando sus ámbitos de acción. Ejército, aparato recaudador, justicia, moneda, son esferas que crecen a costa de las atribuciones provinciales. Educación o ferrocarriles son casos en que el Estado se desarrolla sobre ámbitos tradicionalmente privados o se asocia con intereses particulares. La creación de un sistema de comunicaciones, en cambio, es un caso de expansión sobre un espacio antes vacío.

¿Cómo penetra el Estado en la sociedad? Oszlak analiza cuatro mecanismos:

el represivo, el cooptativo, el material y el ideológico (aunque éste no es desarrollado). El primero corresponde a la constitución de un nuevo Ejército, profesionalizado, que entre otras cosas se convierte en su primera base de poder propia. Al segundo corresponde todo un sistema de coparticipación en beneficios para grupos provinciales, a través de subsidios, cargos en el presupuesto nacional, etc. También, el uso de la intervención federal para favorecer a las fuerzas políticas amigas y, sobre todo, disciplinarlas. Al tercero corresponde todo lo que tiene que ver con el "progreso": el desarrollo de transportes y comunicaciones, la política de inmigración y colonización, de efectos múltiples tanto en la articulación de intereses como en la creación de nuevos actores sociales. Queda claro aquí de qué modo el Estado, al solucionar los problemas del orden y el progreso, crea y expande a esa sociedad de la que saca sus fuerzas.

El último ensayo —el más sugerente, aunque inacabado en su desarrollo— ataca este problema desde otra perspectiva. Si el Estado tuvo un papel decisivo en la generación del progreso y, consecuentemente, en la constitución y expansión de la clase dominante: ¿por cuenta de quién corrió su costo? Oszlak juega con dos explicaciones, cuya articulación sin embargo no termina de mostrarse cabalmente, afectando la unidad conceptual del texto. En primer lugar, la utilización del financiamiento externo: el eudeudamiento suponía que, al expandirse las actividades, aumentaba la capacidad de la sociedad para suministrar fondos al Estado. Era una apuesta sobre el futuro, una "condensación del tiempo histórico". En segundo lugar, el sistema tributario. Allí se cuidó de afectar a los sectores productivos; se estimuló al máximo su acumulación mientras el Estado se nutría sobre todo de los impuestos indirectos, y particularmente de impuestos sobre la importación. El progreso de los sectores altos fue en lo esencial pagado por los sectores amplios que el mismo crecimiento contribuía a expandir. Esta concepción, de algún modo comprensible en las etapas iniciales, cuando las bases de los sectores dominantes eran aún endeble, habría de mantenerse luego sin cambios, aun bajo el radicalismo.

Este razonamiento se apoya en algunos datos muy originales, como los de

ingresos y gastos del Estado. Temas como el costo de la represión, muy alto hasta 1880, resultan iluminados por estas cifras. Hay también ideas y planteos verdaderamente interesantes, en los que Oszlak clude —casi siempre— las tentaciones de las versiones ideológicas, tanto la liberal como la revisionista. Así ocurre, por ejemplo, cuando destaca el papel del eudeudamiento como apuesta para el futuro. El tema de la imposición del orden está planteado de manera muy sugerente: hay excluidos *a priori* de él, y de la ciudadanía, como los indios y los gauchos. Hay, sobre todo, medios muy variados de penetración, que recorren el arco de la fuerza pura a la persuasión pura, pasando por la asociación de intereses. Es una pena que Oszlak no haya podido tratar el problema de la ideología, que incluye desde la construcción —o el invento— de un pasado hasta la elaboración de un discurso vinculado con el progreso y que, en el caso de la tierra o la colonización, poco tuvo que ver con la práctica efectiva.

Sobre todo, es muy sugerente el planteo de la generación de la clase dominante desde el Estado: he allí todo el sistema de garantías a las inversiones, o el suministro a bajo costo de tierras, mano de obra o transportes. He allí a todo un segmento de intermediarios o concesionarios —lo que Milcfades Peña, en una de sus notables intuiciones, llamó la suboligarquía gestora— que se expande gracias al Estado. He allí al Estado generando desde la obra pública un amplio estrato de trabajadores asalariados. Todo ello conforma una imagen muy poco convencional (y nada "liberal") de un estado atento y activo. Sobre todo, Oszlak destaca uno de los rasgos característicos de nuestra clase dominante: que nació adosada al Estado.

El tema de Oszlak es sin duda amplio y, como él señala, nuestra historiografía sólo suministra una base empírica endeble. Por otra parte, salvando ciertas partes como el análisis de los presupuestos, el libro no tiene una amplia investigación de base, de modo que el resultado es una hipótesis explicativa, una suerte de mapa muy orgánico de los problemas, que sin embargo debe ser completado. Tal, por ejemplo, la sugestiva pero poco desarrollada idea de los costos del progreso.

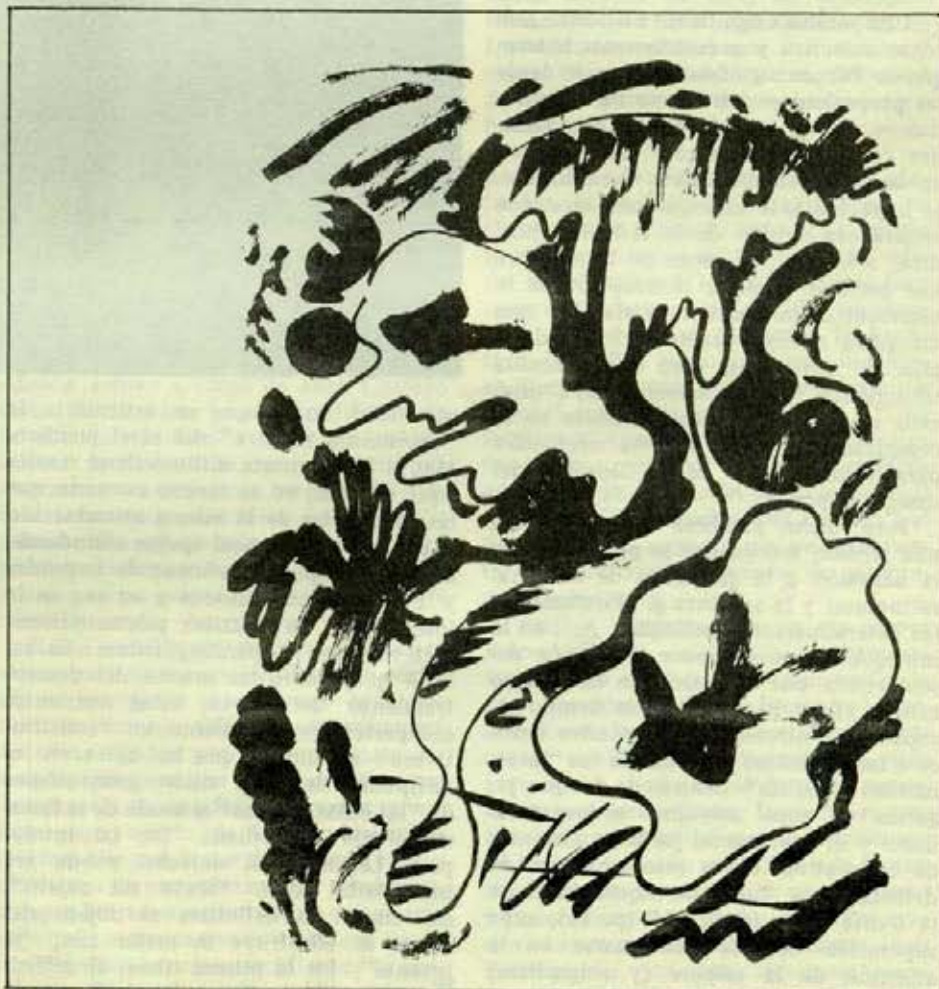
Podría agregarse que esta falta de investigación de base afecta, inclusive, a algunas áreas de la interpretación. El

capítulo dedicado a historiar las luchas que llevan a la formación del Estado está muy apegado a la versión tradicional, y se utilizan allí categorías —como la de unitarismo-proyecto liberal-mercado interno— explícitamente descartadas en otras partes del libro.

Sobre todo, el texto se resiente por la falta de un análisis pormenorizado de la política, pura y simple, que matice algunas explicaciones simplificadas, como la que relaciona demasiado directamente a las guerras civiles con los conflictos interregionales, descartando la hipótesis de una generación más espontánea a partir de la propia inestabilidad de cada una de las situaciones políticas locales.

Esa misma falta de especificidad en el análisis de la política conduce a Oszlak a un peligro que él mismo denuncia: el hacer la historia de lo que fue, descartando que pudo no haber sido, o haber

sido de otro modo. Presente en muchas partes del libro, este problema se hace más evidente en el caso del surgimiento del Estado nacional en el seno, protector y castrador a la vez, de Buenos Aires. Pese a que luego se le inventó un origen glorioso, en sus comienzos el Estado nacional fue insignificante y nadie en su época (y no tenemos porqué dudar de la lucidez de algunos contemporáneos) apostaba por su futuro. ¿Cómo creció? ¿Era inevitable? ¿Qué sucesión de coyunturas —mencionemos la Guerra del Paraguay o la muerte de Urquiza— tuvieron que encadenarse de un cierto modo para que así ocurriera? Sólo un análisis pormenorizado de la política puede revelarlo. Tal el recorrido que, a partir del claro esquema de Oszlak, deberán recorrer, probablemente, los historiadores. Impulsarlos a hacerlo, con el camino facilitado, será probablemente el mayor de los muchos méritos de este libro.



¿Adiós a la última instancia?

Oscar Terán

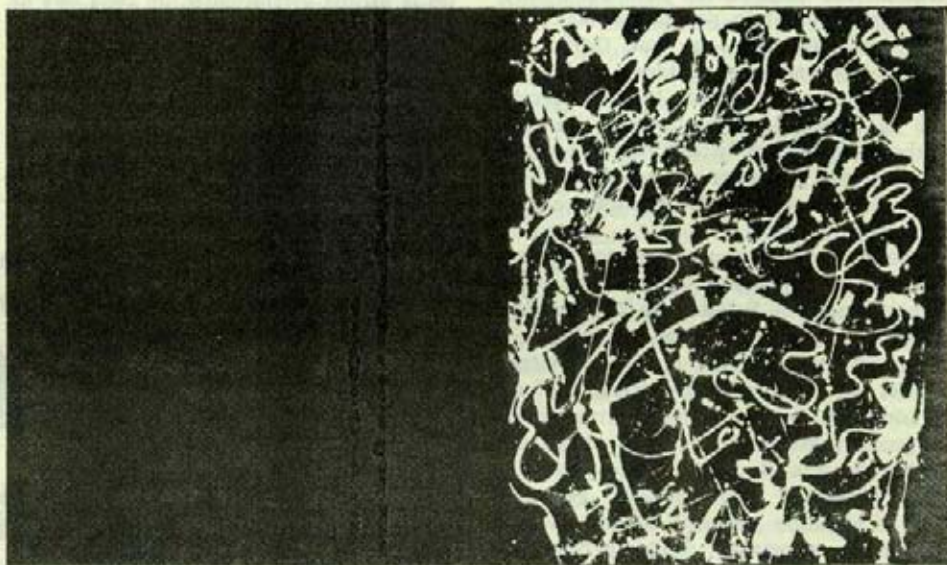
Pierre Legendre, Ricardo Entelman, Enrique Kozicki, Tomás Abraham, Enrique Marí, Etienne Le Roy y Hugo Vezzetti, *El discurso jurídico*, Buenos Aires, Hachette, 1982.

Una parábola significativa describe este texto colectivo y necesariamente heterogéneo. Porque significativo es que desde las proposiciones introductorias —instaladas en buena medida en las estribaciones del althusserianismo— hasta las que apelan a las temáticas de la diseminación, se logre bastante más que una incursión renovadora dentro de la reflexión jurídica: más bien, un arco de la escritura que permite observar la irrupción de lineamientos postestructuralistas en una disciplina no excesivamente inclinada al afán de novedades, pero donde resulta sintomático que el derecho haya ofrecido uno de los puntos sensibles en la organización de los saberes nacionales para la penetración de las filosofías del deseo y el poder.

Pero dicha parábola define además una tensión teórica que se polariza entre la adhesión a la gramática de lo infraestructural y la apertura al pluralismo de las determinaciones múltiples. Así, en la introducción se reconoce la función desempeñada por el marxismo en cuanto crítico eficaz pero al mismo tiempo incapaz para ofrecer una alternativa teórica a las corrientes jurídicas de esa "racionalidad idealista" dentro de la que jugarían un papel relevante el jusnaturalismo y el positivismo jurídico. Carencia de alternativas cuyas raíces habrían de detectarse en "un uso esquemático de la teoría de la ideología" (p. 11), cuya superación debería consumarse en la asunción de la célebre (y enigmática) "última instancia" como dadora de una

movilidad en la que se articularía la "autonomía relativa" del nivel jurídico. Mas si la impronta althusseriana resulta aquí expresa, no es menos evidente que las propuestas de la misma introducción y del libro en general apelan abundantemente a diagramas teóricos de Legendre y Foucault, constituidos a su vez en la intersección de matrices psicoanalíticas, nietzscheanas y paralingüísticas. Es sabido que, sobre las marcas del descentramiento del sujeto, estas corrientes comparten genéricamente un "constitativismo anónimo" que las ubica en las antípodas de toda visión gnoseológica de "las cosas mismas" al modo de la fenomenología husserliana. De tal modo, para Legendre el derecho puede ser presentado como "texto sin sujeto", así como en definitiva el objeto del deseo se construye o, mejor aún, "se inventa". En la misma línea, el artículo sobre "Moi, Pierre Rivière", puede

anteponer al paradigmático de Kuhn la "hipótesis Foucault", según la cual "la visión es una acción que lleva una carga de dominación y [...] todo acto cognitivo está moldeado por un acto de poder" (p. 63). Eludiendo así simultáneamente la metafísica de la presencia, pero también una eventual fundación axiomática de la verdad o el criterio verificacionista de la *adequatio* entre proposiciones y hechos atómicos, este constitutivismo sin sujeto supone en definitiva —simplificando en extremo— el filtraje de todo objeto social por los desfiladeros del discurso y del poder. Desde esta pers-



pectiva, el derecho se erige en un caso límite, ya que puede corroborarse que en el discurso jurídico se trata de "una verdad producto de una lucha en el seno de una relación conocimiento-poder" (p. 76). Y si bien es cierto que *historiográficamente* esos saberes lucen dotados de principios de control derivados de la "racionalidad" de un estadio social determinado, no lo es menos que dicha "verdad" tiende a validarse *de hecho* y, como tal, a aproximarse inexorablemente a esa "necesidad irracional" de que hablaba Nietzsche en su concepción guerrera del saber.

Mas si "el deseo y el poder aparecen como dos momentos claves de la interdicción impuesta al discurso, interdicción de profundas consecuencias en la representación que el discurso puede producir en la institución social" (p. 89), y si la matriz metodológica imperante en torno de la criminalidad en la Argentina finise-

cular "resultó una raíz fundamental, un modo productivo más que un simple reflejo de la estructura del poder" (p. 256), parecería evidente que ahora la "última instancia" nos hace señas desde un espacio teórico tan tranquilizador como inoperante. Y sin embargo, las referencias al poder no se diluyen exclusivamente en los micropoderes que el legado foucaultiano privilegia, sino que aluden a una centralidad que tal vez determine por contrapartida las remisiones a Pierre Clastres en la escritura gozosa de "La ley mayor" (pp. 111-143). Dado que reconocer que en Buenos Aires resultó escasa "la eficacia práctica de 'psiquiatrizar' la marginalidad y el delito" (p. 256) puede ser una verificación que alerte contra una utilización pasiva de *Vigilar y castigar*, así como un recordatorio de que si uno de los méritos de este último reside en haber rescatado esas zonas oscuras de la historicidad en donde también se produce sociedad, dicha teorización ha estado permanentemente ligada a una insoslayable confrontación con estudios históricos empíricos. La centralidad del poder en la fabricación de la nación argentina obligaría así a la consideración de elementos tales como la diagramación "desde arriba" de la sociedad civil, pero asimismo a la articulación entre economía y cultura producida hacia fines del siglo pasado y el tipo de Estado específicamente configurado. Un listado sin duda obvio, pero en cuyo tratamiento es ineludible el encuentro con una serie de categorías acuñadas, entre otros, bajo el porfiado universo discursivo del marxismo.

Por todo ello, si una analítica anti o premarxista comunica con la ingenuidad o la mala fe, y si la renuencia hacia la "última instancia" que practican de hecho muchos de los textos contenidos en el libro que comentamos denunciara una justa insatisfacción respecto de esa metafísica de lo infraestructural que acecha al marxismo como el felino a su presa, ¿no habrá llegado también para el pensamiento argentino de izquierda la oportunidad de reclamar el derecho al postmarxismo? Esa lectura sin monismos reduccionistas es lo que quisiéramos rescatar de *El discurso jurídico*, además de que en sus intersticios pueda visualizarse esa voluntad de querer que sigue conectando a algunas capas de la intelectualidad argentina con los problemas vitales de una cultura nacional.

Suma crítica sobre novela latinoamericana

Susana Zanetti

Angel Rama, *La novela latinoamericana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

El Instituto Colombiano de Cultura inició el año pasado su colección Temas Latinoamericanos con *La novela latinoamericana: 1920-1980* de Angel Rama. En sus 520 páginas reúne más de una decena de textos sobre la novela publicados a lo largo de casi veinte años (1964-1981) en diversas revistas especializadas o como introducción a otras obras¹. Son todos textos capitales para la comprensión de la literatura y la cultura latinoamericanas, coherentes en su proyecto, en sus planteos y perspectivas, a pesar de los años de escritura que los separan. La edición estuvo a cargo de Juan Gustavo Cobo Borda, hasta hace poco director de la excelente colección de temas colombianos de Colcultura, quien contribuye ahora nuevamente en la empresa de quebrar la precaria comunicación y circulación de libros y revistas de América Latina en América Latina, con las consabidas consecuencias para el conocimiento y la reflexión sobre las propias cuestiones.

Rama señala dos puntos de partida claros para su indagación. Por una parte, afirma compartir el concepto de literatura de Antonio Cándido ("Un sistema de obras ligadas por denominadores comunes, que permiten reconocer las notas dominantes de una fase. Estos denominadores son, aparte de las características internas (lengua, temas, imágenes), ciertos elementos de naturaleza social y psíquica, aunque literarios organizados, que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización. Entre ellos distingúense: la exis-

tencia de un conjunto de productores literarios, más o menos conscientes de su papel; un conjunto de receptores, formando los diferentes tipos de público, sin los cuales la obra no vive, un mecanismo transmisor (de modo general un lenguaje traducido en estilos) que liga a unos y otros. El conjunto de los tres elementos da lugar a un tipo de comunicación interhumana, la literatura, que aparece, bajo este ángulo, como un sistema simbólico por medio del cual las veleidades más profundas del individuo se transforman en elementos de contacto entre los hombres y de interpretación de las diferentes esferas de la realidad") y por otra es bien consciente de que "si la crítica no construye las obras, sí construye la literatura, entendida como un *corpus* orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente...". La Biblioteca Ayacucho, de la cual Rama es fundador y director literario —ejemplo además de su definición como intelectual opuesto a "los pensadores de lámpara", al decir de Martí— constituye, evidentemente, una concreción material de esa función de la crítica.

Para la conformación de ese *corpus* Rama articula, sistematiza y jerarquiza las distintas cuestiones que han confluído en la consideración de la literatura latinoamericana. Insiste en la revisión de conceptos conflictivos, testimonios de crisis y tensiones, tanto como de malos entendidos y esquematismos. Devuelve su sentido primero a la definición de realismo, matiza la oposición entre éste y lo fantástico, entre las propuestas de universalismo y regionalismo, etc. Estos conceptos, que constituyen parámetros importantes de su investigación, los hace funcionar siempre sistemática y diacrónicamente desde

perspectivas de conjunto insertas en situaciones propias de desarrollo económico, social y cultural que definen una suerte de mapa que despliega, a la vez, un diseño espacio temporal horizontal (las distintas áreas geográficas y culturales, los desarrollos desiguales, las tensiones entre centros de alta tecnificación y sociedades arcaicas, etc.) y un diseño vertical, que tiene en cuenta las estratificaciones socioculturales de cada área. Son justamente la amplitud de las cuestiones puestas en juego y su consideración dentro del peculiar proceso latinoamericano lo que constituye quizás el aporte más importante de Rama. Las consecuencias de este tipo de reflexión son de envergadura. Señalaré, como ejemplo, la posibilidad de entender la literatura y la cultura latinoamericana como una pluralidad en la que se comunican e interinfluyen específicas áreas culturales como la caribe, la rioplatense, o la correspondiente a la antigua implantación del incario, así como la consideración de la literatura latinoamericana como *corpus* indispensable para la concreción de las diferentes literaturas nacionales (de las cuales, salvo en Brasil, y en parte en México y Argentina "no se registra la existencia de una literatura nacional nítida diferenciable...") para la que ella haría las veces de tradición nacional. Respecto de la significación, para cualquier análisis que se pretenda concreto, del diseño vertical arriba aludido, basta pensar la peculiar composición del público lector americano, la incidencia del analfabetismo, del bilingüismo, etc., en la constitución no sólo de una lengua literaria sino también de un imaginario propio.

Es claro también para Rama que América Latina pertenece de modo insoslayable al "fenómeno civilizador occidental" y que son en buena medida los conflictos frente a la situación de dependencia y de marginalidad los que generan una continua redefinición de líneas y actitudes. El peso de los modelos europeos, el carácter universal que se atribuye su cultura, el sentimiento de atraso y de provincialismo que empuja a la adopción de nuevas técnicas, peculiariza un proceso que Rama considera dentro de esos rasgos naturales, étnicos, tradicionales, nacionales, etc., que caracterizan la cultura y la sociedad americana. Es desde ellos, desde su complejidad y riqueza, que debe cobrar sentido el peso de los imperios europeos y una empresa modernizante que comienza con los escritores

del barroco colonial y culmina en Borges, pasando por Rubén Darío. Esta tendencia, tan legítima como otras para Rama, opera acorde con el desarrollo general y desigual latinoamericano, atenta al crecimiento industrial y urbano que explica, por ejemplo, el papel rector que compete a Buenos Aires en diferentes momentos (desde el lanzamiento del Darío de *Prosas profanas*, al proyecto difusor de las novedades extranjeras cumplido por *Sur* y varias editoriales argentinas).

Aunque considera que el ensayo y la poesía son los géneros que han dado las más altas expresiones literarias de América Latina (especialmente si se atiende al pasado, con un siglo XIX que no alcanza a crear una narrativa como sistema significativo autónomo, con excepción de Brasil) y que la poesía es la responsable por excelencia de la constitución de las vanguardias orgánicas de nuestra narrativa, Rama se ha concentrado en el estudio de la novela.

Especialmente en el extenso trabajo que sirve de prólogo a la antología italiana de narradores latinoamericanos, Rama articula un sistema de rupturas y reestructuraciones en el que juega un papel medular una línea realista, regionalista, y la constitución de un fantástico y de un maravilloso latinoamericano a través de distintos momentos claves. Parte de la segunda década del siglo, en la cual se constituye la novela latinoamericana desde la propuesta realista regionalista (i. e. *Los de abajo*, de Azuela), estudia luego el peso de la vanguardia poética que tiene como modelos a Huidobro, Vallejo, Mario de Andrade —y también como figuras representativas de las diferentes perspectivas— que encarnan en Arlt y en *Macunaima*. Revisa cómo se va conformando un imaginario social y una lengua en el período comprendido entre 1940 y 1959, a través de un aumento del número de obras producidas, en el considerable crecimiento del público lector y de "narradores más fieles a las culturas peculiares que han ido desarrollando sus áreas", hasta llegar al presente, después de dar cuenta del denominado *boom* en otro artículo excelente. De toda esta revisión —fundamental, insisto, para todo interesado en cuestiones americanas— pareciera que su aporte más interesante reside en el vínculo que establece entre la narrativa y las culturas de sus áreas de pertenencia, especialmente de los conflictos entre los procesos de aculturación de áreas rurales y tradicionales frente a los

procesos de modernización. Rama estructura, a partir de aquí, un sistema narrativo latinoamericano autónomo (autónimo también en cuanto a la mirada del crítico, no atendido a planteos y esquemas pensados para otras sociedades), en el cual las novelas cobran peso en tanto sistemas capaces de realizar significativamente modos de imaginar, de pensar, tanto como de abreviar en los comportamientos lingüísticos de los diferentes grupos humanos americanos. Es a partir de aquí que adquieren dimensión correcta y propia algunos novelistas valorados mal o poco valorados a veces por la crítica, como es el caso de José María Arguedas. Rama los llama los "aculturadores narrativos" e incluye entre ellos a Juan Rulfo, Guimarães Rosa, García Márquez y Augusto Roa Bastos, como los ejemplos más altos de una creación capaz de cumplir una función de rescate, de afirmación de permanencia de una buena parte de la cultura latinoamericana que puede ahogarse, que puede perderse definitivamente como consecuencia de los diferentes procesos de aculturación a que está sometida. Rulfo, Guimarães, Arguedas y otros, les devuelven la voz a modos de pensar, de crecer, de imaginar americanos, al tiempo que constituyen una lengua literaria que se ha hecho cargo de las modulaciones de la oralidad, de las coloraciones de lo dialectal, así como de las inflexiones del plurilingüismo.

¹ Incluye los siguientes trabajos: "La formación de la novela latinoamericana" (*Sin Nombre*, a. IV, n. 3, San Juan de Puerto Rico, en-marzo 1974); "La generación del medio siglo" (*Marcha*, 9 de agosto de 1964); "Diez problemas para el novelista latinoamericano" (*Casa de las Américas*, n. 26, Cuba, oct.-nov. 1964); "Medio siglo de narrativa latinoamericana", prólogo a *Latinoamericana: 75 narratori*, Vallecchi ed., 1973; "Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana" (*Revista de Literatura Iberoamericana*, n. 5, abril 1974, Maracaibo); "El boom en perspectiva" (*Escritura*, n. 7, 1980, Caracas); "La tecnificación narrativa"; *Los dictadores latinoamericanos*, varios artículos reunidos antes por F.C.E. ("Los dictadores latinoamericanos en la novela", "El dictador letrado de la revolución latinoamericana", "El culto racionalista en el desenredo tropical", "El patriarca solo dentro de un poema cíclico", sobre las novelas con este tema de Roa Bastos, Carpentier y García Márquez respectivamente); "Los contestatarios del poder", introducción a *Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha*, México, Marcha, 1981, comentado en el n. 14 de *Punto de Vista*; y "El estremecimiento nuevo en la narrativa uruguaya".

Literatura de la infancia y los márgenes

Carlos D. Martínez

Carlos Hugo Aparicio, *Sombra del fondo*, Buenos Aires, Legasa Literaria, 1982, 166 pp.

"El gran arte existe sólo cuando se lo reconoce en Buenos Aires", dice Adolfo Prieto en su ensayo *La literatura regional*¹. La publicación de *Sombra del fondo* pareciera confirmar como última instancia ese reconocimiento capitalino de la obra narrativa de Aparicio, que se inicia —como lo ha señalado Jorge Lafforgue, su compilador— con la publicación de sus cuentos y algún reportaje en *La Opinión* y *Clarín*. A la luz de esta consagración desde el primer escenario nacional, pueden iluminarse aquellos hitos provincianos de su trayectoria como escritor², y es entonces cuando su nombre comienza a tener una importancia más general en ese espacio que se suele denominar literatura del interior. Desde esta perspectiva puede explicarse también su presencia en la *Encuesta a la literatura argentina* editada por el CEAL.

Sombra del fondo reúne diecisiete relatos que en su mayoría pertenecen a las dos ediciones de su libro *Los bultos*. Y desde el primero al último texto se mantiene la fidelidad a un ámbito muy reducido y al despliegue de una poética cercana a las convenciones del realismo tradicional. El ámbito es el de la marginalidad provinciana, precisamente el de las orillas o los suburbios de una ciudad del interior que puede ser Salta, donde el autor vive desde los doce años.

En ese espacio suburbano, próximo a la indigencia de cualquiera de las villas miserias que se conforman en las cercanías de las grandes ciudades, Aparicio erige anécdotas que tematizan en torno a lo que podría llamarse la cotidianeidad de la pobreza. Sus personajes son por lo general changarines, lustrabotas, desocupados, vendedores ambulantes o mendicantes. El hambre, la falta de dinero y

de una vivienda digna son las causas del drama y la alienación cotidiana en la vida de esos seres. Un mundo cerrado del cual es difícil escapar; sólo algunos pocos excepcionalmente pueden emerger de ese contexto, aunque sin perder sus raíces, como sucede con el cuñado rico de "La cábala". La otra vía es la ilusión, el aferrarse a una fantasía tal como se da en el cuento "El último modelo". Salvo en "Los bultos" —quizá el mejor relato del volumen— el ámbito regional, es decir, el paisaje del noroeste, está presente y de una manera sobria, sin pintoresquismo, en precisa articulación con el desarrollo de las acciones. En los otros cuentos es apenas sugerido por ciertos indicios. Las anécdotas son muy simples, por lo general se refieren desde la perspectiva de un narrador protagonista o testigo ("Los

bultos", "Las sombras", "La pila de ladrillos", "Los inocentes" y otros). El trazado de las acciones es lineal y se emparenta con la estructura tradicional del cuento oral. Por otra parte, los diálogos son escasos y están incorporados a la narración de una forma original: se entretajan con el discurso del narrador a través de espacios en blanco y pausas cercanas a los procedimientos poéticos, que sustituyen el empleo de signos convencionales como el entrecomillado o el guión. Tanto el discurso del narrador —cuyo punto de vista muchas veces es el de un niño— como el de las expresiones directas de los personajes no son neutros, sino que reproducen los giros y modismos del habla regional y social. En este trabajo con el lenguaje referencial, Aparicio alcanza tal vez —dentro de su proyecto literario— sus mayores méritos.

Ahora, dentro de las coordenadas de la literatura del interior, su obra nada tiene que ver con esa retórica que hace del paisaje local o de la exaltación de los valores de la zona, la razón fundamental de su estética, y la plantea como un desafío en el terreno cultural "de una región menos favorecida en la distribución del poder y la riqueza frente a la región más favorecida".³ Los relatos de *Sombra...* se inscriben dentro de una literatura testimonial del marginamiento social de carácter más amplio, y que supera claramente las fronteras de lo regional. Pero en



esa línea sus procedimientos son escasos y reiterativos. Aparicio pareciera agotarse en esta muestra en cuentos como "Los bultos", "El último modelo", "Las sobras", "La cábala" y "Puerta con traca". Los otros son variaciones de temas semejantes y algunos como "Al día" o "Agua de zanja" apenas alcanzan el valor de una breve crónica o cuadro descriptivo. En esos textos más logrados del libro despliega cierto patetismo y paradójicos finales, que permiten entrever sus potenciales cualidades narrativas. Sí, en cambio, puede advertirse su condición de escritor de una zona postergada del país en tanto asoma de una manera sutil en su mundo narrativo la contradicción Interior/Buenos Aires. Una de las salidas del marginamiento y la pobreza decíamos que podía darse a través de la ilusión o la fantasía; la otra es la emigración a la ciudad y, particularmente, a Buenos Aires. En ese contexto la gran capital es siempre lo otro, lo inalcanzable y absoluto, la posibilidad remota de transformarse en la contracara de la pobreza y el fracaso, como sucede con el cuñado que se enriquece en *La cábala* y que regresa a su provincia; pero a quien, justamente por su condición de triunfador, se le desea la muerte. Está presente también, como una lejana posibilidad, en "El último modelo" ("podemos ir cuando quiéramos a Jujuy, a Tucumán y hasta a Buenos Aires si se nos ocurre").

Por otra parte, la narrativa de Aparicio tiene escasos puntos de contacto con la de escritores vinculados al interior del país como Héctor Tizón, Daniel Moyano o Juan José Hernández, cuyas poéticas distintas entre sí, son más ricas en recursos y búsquedas. Tizón apela a lo mitológico o resalta aspectos épicos del noroeste; Moyano supera las claves del realismo y ensaya efectos cercanos al realismo mágico; Hernández se caracteriza por explorar algunos conflictos represivos de la moral provinciana. Imposible pensar también una relación con Antonio Di Benedetto o con algunos escritores del interior que han emigrado a Buenos Aires. Para Aparicio, según su propio testimonio, su narrativa se reduce a pocos temas: "las reminiscencias de mi infancia y las vicisitudes del hombre de la orilla"⁴. El reconoce como maestro de su formación literaria a Manuel J. Castilla y a otros poetas salteños. Claro está que sus relatos parecieran relacionarse más, y de una manera ciertamente remozada, con las huellas de la narrativa social de Boedo. Y

en el campo de la literatura actual es posible reconocer ciertas afinidades con esas vetas de literatura testimonial que, en el ámbito capitalino, producen Jorge Asís y Enrique Medina.

¹ Capítulo de su libro *Literatura y subdesarrollo*, Rosario, Editorial Biblioteca, 1968.

² Aparicio publicó en Salta tres libros de poemas: *Pedro Orilla* (1965), *El grillo ciudadano* (1968) y *Andamios* (1980). En 1974

editó un volumen de cuentos, *Los bultos*, y recibió con él el Primer Premio Regional de Literatura de la Secretaría de Cultura de la Nación. La editorial Castañeda publica en 1978 una reedición ampliada de este libro. Tiene, además, desde la década del 70, una novela inédita titulada *Trenes del Sur*.

³ Cfr. Adolfo Prieto, *Literatura y subdesarrollo*.

⁴ *Encuesta a la literatura argentina*. Capítulo Historia de la literatura argentina. CEAL.

Reflexionar y narrar

Nora Catelli

Carlos D. Martínez, *Hay cenizas en el viento*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, 172 págs.

El título de esta novela de Carlos Dámaso Martínez es la cita de una línea del *Poema conjetural* de Borges. Los dos epígrafes de la primera parte son de Sarmiento y de Daniel Moyano; los dos tienen que ver con el espacio, con el horizonte. En la segunda parte, un verso de Stephen Spender refuerza la idea que queda después de la primera lectura: ninguna sombra, efectivamente, ha quedado fuera. Además, los títulos de los capítulos de la primera parte forman un círculo mientras los de la segunda —citas casi siempre— parecen avanzar hacia un final. El crítico no necesita ser demasiado sagaz para poner a funcionar la máquina sospechante y enumerar genealogías y filiaciones, acorrarlar la literalidad e invocar la carga semántica que este pequeño sistema inicial ha puesto en evidencia. Puedo adivinar mi propia voz engolándose para describir la "poética" de *Hay cenizas en el viento* y para avanzar lo obvio: esta novela es una conjetura más acerca del destino sudamericano.

Pero es necesario imponerle ciertas señas de identidad y admitir también que el recorrido de un texto es algo mucho más impreciso y que debe estar

desprovisto de rigores en principio inútiles. Esa imposición es una ortopedia como cualquier otra y, como toda ortopedia, un arte de la amputación. Un anciano político radical a punto de convertirse en cadáver o en mendigo; su sobrino, ex profesor de matemáticas y actual empresario de pompas fúnebres; su socio, un historiador aficionado a anécdotas de degüello y colonia —todos ellos a punto de desaparecer, de huir o de morir; todos buscando a alguien o escapando de alguien— vagan por una Córdoba espectral de túneles, morgues, depósitos de ataúdes, hospitales y camas de agonizantes. La ciudad huele mal según sopla el viento: ese olor me recordó el México D.F. que describe José Emilio Pacheco en *Morirás lejos* y en *Las batallas del desierto*, un México roído por humos, sequedad, vientos ásperos y basuras. ¿Es el de Martínez el mismo impulso, el de la maldición bíblica, la necesidad de dotar de una existencia corpórea aunque deletérea a la gran culpa universal? Y surgen las equivalencias de otros olores de menos prestigio literario pero de gran efectividad: los de los seres de Lovecraft, los de los zombies de las películas de serie B, los olores de los campos de concentración, los del matadero. Si ciertos símbolos —en el caso de que sean símbolos— me recordaron a Pacheco, el movimiento pendular de acentuación, ya la narración, ya

de lo narrado, ese interrogarse aparentemente en primer lugar por el acto narrativo y en segundo lugar por la etiología de la muerte me evocó a Onetti: la pesadez oscura, esperpéntica, impassible, la misma sensación de estar entre muertos vivientes. Y digo "aparentemente" porque no estoy demasiado segura de que la ambigüedad de la historia y la de la novela se correspondan: es como si a lo que inequívocamente sucedió ("sucedió de verdad") se le hubiera sobreimpuesto una voz ensayística: esa es la voz que se apoya en Borges y en Sarmiento, en Spender y en Moyano. La otra voz del relato —ninguna de las dos está separada en el texto y éste es quizás uno de sus logros más claros— le opone una anécdota terrorífica: hay perseguidos que serán cazados, hay desaparecidos que han sido antes secuestrados—. Pero se debe filiar este horror, es necesario inventarle padres, antecedentes, predecesores. En este sentido, *Hay cenizas en el viento* guarda un equilibrio excelente sin inclinarse nunca a favor de la anécdota pero sin tampoco abandonarla a su propia suerte. Los hilos que quedan sueltos son los de la realidad, no los del argumento.

Es también una novela cargada, excesiva, parabólica. Su exceso no es gratuito y negro porque sí: proviene más bien de una interpretación histórica de esa culpa universal, que al principio llamé onetiana, pero que desde este punto de vista tiene otro antecedente. Creo que aquí hay que detenerse y nombrar a "nuestro escritor kischt por excelencia" (Ludmer), a Sábato. Sin entrar en la cuestión de su papel real dentro de la narrativa argentina, es indudable que él introdujo ciertas ordenaciones temáticas, algunas formas de enfocar la continuidad y la discontinuidad argentinas, una manera "novelística" de reflexionar, siendo que la reflexión por sí misma no está siempre implícita en el ejercicio de la ficción. Martínez, por su parte, se hace cargo de Borges; pero situar a esta novela impone, como decía, otras señas de identidad. Después de todo, se trata de una cuestión de elaboración del material, de ordenación de los contenidos.

¿Cuál es el sentido de esta parábola, quién la ordena? En la segunda parte (*Epitafio*), un meteorólogo que viene de lejos, como un agrimensor a un castillo, será el encargado de escuchar una versión de la fuga/ desaparición de su hermano, el profesor empresario de pompas fúnebres. Asistirá a la muerte /

asesinato del socio de su hermano y recogerá los despojos, el botín, el premio o la salvación en forma de una muchacha felliniana y silenciosa. Así, el argumento da el sentido de esta novela, le confiere un fin, una coherencia que la caótica primera parte demora con habilidad por los subsuelos de la ciudad. El recorrido de la ciudad contiene algunos de los momentos más brillantes de la narración: el asado de la funeraria, la incursión de Ríos por la morgue, la descripción de los cadáveres con la sobria y tensa seriedad de una escritura que no cede nunca a la facilidad.

El destino del viejo radical es más tóxico y no tiene una fuerza semejante. De la misma manera, los esbozos entre expresionistas y narrativos de *Caminantes* tienen para mí una tal vez demasiado obvia función "literaria": despersonalizar y desrealizar lo político, lo abiertamente político. No creo que tal despersonalización tenga una misión tan elevada dentro de la novela ni que la distancia del narrador dé por sí misma una visión fría o inteligente de un hecho. Pero es tan sólo una duda: pienso que una reseña no puede en principio dar cuenta de la economía de una novela con total precisión.

Martínez está, además, en medio de

dos corrientes. A eso apuntaba más arriba cuando decía que hay dos voces imbricadas en el texto: una corriente reflexiva, meditativa, ensayística y otra capaz de desgranar una historia desde el principio al fin. Su gran mérito es la mesura, el ponderado juego entre las dos, el no dejarse tentar más que por la frontera sin internarse en ninguno de los dos territorios. Sin embargo, no debería someterse a la fascinación de la tradición del degüello, El Supremo y el destino prefijado de la primera fundación argentina: tal vez la verdadera tragedia empezó con la segunda.

¿Es obsesiva la novela argentina de los últimos años en su tratamiento del desastre nacional? No puede más que serlo: recuerdo el asombro que me produjo *La octava maravilla* de Vlady Kociancich, una novela contemporánea con un protagonista *periodista* donde no había la menor alusión a lo contemporáneo. El resultado de esta defensiva privacida era contradictorio ya que confería a la narración de un carácter verdaderamente anacrónico. Sólo la normalidad permitiría remansos, permitiría que nuestra narrativa dejara de ser crónica —del tipo que sea, interpretación, ensayo, alusión o realismo— de la gran culpa nacional.

Necesidad de la poesía

Gloria Pampillo

Rafael Bielsa, Daniel García Helder, Ricardo Guiamet, Martín Prieto, Oscar Taborda. Selección y prólogo: Daniel Samoilovich, *Con uno basta*, Ediciones La Hoja de Poesía, Rosario, 1982, 85 páginas.

En abril de 1980 comenzaron a publicarse mensualmente en Rosario las Hojas de Poesía. La iniciativa que asumieron Martín Prieto y Eugenio Previgliano enfrentaba uno de los peores momentos para llevar adelante cualquier empresa cultural; de la continuidad y éxito de

aquella iniciativa da cuenta *Con uno basta*, antología —o muestra, como se prefiere definirla en el prólogo— de la poesía joven de Rosario. Considerar a las Hojas de Poesía como antecedente inmediato de este libro requiere precisar algunos límites: Rafael Bielsa no participó en las ediciones de la Hoja, y no todos los colaboradores más asiduos de la misma participan en el libro. El lugar de residencia —Rosario— aparece así como el más manifiesto de los rasgos externos que unen a estos jóvenes poetas. El más ceñido espacio literario que ahora eligen

compartir inclina, casi obliga, a una lectura que establezca entre ellos semejanzas y diferencias.

Al comentar "Lo cotidiano" de Martín Prieto el prologuista observa que este poema podría ser visto como un emblema del libro todo: la cotidianeidad podría, efectivamente, configurar una línea de lectura que encuentra apoyo más allá de lo temático, en los otros niveles de la composición. Cotidianos aparecen, en la mayor parte de los poemas de este libro, el registro coloquial de la lengua; una sintaxis que no suele apartarse de sus articulaciones más regulares; el corte del verso que respeta las pausas del decir y, sobre todo, una especie de cotidiano pudor que acalla los cuestionamientos solemnes sobre la naturaleza de la poesía o el oficio del poeta.

Dentro de ese registro Martín Prieto privilegia el ámbito de la casa, un ámbito que se torna testimonio de ausencias cuando se recuerda que, alrededor de la mesa, "hace un año, / los comensales eran otros"; cuando una habitación acumula las señas de identidad de la hermana ausente, o, en la cocina, las narraciones de la abuela erigen un árbol familiar que por futuro vuelve más vívidos los huecos presentes. Un tiempo que acaba de pasar ha creado estas ausencias, un tiempo inmediato, breve y extenso, capaz de dejar "el temor pleno / como un colectivo rumboso / a pleno mediodía".

En los poemas de Ricardo Güiarnet la elección de los escenarios más frecuentes de la vida parece enunciada casi programáticamente: "Es que acaso una mitología de / anillos, clavos y botellas / puede desmentir / la ropa desordenada, / las mañanitas, / las vorágines del desayuno, / los descalabros de las esquinas". El memento de la trivial fragilidad del cuerpo induce a Güiarnet a crear vastos espacios y reducirlos luego con un gesto recurrente; este brusco descenso y el cambio de registro pueden inclinar el final del poema hacia el humor o la ironía. El salto puede representarse plásticamente como el tránsito desde la memoria de "hermosos viajes en Tirsá / hacia el mar" hasta "una algarabía de cocina / ... cuando juntamos los sobros / y despegamos las estampillas / con el vapor / de recuerdos". Pero otra clave es develada cuando el poema insta a regresar "a las costas donde habitan / los fantasmas del presente". Es hacia ellos, quizás, que opera toda esa reducción de mayor a menor, ese paso de lo universal a lo cotidiano.

Entre un tiempo presente detenido y un tiempo futuro se tienden los poemas de Tabora. Las cartas que dan cuenta a los ausentes de esa cotidianeidad que no transcurre, nada tienen que contar: "Podría decirse que acá todo sigue igual: / nombres de generales desconocidos reemplazan a otros, / y la enredadera está roja / y cae" (Cartas); "Te dirán / carta del sur / no hay nada nuevo" (Tres cuestiones).

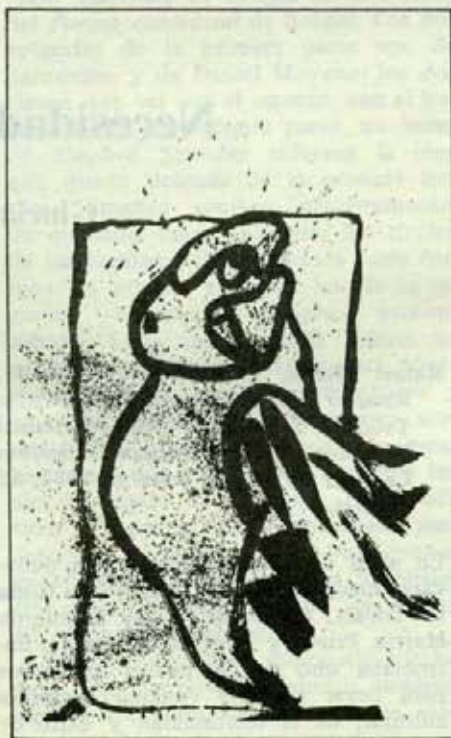
Cuando este tiempo termine —porque, finalmente, el tiempo pasa, se dice— llegará el momento del regreso. No será un tiempo feliz. Mienten los mitos: cuando Ulises regresa a Itaca sus amigos envejecidos hablan de una infancia que él desconoce. Vuelta de su sueño, otra protagonista, la Bella Durmiente; "pasará furtivamente ante un espejo; mirándose / las arrugas, la desolación".

Más enigmáticos, menos determinados, son los protagonistas y los tiempos de las escenas, de las breves historias que los poemas de Bielsa encierran como un marco. Sus nombres han sido borrados; se escribe, en cambio: la niña, el gran billarista, él, la mujer, alguien, uno de los hermanos. "Alguien, ser humano o persona descolorida" es el protagonista de estas historias en las que un solo gesto (la risa, el golpe de un taco, la llegada de un telegrama) constituye la trama. Quizás

su mayor misterio, su secreta inquietud, resida en que son ellas y no otras las recordadas. Comparten con las escenas de los sueños una figuración al mismo tiempo detallada y fragmentaria: estáticas y con fijadas en el pasado alcanzan a veces, ya en el último verso, el presente. Pero no traspasan ese límite; más allá, hacia el futuro, la voz se tiende en otros poemas que confían en el poder de la palabra —del verbo— como exhortación o como deseo para alcanzar un oído o una presencia: "Que se descuelgue del aire, que aparezca / un amado rostro desconocido" (Soledad).

Una confiada entrega a la certeza del decir preside los poemas de Bielsa; esta certeza aparece cuestionada en diversos niveles por García Helder. El cuestionamiento empieza por los giros más habituales de la lengua: en sus poemas, el andar titubeante ("Doy el inseguro paso, / el incierto traspie a lo temido"); la vuelta atrás ("Doy mediavuelta una, media vuelta dos, la vuelta entera"); el andar sin rumbo cierto ("Porque en pos vamos / de lo que no vemos") aparecen como metáforas de esta repregunta sobre el decir. Al servicio de esta empresa han sido puestas las figuras de la retórica clásica; quizás con justicia podría elegirse de estas figuras la que acepta la relación entre contrarios para definir la poesía de García Helder, porque es la suya una vacilación sin titubeos. La seguridad y la firmeza de esta voz no se detiene ante la creación de un nuevo lenguaje que por momentos prorrumpie gozosamente ("Ovidio el dédalo / que judea en mi cabeza cuando Pirro") o se desliza como un guiño en algún verso; la remisión a Vallejo se hace inevitable, pero, más que un "estilo", es la necesidad de una lengua propia su verdadera herencia vallejana.

Desde lo cotidiano como lugar de afirmación de la propia vida y la propia voz, hasta la afirmación de esa voz en la innovación y lo inusual; desde las mínimas estancias de Bielsa hasta el tiempo anticipado en Tabora, una certeza recorre este libro: la de la posible creación de ciertos puntos de resistencia, de esperanza sin ilusión; la posible, querida, creación de poesía. A diferencia de la generación anterior, no hay en esta un cuestionamiento de la función de la poesía: ella es posible y necesaria, afirman estos poetas en su propia existencia y sus variadas voces. Este libro demuestra que nos queda la poesía, y con uno basta para saber que es cierto.



Nombrar lo innombrable

Daniel Samoilovich

Antonio Marimón, *La escritura blanca*, Ediciones de la Unam, México, 1981. 88 págs.

En los viejos cuentos de terror, los fantasmas son descubiertos cuando al pasar frente al espejo, éste, inmune a la ilusión, se niega a devolver su imagen; en los poemas de Marimón, lo que desaparece ante el espejo es la ilusión del sentido, la organización del cuerpo: los miembros se hacen "globos constantemente móviles", los gestos resultan deshechos, los muertos y los vivos dibujan "un golem inseguro de su individuación". El yo, tranquilo sujeto de la percepción, es puesto en duda al hacerse "él" en el azogue; y los miembros, en su densidad y su desorden, existen independientemente de la luz racional. Existo, sin que nadie me piense; me moriré, y no puedo pensarlo, parecen las violentas respuestas de esta poesía al afimismo cartesiano.

Pero si estos cuestionamientos son ya un tópico —moderno, si se quiere, pero tópico al fin— del pensamiento contemporáneo, no lo es ni su inflexión ni su fundamento. Porque este libro de poemas de Antonio Marimón es también "un impensado diario de guerra", donde aquellos temas viven sobre el fondo de la experiencia argentina de los días más oscuros. Es la guerra la que le —la que nos— hizo mirarnos al espejo; se metieron con nuestros cuerpos, no con nuestras ideas; "la batalla de la historia se desplazó a nosotros", y no éramos ya comentaristas, sino víctimas y victimarios. Por eso, no es posible escribir desde la razón: se escribe desde la historia, desde la tragedia histórica "más cruel y degradada" y al mismo tiempo viva, sin poder evitar que, mientras se escribe, "una campana enloquezca mi oído" y se levanten murallas de muertos.

He aquí, por fin, en este libro denso, en sus poemas precisos hasta la exasperación, el intento de hacer la crónica del terror y la derrota, en su dimensión más íntima y brutal, y al mismo tiempo histórica; donde la historia, precisamente, no

es la incesante epopeya de una humanidad en marcha hacia un final asegurado, sino el reino de la sinrazón y la violencia.

En este marco, lo escatológico tiene un lugar preciso, como afirmación del cuerpo en su contradictoria realidad, como torturada circulación de lo bajo y lo alto: "Son ciegos, idealistas, quienes no ven ni imaginan un sexo que los parte /.../ son ciegos y chanchos los que creen en la verdad, siguen caminos y hacen gritar las páginas de sus libros/. Porque contra lo que se dice, no hay sólo una escritura negra / Hay una escritura blanca, que vuelve invisible una llama sin color. / En ella relucen la carroña, los parásitos, el río de mierda que habita dentro de la historia y el lenguaje..."

Sin embargo, lo escatológico concebido como piedra de toque, lugar de revelación y prueba, termina funcionando como símbolo de un exceso: exceso teórico, señal tal vez de una limitación o problema en la teoría en juego. Sigue el poema "La escritura blanca", que da nombre al libro, casi inmediatamente a la cita anterior: "Nuestros dedos se hunden en nalgas, manipulan excrementos, secan gotas de orín. / Chupamos, tragamos, comemos. / Eso es la escritura blanca..." Hay aquí una suerte de corolario programático, y también una suerte de ingenua exageración. La enunciación de funciones corporales parece forzada a cumplir un papel que se le ha señalado de antemano, de prueba y revelación, que le queda grande; por no hablar de su inanidad como elemento provocativo, a esta altura del partido. Del mismo modo, la poética de Marimón quiere que "los resuellos del habla" sean "más ciertos que lo explícito", y sin embargo su escritura se encuentra en las antipodas del resuello: gira ordenada, obsesivamente, en torno a sus temas, llevando sus posibilidades de articulación al máximo, a los límites de la abstracción, de la pura idea.

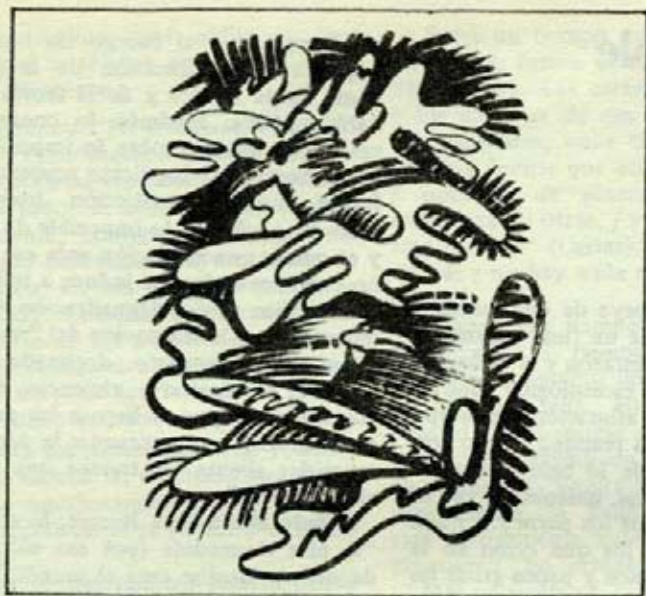
Nombrar lo innombrable, el miedo ciego, intransferible, y la cercanía de la muerte, requería renunciar a la metáfora complaciente y a la razón fundante, al

yo completo y al cuerpo sin humores; requería una afirmación de la poesía como habla teórica y de la teoría como habla poética; Marimón lo consigue, y esa es su victoria sobre lo imposible de decir. Sostenerla implicaba aceptar, y no forzar, una contradicción irresoluble entre lo posible y lo imposible de decir: y es quizás una vacilación ante ese extraño casamiento lo que induce a buscar lo escatológico como demostración tal vez innecesaria, y la afirmación del "resuello" como estilo supuesto, declinado en la práctica. Vacilación y violencia: la misma violencia que se hace a las palabras para forzarlas a comprender la derrota y asumirla, alienta en tramos una aspiración desmedida.

Alude Marimón a Borges; le atribuye "la idea desmedida (por eso sólo idea) de que la ficción crea el mundo"; pero es quizás otra idea desmedida —y por eso sólo idea— la que traba en tramos su propia aventura poética: la idea de aprehender íntegramente el irreal presente y el pasado brutal, el sentido y el sinsentido de la derrota, la trama compleja, enorme, en que se funda e inserta la propia poesía. Y mientras es innegable que el deseo de teoría organiza estos poemas desnudos, bellos, y profundos, la voluntad de sistema y conclusión teóricas los lanza a veces por caminos desviados, imponiéndoles exigencias y formas abstractas.

Es imposible no relacionar estos problemas con el marco del exilio mexicano en que el libro fue publicado: en el exilio, la carga intransferible del propio pasado, con sus terrores y amarguras, se contraponen a un país extraño, ajeno. También aquí, en la algarabía y el triunfalismo de años como el 78 una generación se sentía exiliada: o ella, con su experiencia de muerte y derrota, era irreal, o lo era la propia realidad de aquellos tiempos perversos. Sin embargo, en la poesía escrita aquí la realidad externa aparece, así y todo, como menos congelada, menos impasible al cambio y a la acción: la distancia, pese a todo, es algo más que una cuestión geográfica.

Pero un principio de solución de esta distancia aparece en los poemas finales de Marimón: es "afuera", en una tarde mexicana en que la luna empieza a asomar entre las torres de Santa Prisca, donde aparece un esbozo de reconciliación con la belleza, patria última, irrenunciable de la poesía; y esa tarde contiene también a la Patria lejana.



Minima

Elvio E. Gandolfo, *La reina de las nieves*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982, 196 págs.

Nacido en 1947, Elvio E. Gandolfo dirigió durante nueve años, hasta 1976, la revista *El Lagrimal Trifurca*, en Rosario, ciudad donde también las antologías grupales "De lagrimales y cachimbos", "Poesía viva de Rosario" y "La huella de los pájaros" recogieron sus poemas. Traductor de Bester, Dick, Bryant, C. S. Lewis, M. Allain y P. Souvestre, etc. ha realizado, a su vez, importantes trabajos críticos sobre ciencia ficción y literatura fantástica: *Doce miradas al mundo de Dick* (antología Fénix 1, Adiax, Buenos Aires, 1979), detallado análisis sobre Philip K. Dick, y prólogo a la antología *Los universos vislumbrados* (An-

drómeda, Buenos Aires, 1978), que constituye el hasta ahora único intento serio y de conjunto de descripción de la casi inabarcable ciencia ficción en la Argentina, incluyendo la historieta, se pueden enumerar entre otros.

La reina de las nieves es su primer libro de relatos y lo que primero llama la atención en él es que la profusión de procedimientos narrativos e intertextuales tienen su referente más próximo, casi siempre, en esa zona de la cultura donde habitan los llamados "géneros menores": la novela policial, la ciencia ficción, la historieta, cierto cine de masas. Zona caracterizada sobre todo por un circuito de difusión como diarios y revistas o también colecciones de bolsillo de tiraje masivo, en este caso libros que pueden incluir autores de los llamados

"géneros mayores". En el largo relato que abre y da título al libro, un jubilado, Felipe Mieres, lector aburrido de novelas de enigma que lee en forma salteada porque conoce el esquema de memoria, cuyos días transcurren en un banco de la plaza al sol y en conversaciones triviales, es llamado por un ex-patrón del que fue su criado para que averigüe el paradero de su hija quien debe de vivir en Rosario (ciudad que no es nombrada sino a través de calles, recodos, barrios, rasgos climáticos). Felipe Mieres asiste al pedido de favor para la investigación y recibe una fotografía que servirá de reconocimiento junto con la promesa de una importante suma de dinero como pago de sus servicios. El texto convoca así los lugares de la novela policial (particularmente la de tradición norteamericana) y da cuenta, en la morosidad de las descripciones, del suspenso en el desarrollo de la investigación pero los deja como trunco, por así decirlo. La búsqueda de la muchacha se le complica a Felipe Mieres, su sinsentido no responde a las expectativas y se reprocha el abandono del banco al sol de la plaza. Hasta que encuentra por descarte en la biblioteca desordenada de un amigo "un libro delgado, de menos de cien páginas, con título corto": *Los adioses* de Onetti, en una vieja edición de la colección "bolsilibros" de la editorial Arca de Montevideo. De aquí en más la lectura y busca de sentido del texto de Onetti acompañará y hasta se superpondrá a la busca de la hija del ex-patrón y otorgará un motivo más concreto a la existencia del ex-criado. Felipe Mieres recuerda un personaje de historieta en la figura de un personaje del libro que lee: Mort Cinder,

y al finalizar *Los adioses* tiene esta reflexión: "cómo nos embromó este viejo, cómo nos embromó". Mientras tanto se produce un acontecimiento fundamental que parece responder a un efecto de la lectura de Onetti, como las ganas de fumar que han vuelto: nieva en la ciudad. Una noche, en un refugio de colectivos, Felipe intercambia sueños y lecturas con una muchacha que ha soñado con la nieve y este intercambio, que demanda un tono distinto del relato de los hechos de la realidad, será recordado cuando se marcha de Rosario, como una de las pocas cosas "reales" que le han sucedido. De esta manera el libro se abre con un texto que remite, en su despliegue, a distintas zonas que marcan la narrativa de Gandolfo reunidas en torno de un hábito siempre renovado: la lectura y sus efectos. De dónde y cómo se lee habla "La reina de las nieves".

Los relatos restantes, seis, guardan otras tantas "sorpresas" y homenajes en el mismo sentido, profundizando en unos casos la intertextualidad, como en "Corta amistad en Londres" (que es la que se entabla entre el narrador y H. G. Wells), en otros los procedimientos narrativos como en "El Instituto" o en el sugestivo "Vivir en la salina", cuyo tono onírico está dado por el uso impecable del imperfecto del indicativo. Desde un marco no rescatado del prejuicio todavía en forma suficiente, de modo que estos textos de Elvio E. Gandolfo conforman una revalorización, son portadores también de una impronta: la educación de una escritura y su manera de recortar la ambigüedad de lo real.

Víctor Miguel Pesce

Libros recibidos

ESTUDIOS CEDES

María del Carmen Feijóo, *Las luchas de un barrio y la memoria colectiva*, Buenos Aires, 37 pág.

Un barrio del Gran Buenos Aires enfrenta la tarea de resolver sobre la propiedad de las tierras que ocupan sus habitantes, desde hace más de diez años. En ese marco, una científica social participa del proyecto de construcción de un centro comunitario, interrogando al mismo tiempo sobre la constitución de una cultura, manifiesta en la organización interna del barrio, en el lugar que la política ocupa (afirmada o soslayada) en sus reivindicaciones y en los caminos sobre la formación de una identidad colectiva.

CUADERNOS DEL SOLAR

Julio E. Miranda, *El cine documental en Mérida*, Mérida, 1982, 64 pág.

EDICIONES DE LA FLOR

Martha Berlín, *Historia sin monumentos*, Buenos Aires, 127 pág.

EDITORIAL GALERNA

Pacho O'Donnell, *Teatro: Escarabajos: Lo frío y lo caliente; Lobo... ¿estás? Vincent y los cuervos*, Buenos Aires, 212 pág.

EDITORIAL LIBROS DE AMERICA

Rodolfo Alonso, *Poesía: lengua viva*, Buenos Aires, 95 pág.

El volumen reúne textos de reflexión y crítica, donde el trabajo del poeta se vuelve sobre la obra de otros (Macedonio, Juan L. Ortiz, Enrique Molina, Edgar Bayley, Francisco Madariaga y Oliverio Girondo) o sobre algunas cuestiones centrales: la experiencia del escritor, su sistema de referencias literario, las relaciones entre poesía y sociedad, poesía y otros discursos, poesía e historia.

EDITORIAL POMAIRE

Nat Hentoff, *Jazz*, 1982.

En el análisis de varios de los grandes (Armstrong, Parker, Miles, Gillespie, Mulligan) Hentoff trabaja desde dos perspectivas: el jazz como protesta social y afirmación del orgullo de ser negro y su originalidad estética, apoyada en la improvisación, el diálogo y la escucha del otro como modo de producción musical.

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE

Hugo Cowes, *Sobre Jorge Luis Borges, autor del Quijote*, Neuquén, Publicaciones de la Facultad de Humanidades, 24 pág.

La estrategia de la narración y las indecisiones que atraviesan el texto del *Quijote* cuando nombra, son analizadas en la segunda parte de este ensayo, cuya primera describe perspicazmente las paradojas de enunciación del cuento "Pierre Menard, autor del Quijote", de Borges.

POESIA

César Bandin Ron, *Domínios naturales*; prólogo de J. C. Martini Real, dibujos y collages de Adolfo Nigro, Buenos Aires, Ediciones de Arte Gaglianone, 1982, 61 pág.

"del amplio
y limpio
ámbito
surge el monstruo
(exuda vapores
blande su blanca silueta
palpita
bullen
fétidas pócimas
amaga avanza se agiganta

BRILLA
trivial te miro de reojo
(apago el televisor"

Arturo Carrera, *La partera canta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982, 134 pág.

"la poesía es la cáscara de un fruto que se pudre en un sueño donde yo, como partera, les sonrío tras mi cocktail de potlachs: sistemas cada vez más impuros de intercambio, monedas que una rata lame y lima, movida moneda en cera donde Bataille soñaba. la poesía era "la vergüenza" y el miembro mismo de ella. los poetas los seres más castrados pues Ella era sólo un refugio de la irrealidad del intertexto: el retrato archiboldesco de un hada: la huella de una

huella..."

Arturo Carrera, *Un día en "La Esperanza"*, Buenos Aires, Xul, 1982.

"Martíncho y Luciana / me tiraron pasto podrido / y después Juan me escupió / el agua verdinegra del mate / sobre la libretita y el pantalón / Esther (28 años) salió a defenderme / ¿Qué le hacen a Arturito? / No le tiren pasto a Arturito / que está escribiendo / Pero Arturito no sabe escribir. / Arturito es pasto de las llamas / de los niños / De todo podría decir de él / que ha sido, que ya fue escrito / o apoyado todavía en una ciencia / que la naturaleza debería imitar / ¿Eché a los niños? Sólo les dijo: "vayan a la otra palmera / Aquí tengo que escribir". / "¿Molestamos?" —dijo Luciana—. Y agregó: "¿Tonto, vos no conocés todo / nuestro campo!"

Emeterio Cerro, *La Barrosa*, Buenos Aires, Xul, 68 págs.

"Brioso olmo ondeará supremo su lomo con hocico sol sol y columpio valseando bocas descansaría el suelo serán siestas humildes respuestas entierros del mar espumando peregrinos espumando los coloreados imposibles coronados de gracias propiciando remontando Isabel encenizará los flancos ahijando pardos horizontes las suficiencias caminos cuando esplenden altivos los infinitos celando sol sol y columpio bocas brioso vuelo desflecarán lustradas vidas vestiduras del amor brioso viento enarbolará los cuerpos brioso sol aleteando abismos"

Irene Gruss, *La luz en la ventana*, Buenos Aires, Ediciones El Escarabajo de Oro, 67 pág.

Nos movemos como pedazos descosidos y ya nadie pregunta qué ha pasado, qué nos hace mirarnos sin queja.

El cuerpo vacío de la muerte entró y se desvistió en casa, a pesar del sol, a pesar de los nacimientos, a pesar de los llamados alegres. Y nadie de nosotros le pregunta hasta cuándo, nadie de nosotros la golpea, Nadie vuelve a vestir a la muerte."

Jorge Isaías, *La memoria más antigua*, Rosario, Ediciones del Trovador, 27 pág.

"En la serenidad casi oscura del campo la torpeza súbite de la perdiz corta la tarde. Su silbido es una flecha disparada al horizonte."

Carlos Porporini, *Después de la partida*, Buenos Aires, assa nissi massa Ediciones, 50 págs.

"El balcón mira a las islas / la luz vuelca en las aguas / la misma violencia / de entonces. / Monótona la tarde / extingue como ayer / sus últimos colores / en un norte lejano / sobre el río. / Los lugares habitados / se empañan / en una memoria terca / que en vano rescata / un tiempo inmovilizado / por la distancia. / El recuerdo / testigo falaz / dará cuenta de / una historia violada / por minúsculos / hechos cotidianos / que harán de nuestro / amor /

una anécdota / hasta disolverlo / junto a otras historias / en la gran fachada / sin relieve / de una vida / sin sobresaltos."

Raúl Santana, *Lengua materna*, grabados de Roberto Páez, Buenos Aires, Ediciones de Arte Gaglianone, Buenos Aires, 1981.

"Letra de amor

Tarde, sometido a las hojas caídas tus ojos están más allá: son las manos que expresan en un gesto que alimenta mi vida: amor es simplicidad sin límites, obstinación y pregunta en medio de la siesta, en tanto los fantasmas doblegados que somos cuchichean de verbo a verbo en su lengua caídos a nuestros propios pies; dan paso al esplendor que nos atraviesa."

Hugo Enrique Salerno, *Raíz de sol*, Buenos Aires, Ediciones Riachuelo, 43 pág. y *Versos de Hugo Enrique Salerno* (plaqueta), Rosario, Colección de Poesía El Búho Encantado, 1982.

"Soy una fiera acechando tu cuerpo / entre las matas de hierro de los ascensores / en las cumbres de los viejos edificios / poblados de murciélagos silenciosos y palomas mugrientas como humanos."

Santiago E. Sylvester, *Libro de viaje*, Madrid, Libros de Estaciones, 77 pág.

"La luz se apropia del borde, no del corazón de la fruta. Pero el agua penetra y con ella acude la luz con formas, colores, alusiones

y todo lo que reclama la materia mientras desborda a la luz y al agua como una loca poseída por la salvación."

REVISTAS

Cuadernos de Literatura, publicación del Instituto de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, 1982, 226 págs.

Preparado por Hilda Torres-Varela, este primer número tiene como tema central el humor. Dos textos de carácter teórico (Dominique Noguez: "Estructura del lenguaje humorístico" y Torres-Varela: "El humor como evasión y como reactivo") preceden a los ensayos críticos sobre Mujica Láinez, Juancito Caminador, Scorza, Lacos, Orwell, además de un análisis clásico de Raimundo Lida sobre el humor en Sarmiento, un inteligente planteo de Oscar Tacca a propósito de *El extranjero* y un registro del humor en el chamamé de Franklin Rúveda.

Cuadernos médico sociales, número 22, Rosario, publicación del Centro de Estudios sanitarios y sociales de la Asociación Médica de Rosario, octubre de 1982.

Gaceta Colcultura, números 36 y 37-8, publicación del Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.

Revista Iberoamericana, número 122, enero-marzo de 1983; número especial dedicado a José María Arguedas, compilado por Julio Ortega.

Talita, número 3, noviembre-diciembre de 1982,

La Plata.

El número incluye una nota y cronología sobre Alejandro Korn, la reedición de un texto de José Luis Romero sobre la universidad, reportajes sobre teatro (a Roberto Germani) y un extenso debate con Héctor Bidonde y Carlos Cabrera, un ensayo sobre la vanguardia teatral (del Living Theatre a Mnouchkin), relatos y poemas.

Tribu, número 8, Toulouse, 60 pág.

Bajo el título de *Toujours encore*, Gerardo Mario Goloboff, escritor y crítico argentino que reside hace años en Francia, ha agrupado una antología personal de sus textos, donde se alternan el francés con el castellano y alguna interesante versión bilingüe de sus poemas; fragmentos de la novela *Caballos por el fondo de los ojos*, editada en España por Planeta, y dos ensayos críticos sobre literatura latinoamericana. El número de *Tribu* anticipa, asimismo, un bello fragmento de la próxima novela de Goloboff.

Ultimo reino, número 10, octubre-diciembre de 1982, Buenos Aires.

Junto a textos de Claire Bibby, Guillermo Lombardía, Horacio Zabaljauregui, se publica un conjunto excelente de poemas de Sylvia Plath, en versión de María Julia de Ruschi Crespo, y una separata dedicada a la peruana Blanca Varela y la mexicana Rosario Castellanos. Junto con el número se distribuye una nueva entrega de la colección "El sonido y la furia": *Oficiante de sombras*, de Susana Villalba.

Xul, revista de poesía, número 4, Buenos Aires.